

La literatura como oficio:

José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946

Felipe Vanderhuck Arias

La literatura como oficio:

José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946



2012

Vanderhuck Arias, Felipe

La literatura como oficio : José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946 /
Felipe Vanderhuck Arias. — Medellín : La Carreta Editores,
Universidad ICESI, Cali, 2012.

120 p. ; 14 x 21,5 cm. — (La Carreta literaria)

Incluye bibliografía.

1. Osorio Lizarazo, José Antonio, 1900-1964 - Crítica e
interpretación

2. Literatura y sociedad 3. Producción literaria 4. Escritores
colombianos 5. Industria editorial I. Tít. II. Serie.

808 cd 22 ed.

A1318642

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ISBN: 978-958-8427-XX-X

© 2012 Felipe Vanderhuck

© 2012 Universidad ICESI, Cali

© 2012 La Carreta Editores E. U.

La Carreta Editores E.U.

Editor: César A. Hurtado Orozco

<http://www.lacarretaeditores.com>

E-mail: lacarretaeditores@miune.net; lacarreta.ed@gmail.com

Teléfono: (57) 4 250 06 84

Medellín, Colombia.

Primera edición: enero de 2012

Carátula: diseño de Álvaro Vélez

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
por Impresos Marticolor, Medellín

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del
copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas las lecturas
universitarias, la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares de ella mediante alquiler público.

Agradecimientos

A la Universidad Icesi, al Ministerio de Educación Nacional de Colombia y al Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD por su sigla en alemán), por la financiación de los estudios que dieron como resultado este trabajo, así como por la colaboración que me brindaron cada vez que la necesité.

A quienes me ofrecieron su asesoría académica o discutieron conmigo aspectos de mi trabajo: la doctora Martha Zapata Galindo, docente del Lateinamerika-Institut de la Freie Universität Berlin, quien asesoró mi investigación y de quien recibí siempre valiosas observaciones; la profesora doctora Ingrid Kummels (también del LAI), segunda asesora, quien acompañó el trabajo sobre todo en sus fases iniciales; el profesor Enrique Rodríguez Caporali, de la Universidad Icesi en Cali, quien me ha alentado en tantos momentos y de tantas maneras; el profesor Renán Silva, de la Universidad de los Andes en Bogotá, quien leyó el proyecto inicial y se reunió conmigo a principios de 2010, cuando realizaba mi trabajo de archivo en la Biblioteca Nacional de Colombia.

Al personal de esa biblioteca que siempre estuvo atento a mis solicitudes y mis dudas, así como al personal del Instituto Iberoamericano de Berlín. De uno y otro lugar solo guardo buenos recuerdos.

A la señora Ery Ortiz de Osorio, viuda de Osorio Lizarazo, quien me recibió amablemente en su casa en Bogotá y autorizó la reproducción fotográfica de los documentos del Fondo JAOL.

A mi madre, mi hermana y Marcela: ellas fueron mi principal compañía durante el tiempo que le dediqué a este trabajo, un tiempo en que mi vida nunca se detuvo: con ellas compartí ese tiempo y esa vida.

Contenido

Introducción	9
1. El problema y el enfoque	12
2. El periodo de estudio	20
3. Comentario sobre las fuentes y contenido	26
El escritor en la sociedad	31
1. Función de la literatura	31
2. Características de la novela y papel del escritor en la sociedad	34
3. El lugar del escritor en la sociedad	42
4. Osorio Lizarazo y «Los Nuevos»	48
El mundo editorial y la consagración	61
1. La situación social del escritor	61
2. Osorio Lizarazo y sus libros	69
3. Osorio Lizarazo y su consagración como escritor	86
El escritor y la política	91
1. Introducción	91
2. Osorio y sus relaciones con los liberales	93
3. La partida o el fin de una «promesa»	105
Conclusiones	111
Bibliografía	115

Introducción

Este es un trabajo sobre un escritor y algunas de las condiciones en que ejerció su oficio. Al optar por esta palabra para hablar de lo que hacen los escritores, hemos querido destacar que escribir novelas, ensayos o poemas depende de algo más que de arrebatos de inspiración. El escritor no solo se relaciona con las musas: debe atender también sus necesidades materiales y sus deseos de gloria; debe tratar con editores poco generosos, con libreros desconfiados o con lectores ingratos; en ocasiones, ha empleado su inteligencia para adular la voluntad del príncipe, cuando no la conciencia de los humildes. Aquí nos ocupamos de cosas como estas. Las alabanzas del genio propio, las interpretaciones de vocabulario muy sofisticado o los juicios críticos de obras sin tiempo –o bien ligadas a él de manera misteriosa–, nos han parecido tareas por fuera de nuestro alcance.

Si nos hemos decidido por la palabra oficio, no es en todo caso porque *escribir literatura*, durante los años en que se concentra este estudio, pudiera considerarse una actividad «profesionalizada» en Colombia. En aquella época no se habían creado todavía las condiciones que más tarde harían posible al escritor, aunque solo fuera de manera excepcional, «vivir de su pluma». Sin embargo, el escritor era una figura reconocida, que compartía con sus colegas formas más o menos estables de sociabilidad, cuyo trabajo era apreciado en un sentido o en otro y quien, en ciertos momentos, discutía sobre el sentido de su labor.

El escritor sobre quien se concentra este estudio, José Antonio Osorio Lizarazo (Bogotá, 1900-1964), es hoy en día relativamente desconocido en Colombia y aún más fuera del país. A pesar de que en los últimos años se le han dedicado algunos trabajos académicos, y aunque se le recuerda de

tanto en tanto como uno de los primeros biógrafos del jefe liberal Jorge Eliécer Gaitán, la mayoría de sus novelas no han encontrado nuevas ediciones ni pertenecen al canon de la literatura nacional. En este trabajo tendremos en cuenta varias de esas novelas, pero, como indicamos, no haremos al respecto juicios literarios, ni discutiremos si es merecido o no el olvido en que se encuentran¹.

Osorio Lizarazo proviene de una familia humilde de su época, no tan humilde, sin embargo, como para renunciar a los sueños de ascenso social. Su padre era artesano y su madre ama de casa; del oficio del padre se podía vivir modestamente, pero nada más. Un poco en contravía de su destino, Osorio recibió una educación secundaria en un colegio religioso al que asistían jóvenes de familias acomodadas y de algún renombre: el Colegio San Bartolomé, dirigido por sacerdotes jesuitas. Poco se conoce de su infancia, aunque hay indicios que muestran que entre sus compañeros y profesores fue objeto de burlas y de un trato desigual por motivos relacionados con su origen social².

1. Los trabajos más recientes e interesantes sobre Osorio Lizarazo son: Nelly Castro, *Conciencia crítica en cuatro novelas colombianas*, Medellín, La Carreta, 2010; Oscar Iván Calvo Isaza, «Literatura y nacionalismo: la novela de José Antonio Osorio Lizarazo», *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 36, núm. 2, 2009, pp. 91-119; Sergio Ramírez Lamus, *Espectros de 1948. Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril*, Cali, archivos del Índice, 2007; Oscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*. Tesis para optar al título de Maestro en Historia y Etnohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005 (inédito); Juan Camilo González Galvis, *Tres novelas bogotanas (1924-1935): imaginación e ideología en la ciudad del Águila Negra*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004; Edison Neira Palacio, *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo [2002]*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004.

2. Para los datos biográficos de Osorio, nos hemos basado en Oscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie, op. cit.*, un trabajo que supera con mucho lo que se tendría por una biografía tradicional y que ha sido de gran ayuda y estímulo para esta investigación. Por lo demás, Calvo Isaza fue el encargado de organizar y catalogar, junto a un equipo de colaboradores, el

En su juventud, con un título de bachiller en la mano y sin encontrar empleo, Osorio deambuló por zonas montañosas del país, en donde se empleó en minas y cafetales, asumiendo pequeñas labores administrativas para las que lo habilitaba su diploma de bachiller: sabía las operaciones matemáticas básicas y leer y escribir, aptitudes escasas en aquel tiempo, sobre todo entre la población del campo. A principios de los años veinte Osorio regresó a Bogotá y comenzó a trabajar como periodista en pequeños diarios, primero como reportero y luego como cronista. En la Bogotá de entonces, tener aspiraciones intelectuales significaba abrirse campo en el periodismo: aunque era en general una actividad mal remunerada, era en todo caso la principal vía para darse a conocer.

Desde sus inicios como periodista, Osorio fue defensor de las ideas liberales (lo que en Colombia significaba casi siempre ser defensor del Partido Liberal), e hizo parte de lo que entonces se conoció como «liberales de izquierda», es decir, jóvenes simpatizantes del socialismo aunque sin pretensiones revolucionarias, que comenzaban a hablar de reformas sociales a favor del «pueblo». Una de las características compartidas por estos jóvenes era su concepción del Estado como la institución adecuada para dirigir el cambio social.

Si bien es posible afirmar que el aprendizaje de Osorio como periodista se hizo un tanto al margen de quienes en las décadas siguientes ocuparían posiciones destacadas en el gobierno (un núcleo de intelectuales que se conoce como «Los Nuevos»), puede afirmarse también que Osorio compartió muchas de sus ideas y aspiraciones y entró muy pronto en contacto con ellos a través de la política partidista y de las

archivo donado por la familia de Osorio Lizarazo a la Biblioteca Nacional de Colombia en 1999, el cual es la fuente principal de su tesis de maestría, así como lo es también del presente trabajo. Agradezco a la señora Rocío A. Sánchez, jefa de la Biblioteca Guillermo Bonfil Batalla de la ENAH, por haberme facilitado la tesis de Calvo Isaza. Solo necesité una llamada. Para la infancia de Osorio Lizarazo, véase Calvo Isaza, *ibíd.*, pp. 67-71.

salas de redacción. Como ellos, Osorio también creía que el intelectual debía tomar un papel más activo en la «orientación de la nación» (era el vocabulario de la época), estar atento a la realidad y a los problemas de su tiempo, contribuir al cambio social. Como ellos, él también creía que esto era posible por medio del Estado. Desde luego, para que esto fuera posible, los liberales debían recuperar su control.

1. El problema y el enfoque

Para definir lo que nos proponemos hacer en este trabajo, puede ser útil comenzar por definir lo que no nos proponemos. En primer lugar, entonces, habría que decir que aquí no nos proponemos un estudio biográfico. No es parte de nuestros objetivos reconstruir la vida de Osorio Lizarazo en cada uno de sus detalles, ni mucho menos –si lo anterior fuera posible– hacer de esa vida un destino heroico, un camino trazado desde el principio o el resultado de una voluntad diáfana. Desde luego, no todas las biografías deben seguir –o siguen– ese camino. Como indicamos ya, el único trabajo biográfico disponible sobre Osorio Lizarazo, *Las biografías de nadie*, supera con mucho las trampas de la «ilusión biográfica», es decir, la idea de que la vida de un individuo es una sucesión coherente de acontecimientos, cuyo sentido coincide con el relato que ese individuo crea al respecto. *Las biografías de nadie* busca reconstruir aspectos de la vida de Osorio Lizarazo, pero lo hace siempre en el marco de problemas más generales de interés histórico y sociológico³.

3. Dos trabajos biográficos muy notables sobre escritores colombianos, que tampoco siguen los caminos convencionales de la biografía, y que, si bien no pueden considerarse en sentido estricto trabajos sociológicos, podrían enseñar mucho a sociólogos e historiadores, son los de Fernando Vallejo, *Barba Jacob el mensajero* [1984], Bogotá, Alfaguara, 2008 y *Chapolas*

Tampoco se encontrará en las páginas que siguen un trabajo sobre el «campo literario» o el «campo intelectual» colombiano, si bien las orientaciones teóricas que se derivan de los trabajos de Pierre Bourdieu sobre los «campos de producción cultural» han sido para nosotros de mucha utilidad. Es difícil negar el aporte de esos trabajos para los estudios sociológicos e históricos que intentan comprender la producción de «bienes culturales» como parte de procesos complejos, que escapan a la alternativa que los considera, o bien como la obra exclusiva de sus creadores («el genio individual»), o bien como el reflejo de fuerzas impersonales («el espíritu de la época», «las mentalidades», «los intereses de clase», etc.)⁴.

Sin embargo, en el presente estudio estamos lejos de cumplir con todos los requisitos que merecería un trabajo sociológico o histórico sobre el «campo literario en Colombia». Nos ha parecido sensato, para comenzar, no recurrir de manera precipitada a este tipo de nociones, con la esperanza de contribuir así a un debate necesario sobre su uso, sobre todo si se tiene en cuenta que un primer requisito consistiría en reflexionar sobre sus alcances en un contexto diferente de aquel en que dieron sus resultados iniciales.

Aunque en este trabajo estamos también lejos de haber realizado esa reflexión con toda la profundidad y el conocimiento que requeriría, esperamos al menos haber sugerido cómo, aunque muy útil, la noción de *campo* no debe confundirse con una realidad establecida que se encuentra en el origen de toda producción cultural, y más aún, cómo esa noción tiene un origen profundo en el análisis de la creación literaria

negras, Bogotá, Alfaguara, 1995. «La ilusión biográfica» es el título de un conocido ensayo de Pierre Bourdieu incluido en su libro *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* [1994], Barcelona, Anagrama, 1999, pp. 74-83.

4. De Pierre Bourdieu pueden verse, entre varias posibilidades, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* [1992], Barcelona, Anagrama, 1997 e *Intelectuales, política y poder* [1999], Buenos Aires, Eudeba, 2009.

en Francia durante el siglo XIX, lo cual, si bien no le resta utilidad, sí debería advertirnos sobre el hecho de que detrás del «modelo Bourdieu» existen unas condiciones históricas específicas que están lejos de ser universales —una premisa sencilla, que sin embargo parece olvidarse con frecuencia⁵.

Este tampoco es un trabajo general sobre los intelectuales colombianos y sus relaciones con el poder. No buscamos —como han buscado otros— hacer generalizaciones sobre el rol y el lugar de los intelectuales en un periodo de tiempo determinado, en este caso los años que van de 1930 a 1946, como si fuera posible considerarlos un grupo homogéneo. En este sentido, encontramos muy problemáticas las interpretaciones ofrecidas por historiadores como Miguel Ángel Urrego o Gonzalo Sánchez, si bien este último se ocupó del tema de manera más prudente.

En el primer caso, no estamos de acuerdo con la interpretación que solo ve en los intelectuales de aquellos años «intelectuales orgánicos del bipartidismo», con lo cual se quiere decir —con seguridad, debido a un uso precipitado de Gramsci— que su función en la sociedad se redujo a legitimar los proyectos culturales y políticos de las clases dominantes, con el objetivo, *en última instancia*, de defender los intereses de esas clases. En el segundo caso, nos parece equivocado afirmar que el «tipo dominante» del intelectual durante el periodo en cuestión fue el del «intelectual maestro» (o también: «pedagogo», «profesor»), y mucho más afirmar que su labor durante aquellos años puede definirse como «la lucha por la autonomía cultural», lo cual se relaciona con el hecho de que ese intelectual «era cada vez más autónomo de los partidos y del poder estatal».

Una interpretación de este tipo confunde un hecho cierto —el valor creciente que se asignaba a la formación técnica y a las ciencias sociales como formas modernas de conocimiento y

5. Una visión crítica sobre la «teoría de los campos» se encuentra en Bernard Lahire (dir.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu: deudas y críticas* [1999], Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 29-110.

transformación de la realidad, y que se manifestó, por ejemplo, a través de la creación de la Escuela Normal Superior en 1936, a la que acudieron y en donde se formaron de hecho destacados profesores—, con un proceso cuyas coordenadas seguían estando, en lo fundamental, en la política⁶. La lucha en torno a la definición del papel y del lugar del intelectual en la sociedad no parecía librarse principalmente —como tal vez sí lo hizo después— en las universidades o centros de educación, sino en los partidos, en el periodismo y en el oficio de «las letras», actividades que solían coincidir en una sola persona⁷.

Así pues, aunque este no es un estudio sobre la historia de los intelectuales en Colombia, es cierto que en muchas partes de él nos referimos a Osorio Lizarazo y a sus contemporáneos como *intelectuales*. Para orientarnos respecto a tal noción, hemos acudido de nuevo a algunos trabajos de Pierre Bourdieu, al igual que de otros historiadores y sociólogos sobre la materia⁸. En ellos no hemos ido en busca de *la definición*

6. Véanse Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Universidad Central, Siglo del Hombre Editores, 2002 y Gonzalo Sánchez, «Intelectuales... poder... y cultura nacional», *Análisis político*, núm. 34, mayo-agosto de 1998, pp. 115-138. La cita en p. 126.

7. Otra versión de los estudios sobre intelectuales en Colombia en la primera mitad del siglo xx, que recurre también a la noción de campo (para constatar, una vez más, que en Colombia no existía un «campo autónomo»), y que pone en primer lugar la idea del «precursor», es decir, de la figura solitaria que lucha por la «autonomía cultural», se encuentra, por ejemplo, en Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)*, Bogotá, Colcultura, 1995 y también en Hilda S. Pachón Farías, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*, Bogotá, Colcultura, 1993.

8. Véanse, por ejemplo, Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, *op. cit.*; Edward Said, *Representaciones del intelectual* [1994], Bogotá, Debate, 2007; Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media* [1985], Barcelona, Gedisa, 2008; Karl Mannheim, «The problem of the intelligentsia. An inquiry into its past and present role», en *Essays on the sociology of culture* [1956], London, Routledge, 1997, pp. 91-170; Antonio Gramsci, «Aufzeichnungen und verstreute Notizen für eine Gruppe von Aufsätzen über die Geschichte der Intellektuellen» [1932], en *Gefängnis Hefte. Band 7* [1975], Hamburg, Argument, 1996, Hefte 12 bis 15, zwölftes Heft, pp. 1497-1532; Lewis Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*

de *intelectual* que nos permitiría, desde el principio y de manera exclusiva, abordar nuestro objeto de estudio, sino de orientaciones teóricas para comprender una noción que es al mismo tiempo una *categoría histórica* y un *motivo de disputa* por parte de los interesados. Cualquier definición que ignore las *formas específicas* del intelectual en una sociedad, así como las luchas por establecer qué es y cuáles son sus funciones, sería con seguridad de poca ayuda.

Por ello, hemos optado por trabajar con una definición abierta y provisional, que nos permita evitar el obstáculo común en los estudios sobre intelectuales de no hablar de sus *formas históricas* (lo que incluye, desde luego, los debates normativos sobre sus funciones o su lugar en la sociedad), sino de *lo que el investigador tiene por tal*, es decir, de su propia definición normativa (aunque se recurra al lenguaje de las definiciones sociológicas).

Nuestra hipótesis es que, en los años considerados aquí, la figura más destacada del intelectual es aquella que combina las funciones políticas –en la dirección del Estado, de los partidos o de los cuerpos legislativos– con el gusto y el ejercicio de «las letras». O, en otras palabras, la síntesis del «hombre culto», que dispone del dominio legítimo de los símbolos escritos y se expresa de manera elocuente por medio de artículos periodísticos, de la crítica literaria, la poesía o la novela, y el «conductor de espíritus» (del «pueblo», de la «nación»), cuya autoridad se basa, entre otras cosas, en la posesión naturalizada (y celebrada una y otra vez) de esa «cultura».

En nuestro caso, no asociamos la figura del *intelectual* con una determinada categoría socioprofesional, aunque esperamos

[1965], México, FCE, 1980; Georg Jäger, «Der Schriftsteller als Intellektueller. Ein Problemaufriß» y Joseph Jurt, ««Les intellectuels»: ein französisches Modell», en Sven Hanschek, Therese Hörnigk y Christine Malende (eds.), *Schriftsteller als Intellektuelle. Politik und Literatur im Kalten Krieg*, Tübingen, Max Niemeyer, 2000, pp. 1-25 y 103-133; como obra breve de síntesis puede verse Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006.

mostrar cómo sus formas dominantes se relacionan con el ejercicio de ciertas destrezas y funciones. Tampoco partimos de la pregunta acerca de si los intelectuales representan un grupo social autónomo o, por el contrario, es posible pensar que «cada clase social tiene su propia categoría de intelectuales»⁹. Una respuesta absoluta a esta pregunta no es posible, como se deriva de los trabajos de Pierre Bourdieu sobre el «campo literario» y los intelectuales. Según las observaciones del destacado sociólogo, estos, al menos desde el periodo romántico (en la figura del escritor o del artista intelectual), se encontrarían en una posición ambigua respecto a la «clase dominante»: miembros de esta clase, «de la cual provienen en su mayoría y en la cual participan, si no por sus relaciones de familia y por sus compañías, al menos por su estilo de vida», representan sin embargo una *fracción dominada de la clase dominante*, dispuesta por esta razón «a mantener una relación ambivalente, tanto con las fracciones dominantes de la clase dominante ('los burgueses') como con las clases dominadas ('el pueblo'), y a formar una imagen ambigua de su posición en la sociedad y de su función social»¹⁰.

Al recurrir a esta observación, no lo hacemos sin embargo como si se tratara de una premisa que pudiera ajustarse a cualquier situación. No estaríamos dispuestos a afirmar, por ejemplo, que ella se ajuste al caso de los intelectuales de la República Liberal que ha estudiado el historiador Renán Silva, en relación con los cuales –nos parece– Osorio creó su propias expectativas e ideas sobre el intelectual y su función y lugar en la sociedad. Muchos de ellos, especialmente los más favorecidos –aquellos

9. Carlos Altamirano, *op. cit.*, pp. 63-64.

10. Véase Pierre Bourdieu, «Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase» [1971], en *Intelectuales, política y poder, op. cit.*, pp. 23-42. Las citas en p. 32. El análisis amplio sobre el origen de la relación ambivalente del intelectual respecto al «burgués» y al «pueblo», se encuentra en Pierre Bourdieu, «La conquista de la autonomía. La fase crítica de la emergencia del campo», en *Las reglas del arte, op. cit.*, pp. 79-174, aunque también puede leerse con mucho provecho el prólogo del libro, «Flaubert analista de Flaubert. Una lectura de *La educación sentimental*», pp. 17-75.

que reunían en sí al «hombre de cultura» y al «hombre público»—, parecen no haber experimentado, o no de manera aguda, la ambivalencia de esa relación, aunque aquí es necesario advertir que nos movemos en el terreno de las hipótesis.

Sin embargo, nos parece que en el caso de Osorio Lizarazo, es decir, el de aquellos intelectuales que no encontraron acceso a los bienes, empleos y ceremonias de más prestigio —un asunto que ha de investigarse con mucho más detalle en el futuro—, la observación da claves importantes para interpretar sus relaciones ambiguas con la política de la época y sus figuras más intensas: el «pueblo» y sus dirigentes, las «clases populares» y sus conductores.

Aunque la observación no lo mencione de manera explícita, ella recuerda también (como lo hace la noción de *campo*), que entre los intelectuales existen relaciones de desigualdad en la distribución de los recursos (simbólicos, económicos, etc.). Uno de los aportes principales de Bourdieu para el estudio de los intelectuales (bien sean escritores, artistas o profesores), es haber mostrado que, *a su manera*, ellos también luchan por alterar o conservar esa distribución, es decir, por conservar o alterar las relaciones de poder existentes.

Nos parece que otro aspecto valioso para considerar en nuestra noción del *intelectual* —el cual está presente en varios de los autores que hemos citado en nota anterior—, es que uno de sus ámbitos privilegiados de acción es el de la *cultura*, bien sea por medio de la creación de cierto tipo de «bienes» (obras de arte, libros, discursos, etc.), como por la producción y transmisión de «mensajes relativos a lo verdadero (si se prefiere: a lo que [los intelectuales] creen verdadero), se trate de los valores centrales de la sociedad o del significado de su historia, de la legitimidad o la injusticia del orden político, del mundo natural o de la realidad trascendente, del sentido o del absurdo de la existencia»¹¹.

11. Véase Carlos Altamirano, «Introducción general», en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. 1. La ciudad*

Por último, reiteremos que este no es un trabajo de crítica literaria, ni sobre la recepción de la obra de Osorio Lizarazo. No nos concentraremos en el significado de tal o cual novela, ni exploraremos cosas como el rol de la mujer, la imagen del «pueblo» o la presencia de la metáfora en sus obras. En todo caso, guardamos la sospecha de que una tarea así podría ser mucho más interesante si se hace en colaboración con disciplinas como la historia, la antropología o la sociología. Pero no es más que una sospecha.

Tampoco exploramos aquí los procesos de apropiación de las obras literarias, si bien hemos encontrado mucho provecho en los estudios de Roger Chartier sobre la literatura y sus formas de producción, distribución y apropiación. En el enfoque de esos estudios hay una atención muy aguda hacia lo que pasa con lo escrito una vez que sale de las manos de su «creador». A Chartier le gusta recordar que «los autores no escriben libros, sino textos»: los libros se hacen en las imprentas, se comercian en las librerías, se distribuyen en las bibliotecas, se leen a solas o en público, solo por mencionar algunas posibilidades. Estos son aspectos aún muy poco explorados en la historiografía colombiana, como también se ha explorado poco la conformación y el funcionamiento de nuestro «mundo editorial». En el capítulo dos intentamos hacer un pequeño aporte al respecto¹².

En este trabajo, pues, queremos estudiar algunos aspectos del *espacio de relaciones* en que los escritores, *en cuanto intelectuales,*

letrada, de la conquista al modernismo, volumen editado por Jorge Myers, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 9-27. La cita en pp. 14-15. Altamirano escribe también que «los intelectuales son personas, por lo general conectadas entre sí en instituciones, círculos, revistas, movimientos [...]» y que «se dirigen unos a otros, a veces en la forma del debate, pero el destinatario no es siempre endógeno: también suelen buscar que sus enunciados resuenen más allá del ámbito de la vida intelectual, en la arena política. Más aún, a veces quieren llegar a la sede misma del poder político», cf. *ibid.*

12. De Chartier, entre otras posibilidades siempre muy sugerentes, pueden verse *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* [1993], Madrid, Alianza, 1994 y *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* [1992], Barcelona, Gedisa, 2002.

ejercieron su oficio en Colombia durante un periodo de tiempo determinado. Esos aspectos se relacionan, para empezar, con las concepciones sobre el papel y el lugar del intelectual en la sociedad, así como sobre la literatura y sus funciones. También consideramos aquí algunas de las formas de consagración que estaban disponibles para los «hombres de letras» de la época («mundo editorial», reconocimiento de los «pares») y las relaciones entre la consagración intelectual y el mundo de la política, tema del tercer capítulo¹³.

2. El periodo de estudio

Es necesario aludir ahora al periodo de tiempo en que se concentra este trabajo: los años que van de 1930 a 1946. En la historiografía colombiana, ese periodo se conoce como la República Liberal. Con tal nombre se designa una sucesión de gobiernos controlados por el Partido Liberal, uno de los «partidos tradicionales» de Colombia, que, tras más de cuarenta años sin triunfar en unas elecciones nacionales, retomó el control del Estado y sus instituciones más importantes en 1930. Esa época conoció importantes esfuerzos de cambio social y político, relacionados por ejemplo con la separación entre la Iglesia y el Estado, la búsqueda de una educación laica, el reconocimiento de los trabajadores y sus sindicatos, o el deseo de «ampliar la ciudadanía», para lo cual, entre otras cosas, se buscó difundir la «cultura» entre el «pueblo» por medio del cine, la radio, el libro, etc. Esto se tenía

13. Habría que añadir aquí, entonces, que si bien Osorio Lizarazo nos interesa por sí mismo, en este trabajo lo fundamental es la pregunta por el *espacio de relaciones* en que ejerció su oficio. Uno de nuestros supuestos es que es posible conocer aspectos de ese espacio de relaciones a través del análisis de su archivo (en especial de su correspondencia), tarea que habrá que profundizar hacia adelante con la consulta y el hallazgo de nuevas fuentes.

por una condición necesaria para hacer más democrática la vida política y social del país¹⁴.

El partido opositor (Partido Conservador), había gobernado el país desde finales del siglo XIX. Durante más de cuatro décadas –periodo que algunos llaman Hegemonía Conservadora–, los conservadores habían dirigido los asuntos públicos en estrecha relación con la Iglesia católica, la cual ejercía, por ejemplo, una notable influencia en la orientación de la enseñanza en todos sus niveles. La Iglesia, asimismo, tenía gran injerencia en los procesos electorales, recomendando a sus seguidores tal o cual candidato conservador, al tiempo que condenaba a «rojos» y «liberales». No se debe perder de vista, por lo demás, que la Iglesia católica era entonces una institución de amplio arraigo. En las regiones rurales de Colombia, en donde se concentraba la mayoría de la población, tenía un papel destacado en la socialización moral y política. Su representante local, «el párroco del pueblo», era una de las figuras públicas, si no la figura pública más importante y reconocida¹⁵.

14. Sobre el periodo de la República Liberal e historia general de Colombia pueden consultarse, entre otros, David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma* [1996], Bogotá, Planeta, 2000 y Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá, Norma 2001. Son útiles también los artículos incluidos en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva Historia de Colombia*, vol. 1, *Historia política 1886-1946*, Bogotá, Planeta, 1989. De alcances más precisos pueden verse también Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Evolución sociopolítica de Colombia entre 1930 y 1953* [1987], Bogotá, Norma, 2001; Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009 y Renán Silva, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2005. Este último, como en general los otros trabajos de este historiador dedicados al periodo, también fue de gran estímulo y ayuda para mi investigación.

15. Para asuntos relacionados con el vínculo entre religión y educación en Colombia durante la primera mitad del siglo XX, véase Aline Helg, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política* [1984], Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1987. Un libro que permite apreciar aspectos de la vida religiosa local, con su arraigo, sus cambios y sus tensiones –aunque este no sea precisamente su objeto– es Renán Silva, *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia. La Encuesta Folclórica Nacional de 1942: aproximaciones analítica y empíricas*, Medellín, La Carreta, 2006.

La figura dominante del escritor, y, más en general, del *intelectual* en aquellos años era la del político conservador, defensor de la tradición hispánica, católico, amante de la elocuencia y de la retórica y más o menos alejado de los problemas de su medio. Será solo en los años veinte cuando se hará reconocible la formación en Colombia de un núcleo de escritores e intelectuales que comenzarán a preguntarse de manera crítica por su lugar y su función en la sociedad, al tiempo que se oponían a lo que llamaban las «viejas generaciones»¹⁶.

Estos escritores e intelectuales eran jóvenes de tendencias liberales o conservadoras, a quienes las formas dominantes de ejercer la política, el periodismo o la literatura les parecían mediocres, ajenas a cualquier principio ideológico y orientadas por el afán de lucro y el interés personal. Ellos, por el contrario, creían encarnar los valores de una gran renovación. Elevar

16. Aspectos de este proceso, que aún permanece poco estudiado –lo cual debería resaltar el carácter provisional de cualquier afirmación al respecto–, han sido descritos de manera reciente por el historiador Ricardo Arias Trujillo, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2007. Al referirnos a la formación, en los años veinte, de un núcleo de intelectuales que comenzó a cuestionar las formas dominantes de ejercer la política o «las letras» y a discutir sobre el lugar y el papel del intelectual en la sociedad, no queremos decir que en otros momentos de la historia del país no se hubieran conocido fenómenos similares. Así por ejemplo, sobre el periodo de la Ilustración en Nueva Granada, puede consultarse el libro de Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, Banco de la República, 2002. Por lo demás, si bien nos referimos a la «figura dominante» del intelectual a principios del siglo xx en Colombia como aquella que corresponde al letrado conservador y católico (el «político gramático», según una fórmula conocida), no compartimos la idea, sostenida por algunos, de que lo que caracteriza ese periodo de la vida intelectual colombiana es un completo inmovilismo. Ricardo Arias, *op. cit.*, se ha encargado de cuestionar esta tesis. Cf. Por ejemplo pp. 351-353. La conocida fórmula del «político» o «presidente gramático» se ha derivado del también conocido artículo del historiador Malcolm Deas, «Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia», en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, pp. 25-60, aunque nos parece que de ahí se han sacado conclusiones –como la del inmovilismo– que el artículo no autoriza.

moralmente el ejercicio de esas actividades era su objetivo, y para ello creían que era necesario restaurar la lucha de ideas, estar al tanto de los movimientos literarios o políticos que tenían lugar por fuera de las estrechas fronteras nacionales, asumir un papel orientador y directivo en la sociedad¹⁷.

Para aquellos de estos jóvenes de orientación liberal, el triunfo del partido de sus preferencias en 1930 representó una oportunidad excepcional. Muchos de ellos entraron a ocupar importantes posiciones directivas en el Gobierno, en especial en las áreas relacionadas con la educación y la cultura; hicieron brillantes carreras diplomáticas; se convirtieron en connotados líderes políticos; dirigieron los principales medios escritos de la época. Esta labor, por lo demás, la cumplieron al lado de algunos de los hombres que en la década anterior había sido el objeto preferido de sus críticas.

Más que interpretar esto como una «traición», aquí tratamos de mostrar cómo esa actitud no era contradictoria con sus ideas anteriores (el intelectual como orientador y guía espiritual de la nación, cuyo escenario de acción privilegiado era la política, entendida como control y dirección de las instituciones públicas), lo mismo que se ajustaba al horizonte de posibilidades que los intelectuales de la época tenían ante sí, en términos no solo del acceso a una actividad que asegurara su vida material, sino prestigio y reconocimiento simbólico.

En un medio en que «vivir de la pluma» era excepcional, si no imposible; en que el «mundo editorial» era precario y limitado, y en que las aspiraciones de reconocimiento social no se podían basar en la existencia de un amplio y educado «público lector», el tránsito entre la literatura y la política –entendida ante todo en su dimensión institucional– era un camino habitual. Por lo demás, la cercanía, e incluso la fusión, entre el «hombre de letras» y el «hombre público», entre el literato y el poder, no era una novedad del siglo xx colombiano. Como ha mostrado,

17. Sobre estos temas tendremos oportunidad de volver más adelante.

entre otros, el crítico Ángel Rama en su libro *La ciudad letrada*, la formación de las repúblicas latinoamericanas conoció desde muy temprano esa relación, si bien ella conocería transformaciones a lo largo del tiempo¹⁸.

Cuando los liberales ganaron las elecciones en 1930, Osorio Lizarazo trabajaba en Barranquilla, ciudad portuaria del norte de Colombia, en un periódico local. Desde aquella ciudad compartió el júbilo que significó su triunfo. Esa fecha coincide también con la publicación de su segundo libro (y primera novela): *La casa de vecindad*. Se trata de la historia de un artesano de la imprenta que es desplazado de su trabajo por la introducción del linotipo y se ve obligado a vivir en una casa de inquilinos, en donde su existencia se hace cada vez más miserable ante la imposibilidad de conseguir un nuevo empleo.

Los libros que Osorio Lizarazo publicó durante los años treinta y cuarenta –periodo en que se concentra su actividad más prolífica como escritor–, han sido clasificados por algunos críticos como «novela social». Se trata de obras que describen la situación de un grupo subalterno, por ejemplo el de los trabajadores mineros, el de los campesinos que cosechan café o el de los empleados públicos, a través de la historia de un personaje al que espera un destino cada vez más desesperado. A lo largo de la historia se narra el fracaso del personaje y de quienes lo rodean por encontrar una vida mejor, víctimas de la injusticia, del rechazo o de las ambiciones. Osorio creía que la novela debía cumplir una «función social». Esta consistía en mostrar la miseria y la injusticia a que eran sometidos ciertos grupos, para que así, viéndose reflejados en esas historias, «tomaran conciencia» de su situación e hicieran algo por cambiarla. En esto Osorio no era original: aunque

18. Ángel Rama, *La ciudad letrada* [1984], Santiago de Chile, Tamar Editores, 2004. Sobre el tema de las relaciones entre los «hombres de letras» y los símbolos y espacios del poder pueden leerse también con provecho algunos de los ensayos incluidos en Carlos Monsiváis, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

con matices que varían según los autores, nadie parecía discutir en Colombia en esas décadas el carácter «social» de la novela (de esto, entre otras cosas, se ocupa el capítulo uno).

Pero volvamos a los comienzos de la década de 1930. En 1934 Osorio llega de nuevo a Bogotá. Traía consigo un cierto renombre como periodista y escritor que iría creciendo con el tiempo. Desde Barranquilla, había participado en la campaña que llevó a la presidencia al liberal Enrique Olaya Herrera en 1930. Al llegar a la capital, un nuevo hombre, el también liberal Alfonso López Pumarejo, lo había reemplazado ya en el cargo. Osorio se vinculó entonces a trabajos menores en la burocracia del Estado y comenzó a trabajar en un diario que apoyaba la obra del Gobierno. Con seguridad, su regreso a la capital estuvo rodeado de grandes aspiraciones sociales: conseguir un puesto público importante, consagrar al mismo tiempo su carrera como escritor e intelectual. Era, en todo caso, el camino que habían seguido sus «compañeros de generación», a quienes consideraba como sus iguales.

En la elección de nuestro periodo de estudio hemos tenido en cuenta dos razones fundamentales, que pueden ser vistas como hipótesis de trabajo: en primer lugar, los años que van de 1930 a 1946 son aquellos en que Osorio Lizarazo comparte las esperanzas asociadas a la República Liberal, un «proyecto» del cual él se sentía parte. Esas esperanzas tuvieron que ver desde luego con deseos de ascenso y prestigio, pero no menos de realización intelectual y de participación en algo que, con seguridad, se vivió como una oportunidad de cambio para el país: una oportunidad de inclusión social, de apertura política, de creación de riqueza, de modernización cultural.

En segundo lugar, nos parece que los años que van de 1930 a 1946 pueden considerarse como un periodo en que se establece una relación particular, si se quiere novedosa, entre cierta categoría de intelectuales y la política, una relación que se expresó, como ha mostrado el historiador Renán Silva, en el plano de las realizaciones culturales que emprendieron

los diferentes gobiernos de la República Liberal; una relación, además, que no puede entenderse por fuera de la búsqueda de nuevas definiciones sobre el lugar y el papel del intelectual en la sociedad y que, como esperamos mostrar en este trabajo, no tomó una sola forma: ella también manifestó desigualdades y fue objeto de desilusiones.

3. Comentario sobre las fuentes y contenido

En 1999, la familia de Osorio Lizarazo donó a la Biblioteca Nacional de Colombia su archivo personal. Este reposa en más de diez cajas que contienen manuscritos, correspondencia, recortes de prensa, etc. En ese archivo –en su consulta y su análisis– se basa este trabajo de investigación. Otras fuentes primarias fueron consultadas, como la revista *Los Nuevos* (1925) y la *Revista de las Indias* (1936-1951).

En el primer caso, se trata de una revista de escasa circulación elaborada por jóvenes intelectuales de los años veinte, que fue concebida como órgano de difusión de las inquietudes literarias y políticas de los «escritores nuevos» (como se lee en el encabezado de cada número, como si quisiera disiparse cualquier duda). En el segundo caso, de una publicación vinculada al Ministerio de Educación Nacional, en donde participaron los intelectuales más conspicuos de aquella época y que se conoció también en otros países de América Latina. En la consulta de la *Revista de las Indias* nos hemos concentrado en una sección, Notas, que se mantuvo casi a lo largo de toda su existencia. Se trata de una sección que aparece al final de cada número, compuesta por escritos breves, la mayoría sin firma de autor, en donde se anuncian eventos culturales, visitas de artistas e intelectuales de otros países, la publicación de revistas nacionales y extranjeras; o también hechos políticos de alcance internacional, resultados de

concursos literarios o la obra cultural y educativa de los gobiernos liberales. Se trata, pues, de una sección variada, que nos ha interesado sobre todo porque entre nota y nota se habla mucho también de la situación en que los escritores, y los artistas en general, deben ejercer su oficio en Colombia. Esto, nos ha parecido, ofrece información valiosa acerca de la manera en que los intelectuales del momento valoraban su propia situación y se representaban su trabajo, así como acerca del papel y del lugar que imaginaban para sí en la sociedad. Aunque no se cita extensamente en el presente estudio, la información recogida en esta consulta también ha sido valiosa para el análisis que proponemos.

Con seguridad, la consulta de las fuentes primarias habría sido inútil o muy dispendiosa, de no contar con los trabajos de otros investigadores que se han ocupado de ellas, o bien de investigaciones que, con base en otras fuentes, nos han informado sobre distintos aspectos del periodo de nuestro interés. Nunca se sabe tan bien del carácter colectivo de la investigación como cuando se quiere realizar una. La lista de las fuentes secundarias consultadas y pertinentes para este trabajo –en donde siempre faltará algo– se encuentra al final, en la bibliografía. Hemos incluido solo lo que conocemos de primera mano.

Sobre el método que hemos seguido en nuestro estudio es necesario decir un par de palabras. En primer lugar, hemos tratado de interrogar nuestras fuentes primarias a la luz de las preguntas que han orientado la investigación –si lo hemos logrado ha de juzgarse todavía–. Esto quiere decir que, en lo posible, hemos evitado hacer un uso «documentalista» de esas fuentes, es decir, un uso que confiaría en su capacidad para revelarnos de manera directa, clara y espontánea la «realidad». Al respecto hemos empleado algunos mecanismos: comparar unas fuentes con otras, corroborar sus datos, indagar por las condiciones en que fueron producidas (tanto generales como particulares), preguntarnos no solo «por lo que dicen», sino «por cómo lo dicen» y también por «por lo que no

dicen». En todo ello hay, desde luego, un trabajo de interpretación. De este solo podemos decir que hemos intentado controlarlo, para lo cual quisimos hacer un uso prudente de «la teoría» y estar atentos a la información con que contamos, restringiendo el vuelo de nuestras hipótesis. Con seguridad, no siempre lo hemos logrado.

En segundo lugar, hemos partido del supuesto según el cual, si bien ninguna fuente es una vía de acceso directo a la «realidad», sí nos puede informar acerca de ella. Con esto queremos decir que en los documentos consultados no hemos ido solo a la caza de «discursos». Hemos tratado de preguntarnos no solo por lo que la gente *dice* → el discurso sobre los intelectuales», «los discursos sobre lo popular» o «el discurso sobre la novela y sus funciones»—, sino sobre lo que la gente *hace*. Nos daríamos por satisfechos si, en algún momento, hubiéramos logrado poner en relación ambas cosas, sin olvidar, por lo demás, el espacio social o institucional en que esa relación se produce. Más que hacer largas disquisiciones sobre «el método», que por lo general suelen despertar expectativas muy elevadas que luego no se corresponden con los resultados obtenidos, esperamos, con la ayuda de estas pocas ideas, haber realizado un trabajo prudente.

En el primer capítulo, se describe la función que Osorio Lizarazo le asignó a la literatura y las características que, según él, debía tener la novela para cumplir con esa función. Asimismo, nos referimos al lugar que Osorio imaginó para el escritor en la sociedad y mostramos cómo en muchas de sus concepciones políticas y literarias, así como en sus aspiraciones sociales, Osorio compartió los ideales de un núcleo de intelectuales que se formó en los años veinte y que, en las décadas posteriores, tendría un papel destacado en la vida política y cultural del país.

En el segundo capítulo, hacemos una breve «historia» de los libros publicados por Osorio entre 1926 y 1946, con el

propósito de identificar algunas de las condiciones en que los «hombres de letras» debieron emprender la publicación de sus libros y ejercer su oficio. Esta parte indica que esas condiciones fueron en general compartidas por los escritores de la época y que la «mala fortuna» de Osorio no fue un caso excepcional. Asimismo, en este capítulo mostramos cómo, pese a los escasos estímulos que ofrecía el «mundo editorial», Osorio Lizarazo conoció en vida una forma de consagración literaria basada sobre todo en el reconocimiento de sus «pares».

Por último, en el tercer capítulo, se describen las relaciones de Osorio Lizarazo con los principales líderes políticos de la República Liberal. A partir de esta descripción, creemos que es posible comprender las ilusiones y los fracasos que acompañaron a Osorio durante su época más prolífica como escritor, así como el sentimiento, que parece no haberlo abandonado entonces ni después, de no haber recibido todos los honores que su mérito, su talento y sus servicios merecían.

En la parte final del trabajo, planteamos algunas breves conclusiones, que tienen en realidad el propósito de señalar algunas de las preguntas que nos sugirió la investigación y que podrían explorarse, junto a otras, en nuevos estudios.

El escritor en la sociedad

1. Función de la literatura

En 1938 José Antonio Osorio Lizarazo publicó *Hombres sin presente*, su quinta novela, a la que habían precedido *El criminal* (1935), *La cosecha* (1935), *Barranquilla 2132* (1932) y *La casa de vecindad* (1930). El libro comienza con una dedicatoria que ilustra bien las funciones que el escritor asignaba a la literatura: «A todos los empleados públicos y privados que soportan con resignación su perpetua agonía económica y su inútil ficción social, y no tienen ímpetu de lucha, ni sentido de clase, ni fortaleza para alcanzar sus reivindicaciones. Aspiro a remover en ellos esas cualidades y a impresionar su sensibilidad con el relato de sus propias desventuras».

En las páginas que siguen se narra la historia de las desdichas de César Albarrán, «escribiente de una sección del ministerio, miembro anónimo de la burocracia, ochenta pesos mensuales, horas estrictas de trabajo», quien, a pesar de sus afanes, no logra evitar el fracaso económico y moral de su familia¹⁹.

Albarrán, empleado menor del servicio público, nunca tiene el dinero necesario para «llegar a fin de mes»; no puede cumplir las aspiraciones de su esposa, quien desea «guardar las apariencias» de señora de clase media, ni comprar un traje nuevo para ir a la oficina; cuando su hijo enferma, el dinero no alcanza para pagar una clínica privada y debe llevarlo entonces al hospital, en donde mueren los pobres atendidos

19. J. A. Osorio Lizarazo, *Hombres sin presente. Novela de empleados públicos* [1938], en *Novelas y crónicas*, selección e introducción de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 133-292. Las citas en pp. 135 y 149.

por la caridad. Su vida se malgasta en el «engranaje melancólico» de la burocracia, en que

todas las mañanas, cada pieza, cada empleado, ocupa el lugar exacto que le corresponde, se inclina sobre sus papeles y penetra dentro de la rutina. Una perezosa rutina de laxas esperanzas, de tibias ejecuciones, de limitadas y problemáticas perspectivas, dentro de la cual se va diluyendo la personalidad, parece la iniciativa, se asfixia el individuo, que está incorporado en un engranaje melancólico y absorbente²⁰.

Así, como César Albarrán, son en general los personajes de las novelas de Osorio Lizarazo, en particular de aquellas que tienen como escenario la ciudad: hombres y mujeres sin atributos, de vidas ahogadas, a quienes la sociedad –injusta y jerárquica– niega cualquier posibilidad de llevar una vida decente y al final parece dejarles un solo camino: la resignación.

Bastaría con pensar en el tipógrafo desempleado de *La casa de vecindad*, quien fracasa en todos sus intentos por encontrar trabajo, y que, al término de su desdicha, obligado a abandonar la oscura habitación que no puede pagar, declara: «Me entregaré a la ciudad incoherente y fatal, que devoró mis esperanzas, mi vida, mis estúpidas ilusiones y que negará también el consuelo inútil de una sepultura para mi pobre cadáver, destinado a las cuchillas impías del anfiteatro o a la voracidad de los perros en un recodo incógnito del Paseo Bolívar»²¹.

O en Tránsito, la campesina de *El día del odio* (1952), quien, al cumplir los quince años, es llevada por su madre a la ciudad «para colocarla en alguna casa», es decir, para emplearla como «sirvienta». La joven comienza a trabajar entonces para una familia de clase media, en donde recibe un trato despótico, sobre todo por parte de la «señora de la casa», «tanto más llena de presunciones y de celos cuanto más artificial era su posición, altiva y desconfiada con los

20. *Ibid.*, p. 188.

21. J. A. Osorio Lizarazo, *La casa de vecindad* [1930], en *Novelas y crónicas*, *op. cit.*, pp. 3-132. La cita en p. 132.

humildes y sumisa ante los altos: los que dan empleos y tienen casas para arrendar»²².

Tránsito es acusada de manera injusta de haber robado una «cadenita» y «la señora» decide entonces expulsarla. A partir de ese momento, comienza para la joven campesina un periplo por las zonas más oscuras de la ciudad, en donde tiene que enfrentar la persecución de la policía —la acusan de «nochera» y «ratera»—, el abuso de los hombres y el hambre.

Tránsito no consigue reunir la pequeña suma que necesita para regresar a su pueblo y termina viviendo entre ladrones y prostitutas, en un barrio pobre colgado de los cerros de Bogotá. Al final, en los sucesos del 9 de abril de 1948 —«el día del odio»—, la inocente campesina que había llegado a la ciudad obligada por su madre, se mezcla entre la multitud que la incendia y saquea tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y muere alcanzada por un disparo anónimo: «De súbito sintió un latigazo en la espalda que la derribó hacia delante. Una quemadura atroz le desgarró la carne y un surtidor púrpura brotó del pecho por el orificio de salida del proyectil que la había alcanzado. Intentó incorporarse y apenas pudo volverse un poco. Se puso a gritar con todas sus fuerzas: —¡Muera! ¡Muera!»²³.

El último momento, el de la agonía, es descrito así por Osorio Lizarazo: «La lluvia cayó con la misma violencia que enloquecía todas las cosas y el agua resbalaba sobre el rostro lívido de Tránsito como un incontenible y caudaloso torrente de lágrimas»²⁴.

Con estas historias de seres perseguidos y desesperados, Osorio Lizarazo quería, pues, «impresionar la sensibilidad» de sus lectores, quienes, al ver «el relato de sus propias desventuras», se «verían retratados» en ellas; de este modo, el escritor aspiraba a «remover su ímpetu de lucha». Era esto lo

22. J. A. Osorio Lizarazo, *El día del odio* [1952], Bogotá, Punto de Lectura, 2008. Para las citas, véanse pp. 9 y 17.

23. *Ibid.*, p. 273.

24. *Ibid.*, p. 274.

que él llamaba «la esencia social de la novela», idea expresada con claridad en un artículo del mismo nombre: «No puede existir un legítimo concepto contemporáneo de la novela sino desde su punto de vista social, esto es, como instrumento adecuado para despertar una sensibilidad y para formar un ambiente propicio a obtener la afirmación de un equilibrio y de una justicia sociales. El novelista tiene que ser fiel a esta finalidad»²⁵.

Para Osorio Lizarazo, «de todas las formas de la expresión artística, la novela es la que puede ostentar una más exaltante significación social. La novela aprovecha las más rudimentarias facultades espirituales de la multitud y las capitaliza hacia los fines de transformación hacia la justicia»²⁶.

Aunque en los ensayos que el escritor dedicó al tema de la novela y su «esencia» es ambiguo respecto a la forma que debería tomar el cambio «hacia los fines de la justicia» (por ejemplo, si sería revolucionario o gradual; qué papel tendrían las instituciones; quiénes participarían en él o lo conducirían), lo cierto es que él veía en la literatura un *instrumento de transformación social*, pues ella, al «representar inquietudes y angustias colectivas», tendría la capacidad de revelar «en todas las víctimas de una inadecuada organización social el doble sentimiento de su propia inferioridad y de su fuerza latente y adormecida»²⁷.

2. Características de la novela y papel del escritor en la sociedad

Estas funciones asignadas a la literatura, imponían a la novela determinadas características: por ejemplo, que fuera «un

25. J. A. Osorio Lizarazo, «La esencia social de la novela» [1938], en *Novelas y crónicas, op. cit.*, pp. 422-425. La cita en p. 422.

26. *Ibid.*, p. 424.

27. *Ibid.* Sobre la «función social» que debe cumplir la literatura, y en particular la novela, pueden consultarse también J. A. Osorio Lizarazo, «Del nacionalismo en literatura» [1942] y «Un nuevo aniversario de Máximo

producto y un reflejo de la realidad ambiental». Para Osorio, esto significaba que ella no podía ceder al goce estético o a la fantasía, ni inspirarse en el refinamiento del estilo de vida de las clases dominantes. Por el contrario,

en un medio brutal y tremendo, en que se ha visto barrido del mundo el sentido de la vida y de la dignidad humanas, la novela tiene que ser también brutal y acusadora y convertirse en un instrumento de lucha [...]. Entonces la novela deja de ser una simple manifestación cultural, ambigua y sujeta a simples mandamientos estéticos para convertirse en protesta, en rechazo, en proclama, en himno de resistencia, en campaña de alarma²⁸.

Como puede suponerse, tal concepción de la literatura tenía como complemento la idea del escritor como *intelectual comprometido* (aunque la expresión introduce cierta dosis de anacronismo, pues en aquella época era más común hablar de la «responsabilidad social» del intelectual), quien debía inscribir su labor en el horizonte de los problemas sociales de su tiempo, del lado de los más débiles. Era esto a lo que aludía Osorio cuando escribía:

[...] Para quienes intentan, por equívoca sensibilidad o por snobismo, por excesiva vitalidad interior o por desprendimientos irreales, convertir a las reacciones enteramente subjetivas en la esencia del arte, el diálogo interior exclusivista sigue siendo indispensable en la novela y predominando frente a la profunda realidad objetiva: pero esta posición se reduce cada día más a una simple posición intelectual, emanada de la estéril adoración del ser egocéntrico²⁹.

Gorki» [1946], en *Novelas y crónicas, op. cit.*, pp. 495-500 y 546-555. En el último artículo, Osorio escribe: «El significado esencial de Máximo Gorki reside en haber tomado la literatura como un instrumento para despertar conciencia. Conciencia de la miseria y de la degradación de innumerables núcleos humanos, que hasta entonces habían aceptado su condición como un hecho inexorable», pp. 546-547. Sobra decir que Osorio Lizarazo veía en el escritor ruso uno de sus más apreciados modelos literarios.

28. J. A. Osorio Lizarazo, «Un aspecto de la novela contemporánea. El autor, el personaje y el individuo». Fondo JAOL: 1, 2 (21-24), [1946]. Las citas en f. 21.

29. *Ibid.*, f. 22. Para Osorio, la novela debía ser producto de la «realidad objetiva», pero lo principal era describir al hombre en su relación con esa

Así pues, la definición de la «esencia» de la novela y de sus características, era también la oportunidad para que Osorio Lizarazo *tomara posición* respecto al papel del escritor en la sociedad. Un ejemplo más lo encontramos en el artículo «La esencia social de la novela». Allí Osorio escribe:

El intelectual que se encierra en una muda admiración de sus propias emociones, a rezongar sus propios conceptos personales, que no pueden producir provecho, que no contribuyen a formar un ambiente favorable a las grandes realizaciones, se está traicionando a sí mismo, o se ha colocado en un lugar de tal suerte anacrónico, que reduce sus posibilidades de elemento creador o propulsor a las de un simple elemento consumidor³⁰.

Para Osorio, lo fundamental era que el escritor, en cuanto *intelectual*, permaneciera «fiel a su época», «a la hora de la civilización que vivimos»; no podía, pues, situarse en un «lugar anacrónico» (era sobre todo a esto a lo que aludía el motivo de la «responsabilidad social» del intelectual).

Es un tema que aparecerá una y otra vez en sus escritos, y que, como veremos más adelante, compartiría con un determinado núcleo de intelectuales que se habían formado en los años veinte, quienes creían en la necesidad de que el intelectual viviera «atento a su época», lo cual significaba no «dar la espalda» a los problemas y debates más urgentes de la sociedad,

realidad (a veces también «ambiente», «paisaje» o «medio»). Consideraciones al respecto se encuentran en los artículos citados e incluidos en *Novelas y crónicas*. Puede añadirse, igualmente en esta compilación, «Un aniversario luctuoso para la literatura. Tomás Carrasquilla» [1945], pp. 533-540, en donde, al elogiar dos novelas colombianas, una de Eduardo Zalamea Borda y otra de José Restrepo Jaramillo, Osorio Lizarazo dice que estos escritores «logran encajar con exactitud al hombre, en cuanto tiene de 'humano' dentro del paisaje, sin el predominio del uno sobre el otro [...]», p. 537; unas páginas antes, en el mismo artículo, Osorio escribe: «La novela es un conjunto de materiales y de elementos. No basta el paisaje. Ni tampoco el episodio dramático de la lucha del hombre contra su propia naturaleza. Ni la presentación de una circunstancia para estudiar la manera como se aprecia. Ni el análisis del dolor o del placer. Es todo esto y algo más, junto, armoniosamente reunido», p. 534.

30. *Op. cit.*, p. 422.

los cuales, a pesar de tener manifestaciones «locales», aludían a un horizonte mucho más amplio, «universal».

Es esto lo que indica, una vez más, el siguiente comentario sobre la novela y sus características:

Podiera ocurrir que la novela, como acto puramente literario, de especulación descriptiva, de paisaje interno o externo, arrojase en torno suyo una inútil sensación de belleza, de recreación enteramente egoísta, que no se justificaría en un siglo como el nuestro, donde cada movimiento, cada acto, cada pensamiento y cada emoción han de estar subordinados al concepto universal³¹.

Así pues, Osorio Lizarazo oponía su propia imagen de escritor e intelectual a la de aquellos que veían en la literatura un simple ejercicio estético, y que, por un afán de distinción, decoraban la realidad de «inquietudes europeas», sin atender a la rudeza del medio americano³².

Frente al refinamiento y a los artificios de las «temáticas europeas», el escritor latinoamericano debía, pues, crear una obra basada en la *sinceridad*, es decir, en la comunión con su medio, caracterizado por la injusticia y la exclusión. Para poder

31. *Ibid.* Unas páginas más adelante Osorio escribirá: «Ni la novela de imaginación [...] ni la puramente psicológica [...] pueden encajar dentro de los conceptos que son esenciales a las nuevas generaciones, para ser fieles a su época y a su deber. La única forma legítima de la novela es la social; y entonces debe limitarse a denunciar, con el fin exclusivo de hacer más fácil su penetración hasta las facultades imaginativas de la masa, los problemas y las angustias de esa misma masa [...]», p. 425.

32. Véanse por ejemplo J. A. Osorio Lizarazo, «Del nacionalismo en literatura» y «Un nuevo aniversario de Máximo Gorki», *op. cit.*, esp. p. 499 (del primero) y p. 549 (del segundo), en donde escribe: «[Gorki] no se proponía crearse un núcleo, grande o pequeño, de público, sino seguir adelante en una obra cuyo material primario era la sinceridad. No sería un autor para presumidos intelectuales, imbuidos de conceptos equívocos, sino para quienes experimentaran, por causa de su propia sensibilidad, o por su temperamento, o por una tragedia interior idéntica a la suya, la necesidad de darse, como apóstoles, a un principio immanente de justicia». Un análisis sobre las relaciones entre «nacionalismo» y narrativa en el caso de Osorio Lizarazo se encuentra en Óscar Iván Calvo Isaza, «Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J. A. Osorio Lizarazo», *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 36, núm. 2, 2009, pp. 91-119. Sobre este artículo y sus hipótesis volveremos más adelante.

cumplir con sus funciones, la novela debía ser entonces no solo «objetiva», sino «sincera». El escritor, por lo demás, solo podía lograr esta última condición si entre él y los humillados existía una afinidad basada en la experiencia. Solo cuando el escritor «padeció en su propia carne la angustia colectiva», «anduvo con los mendigos y penetró a las mazmorras de la horrenda miseria» —escribe Osorio Lizarazo—, «sólo entonces el novelista quedó dentro de su época y cumplió su función».

Esa experiencia compartida (Osorio dice «compenetración perfecta») entre el novelista y los seres sobre los que escribe, hace que aquél no sea más «un lírico», ni limite «la acción de sus personajes a conflictos sentimentales», sino que le sea «indispensable dar una parte de su íntima carne desgarrada por la horrenda desigualdad económica». Por lo tanto —continúa Osorio— el novelista contemporáneo «es un individuo atormentado por su sensibilidad»³³.

Desde luego, Osorio Lizarazo se consideraba a sí mismo parte de este grupo. En varias ocasiones, él destacó la «sinceridad» de su obra, cómo ella estaba relacionada con su propia vida, una vida que él juzgaba llena de dificultades, frustración y desprecio, sin que nos importe ahora establecer la objetividad de tal apreciación.

33. J. A. Osorio Lizarazo, «El contenido social de la novela latinoamericana». Fondo JAOL: III, 27B (238-243), [1940-1954]. Las citas en f. 238 y 242. Uno de los lugares donde mejor se aprecia la idea de que la obra literaria solo puede ser sincera si proviene del sufrimiento del escritor es en J. A. Osorio Lizarazo, «Un nuevo aniversario de Máximo Gorki», *op. cit.* Además del fragmento citado en la nota anterior, podemos ofrecer un ejemplo más, tomado del mismo artículo: «[Gorki] no se proponía [...] ser un escritor apacible y radiante, lleno de líricos entusiasmos por las cosas abstractas. Era preciso vivir pegado a la tierra, a la buena y generosa tierra sobre cuya superficie se pasea, victoriosa, la injusticia. Era preciso desgarrarse el corazón y la propia vida, y no ocultar nada, y mostrarse desnudo ante los multiformes ojos atónitos, para que al contemplar sus lacras, cada uno de los miserables pudiese decir: «¿Pero éste, por ventura, no soy yo mismo? ¿No es éste mi sufrimiento y no es idéntica mi amargura?» Y con ello se prendería la llama tenue de la inconformidad, que podría incendiar el mundo en una rebelión de miserables», p. 551.

Es en relación con esto que debe comprenderse el desprecio de Osorio por aquellos escritores e intelectuales que llenaban sus libros de «inquietudes europeas», a quienes consideraba un «limitado grupo de gentes aficionadas a revistas extranjeras que viven en nuestras presumidas ciudades y actúan en ellas como tipos elegantes de simple permanencia transitoria»³⁴.

Sin embargo, un aspecto que llama la atención al leer los artículos de Osorio Lizarazo sobre la novela y su «esencia» o las declaraciones sobre el papel del intelectual en la sociedad, es el hecho de que apenas mencione nombres propios. En efecto, sus escritos al respecto parecen más una crítica general de la «insinceridad» de los intelectuales que gozan de privilegios, desprecian «lo propio» y no han estado en contacto con el «pueblo» —es decir, aquellos que no han padecido «en su propia carne» la injusticia social—, que un rechazo a determinadas formas estéticas asumidas por sus contemporáneos.

No conocemos —sólo por dar algunos ejemplos— polémicas literarias de Osorio Lizarazo con Eduardo Zalamea Borda (1907-1963), César Uribe Piedrahita (1897-1951) o Bernardo Arias Trujillo (1903-1938), algunos de los novelistas colombianos de los años treinta más nombrados por la crítica; o con Eduardo Caballero Calderón (1910-1993), Hernando Téllez (1908-1966), Jorge Zalamea (1905-1969) o Germán Arciniegas (1900-1999), entre quienes se destacan como ensayistas o críticos literarios; o, finalmente, con Rafael Maya (1897-1980), Luis Vidales (1900-1990) o León de Greiff (1895-1976), entre los poetas.

Asimismo, en la extensa introducción que abre el libro *Novelas y crónicas*, Santiago Mutis Durán hace un repaso de los comentarios críticos recibidos por la obra de Osorio a lo largo de más de cuarenta años (entre 1925 y 1978), algunos de los cuales fueron escritos por los personajes aquí citados y

34. J. A. Osorio Lizarazo, «Del nacionalismo en literatura», *op. cit.*, p. 499.

por otros intelectuales del momento. Lo que se constata al leer con cuidado esas páginas, es que entre sus contemporáneos, e incluso entre comentaristas posteriores, nadie parece haber disputado con Osorio acerca de su definición «social» de la novela. Por el contrario, los comentarios son en general elogiosos: se destaca una y otra vez su capacidad de «retratar» con precisión los ambientes que describe; se realza su «sensibilidad social» o se insiste en el carácter «intensamente humano» de su obra.

De ahí, desde luego, se derivan también algunas críticas: por ejemplo, el hecho de que el tono de «denuncia» se imponga a veces sobre los elementos literarios; la confusión de géneros que revelan algunos de sus libros, en donde a menudo se mezclan pesados «alegatos sociológicos»; el pesimismo y la amargura de su visión, que le restan complejidad a sus personajes y solo muestran «una cara» de las cosas...

Pero más allá de estas supuestas virtudes o defectos, el punto esencial para nosotros es la ausencia de una polémica más o menos reconocible sobre la «esencia social» de la novela³⁵.

35. Como quedó indicado en nota anterior, en un artículo de 1945 Osorio Lizarazo elogia a Eduardo Zalamea Borda, autor de *4 años a bordo de mí mismo* (1934), a quien considera uno de los «dos nombres [que] pueden citarse [en Colombia] en frente de libros que reúnen con mayor amplitud los caracteres de novela». Cf. «Un aniversario luctuoso para la literatura. Tomás Carrasquilla», *op. cit.*, p. 537. Sobre Eduardo Caballero Calderón, Osorio publicó un comentario elogioso con motivo de la aparición del libro de relatos *El arte de vivir sin soñar* (1943). Cf. J. A. Osorio Lizarazo, «*El arte de vivir sin soñar*, de Eduardo Caballero Calderón», *Revista de las Indias*, núm. 53, mayo de 1943, pp. 318-320. Lo mismo hizo con motivo de la aparición de *Bagatelas* (1944), escrito por Hernando Téllez. Cf. J. A. Osorio Lizarazo, «*Bagatelas*, por Hernando Téllez», *Revista de las Indias*, núm. 63, marzo de 1944, p. 288. La introducción de Santiago Mutis Durán, que contiene referencias a cuarenta notas críticas sobre Osorio Lizarazo y su obra —muchas de las cuales son transcritas copiosamente por el autor—, en *Novelas y crónicas*, *op. cit.*, p. XI-LXXXVI. Notas biográficas sobre la mayoría de los autores que hemos citado como contemporáneos de Osorio en *Gran enciclopedia de Colombia*, vols. 9 y 10, *Biografías* (bajo la dirección de Beatriz Castro Carvajal y Daniel García-Peña Jaramillo), Bogotá, Círculo de Lectores, 1992. También puede consultarse Álvaro Pineda Botero, *Juicios de residencia. La novela colombiana 1934-1985*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2001, que además de información biográfica sobre los

De hecho, podría afirmarse que durante el periodo más activo de Osorio Lizarazo como novelista (entre 1930 y 1946), que es también aquel en que escribe sus ensayos fundamentales acerca de la «función social» de la novela y sus características, las obras más apreciadas de este género en Colombia se consideraban, si bien con algunos matices, obras «sociales», por cuanto sus temas expresaban conflictos relacionados con el trabajo o describían la vida de grupos subalternos (obreros, campesinos, trabajadores de explotaciones mineras o agrícolas, pequeños empleados de la burocracia), con propósitos más o menos claros de denuncia³⁶.

Así pues, creemos que la concepción de Osorio Lizarazo sobre la novela, que, como sugerimos, es inseparable del papel que le asigna al escritor en la sociedad, se comprende menos en relación con su lugar en un supuesto *campo literario* bien definido, con posiciones claras y discernibles (el «arte comercial», el «arte comprometido» o el «arte por el arte»), que en relación con ciertos rasgos particulares (lo cual no quiere decir *únicos*) de la manera en que el *oficio literario* se ejerció en Colombia durante los años treinta y cuarenta (nos referimos,

autores, presenta comentarios breves sobre sus obras más importantes. Sobre la actividad crítica de Jorge Zalamea y Hernando Téllez, aunque tiene en cuenta también otros nombres, véase David Jiménez Panesso, *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992, en esp. pp. 169-239. De este mismo autor, para el caso de los poetas, puede verse *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon de la poesía moderna en Colombia 1920-1950*, Bogotá, Norma, 2002. Por último, para la novela de los años cuarenta en Colombia, cf. Yolanda Forero Villegas, «Ideología y novela: prácticas narrativas en los años 40», en María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo (comps.), *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*, vol. 1, *La nación moderna. Identidad*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 243-256. Sobra decir que la clasificación que hemos utilizado (novelistas, críticos y ensayistas, y poetas), no es en ningún caso «pura», pues varios de los autores citados ejercieron simultáneamente estas actividades.

36. Para estos puntos, puede acudir a las referencias de la nota anterior. Véase también Oscar Iván Calvo Isaza, «Literatura y nacionalismo», *op. cit.*, en esp. pp. 112-117, quien sitúa la narrativa de Osorio Lizarazo en un contexto más amplio, el de la «novela social» latinoamericana de los años treinta y cuarenta.

sobre todo, a las formas de reconocimiento y subsistencia que estaban disponibles para los escritores en esa época); así como en relación con ciertos rasgos que definían a un núcleo de intelectuales del cual, podemos afirmar, él hacía y se sentía parte.

3. El lugar del escritor en la sociedad

Si la novela debía cumplir ciertas funciones («despertar conciencia», ser «instrumento de lucha») y exhibir ciertas características (ser «objetiva» y «sincera»), y si, en cuanto intelectual, el escritor debía estar del lado de los más débiles y compartir su sufrimiento, sin olvidar sus orígenes y los problemas más acuciantes de su medio y de su época, por cuanto solo de esta manera podía crear una obra que no fuera artificial, también era cierto que él mismo necesitaba un *lugar* en la sociedad que le permitiera ejercer su oficio.

Al insistir en la «sinceridad» de su obra, Osorio Lizarazo quería destacar su origen humilde y su condición «marginal» entre los intelectuales colombianos de los años treinta y cuarenta (él era, a diferencia de otros, un escritor «atormentado por su sensibilidad», que conocía los sufrimientos del «pueblo»). Con esto, Osorio parecía reclamar para sí una superioridad moral (y literaria) que solo podía venir de su afinidad con los excluidos. Así por ejemplo, en un artículo de 1936 titulado «Divagación sobre la novela», Osorio escribe:

Es indudable que la imposibilidad de un profesionalismo en la novela resiente la calidad de esta y las perspectivas que pueda ofrecer. Ningún autor puede vivir entre nosotros de sus trabajos y solo podría consagrarse a la creación con la preexistencia de recursos económicos; mas en este caso la capacidad de trabajo, el estado mental y psicológico, la posibilidad de análisis introspectivo que consideramos esencial no se presentan con el mismo vigor y el mismo ímpetu que en otras circunstancias: como ya lo expresamos, es preciso el sufrimiento que comprenda desde las estrecheces en la vida doméstica hasta las reacciones de una

sensibilidad delicada para la que todo incidente, aun el más trivial, es fuente y origen de angustias³⁷.

Lo más interesante de esta cita es la ambigüedad que expresa, y que se hace presente también, como mostraremos más adelante, en las relaciones de Osorio Lizarazo con el periodismo y la política de su tiempo, sin duda porque en su origen se encontraba su propia *posición incierta* como intelectual, una posición que él se esforzó constantemente por modificar, aunque al final sin mucho éxito (y que, como era de esperarse, se convirtió en fuente de constantes frustraciones y contradicciones).

Si bien el escritor no encuentra posibilidades de vivir de su trabajo y, por lo tanto, «la obra se realiza en ratos perdidos, hurtando el tiempo a las labores que producen los medios de subsistencia» (lo cual «sólo se atenúa con la condición de reflejarse auténticamente en lo que se escribe»³⁸, es decir, con la condición de «ser sincero»), lo contrario, esto es, una situación muy holgada para el trabajo intelectual, tampoco resultaría ventajosa, pues en este caso el escritor solo podría ser artificial, por cuanto no «participaría en el dolor» de los excluidos³⁹. De esta manera Osorio buscaba resolver, sin hacerlo en realidad, las tensiones asociadas a su *posición incierta*: afirmaba y negaba al mismo tiempo el deseo de vivir de su

37. Cf. *Novelas y crónicas*, *op. cit.*, pp. 411-414. La cita en p. 413.

38. *Ibid.*

39. Véase «Un aniversario luctuoso para la literatura. Tomás Carrasquilla», *op. cit.*, donde Osorio escribe: «Suele ocurrir que el escritor que ha logrado algunos éxitos periodísticos o políticos, considere que ya está listo para hacer su novela; y de estas vanas apreciaciones ha resultado un apreciable desprestigio para la novela, que requiere una vocación especial para profundizar, y sobre todo para ofrecerse a sí mismo, en holocausto, como laboratorio experimental [...]», p. 537. En el mismo artículo Osorio también escribe: «Es, por causa de esta dificultad para la profundización del elemento humano, para la ubicación exacta y proporcionada de éste dentro del ambiente, para la participación del escritor en el dolor, en la angustia y en la esperanza íntimos, por lo que en Colombia no han existido, propiamente novelistas», p. 536.

trabajo o de poseer «recursos económicos»; renegaba de su origen humilde y al mismo tiempo hacía de él el elemento natural de su superioridad moral y literaria.

En una entrevista de principios de los años cuarenta, después de hacer un breve repaso de quienes considera los «mejores novelistas americanos», Osorio dirá: «[...] Si en Colombia hubiera un pequeño margen de estímulo oficial, podría surgir una serie de novelistas de primera magnitud, y no me dejarían tan solo como estoy en la interpretación de la literatura»⁴⁰.

No contaba, pues, el escritor, con condiciones materiales ideales para la realización de una obra de valor, y esto, entre otras cosas, por falta de «estímulo oficial». Unas líneas más adelante, en la misma entrevista, y al final de un balance sobre el estado de confusión que, según su opinión, imperaba en las artes, en la política y en la economía colombianas, debido a que los encargados de estas actividades solían ignorar las características de su «medio espiritual, económico y geográfico», pues tenían los ojos puestos en modelos extranjeros, Osorio dirá:

Entre tanto [es decir, mientras esta situación es superada] nosotros tenemos que reservarnos nuestro sencillo papel de precursores [de «las letras»], porque este es el servicio que le estamos prestando al futuro. No importa que para ganarnos la vida tengamos que ir a colocar una tarjeta en la ranura de un reloj provisto de sello para que nuestros jefes sepan que estuvimos a hora reglamentaria en nuestros puestos y que no le estamos usurpando

40. J. A. Osorio Lizarazo, entrevista manuscrita (sin título). Fondo JAOL: 1, 1 (219-224), [1942-1943]. La cita en f. 222. En otra parte, al hablar de las dificultades materiales que el escritor encuentra para la creación de su obra (la indiferencia del «público», la edición como «un pésimo negocio»), Osorio escribe: «[Este] ambiente ultima incontables vocaciones que no tienen la fortaleza de la perseverancia, que no se resignan a sufrir una serie de fracasos o que no tienen en sí mismos la fe robusta que les permita comprender que han hecho una obra sustantiva [...]. Quienes actualmente nos dedicamos a esta labor penosa, tenemos que formar el ambiente propicio, renunciar a nuestros éxitos o limitarnos a lo que quiera concedernos la benevolencia de algunos amigos [...]». Cf. J. A. Osorio Lizarazo, «Divagación sobre la novela», *op. cit.*, pp. 412-413. La cita en p. 413.

al Estado el estipendio que nos paga por redactar correspondencias o estudiar estadísticas⁴¹.

Como sabemos por los trabajos del historiador Óscar Iván Calvo Isaza, quien en este punto se apoya en los documentos del Fondo JAOL, entre 1934 y 1944 Osorio Lizarazo trabajó como empleado en diferentes dependencias públicas, siempre bajo la figura del «nombramiento», es decir, como resultado de la designación directa por parte de un funcionario político de alto nivel vinculado a los gobiernos de la República Liberal. En general, los empleos recibidos por Osorio fueron *menores*, sobre todo si se les compara con aquellos ejercidos por quienes, con seguridad, él juzgaba como sus *iguales*⁴².

Asimismo, durante los años treinta y cuarenta, Osorio colaboró con diferentes publicaciones periódicas (diarios y revistas), de donde, al lado de sus empleos burocráticos, debió obtener la mayor parte del dinero para su subsistencia. Sin embargo, él consideraba que la burocracia desviaba al escritor de su vocación y veía en el periodismo una actividad con consecuencias similares. En 1946 Osorio escribía:

El intelectual contemporáneo tiene que desarrollar una lucha más ardua que el de otras generaciones, porque ha de conformar por sí solo su instrumental de conocimientos, ha de moverse dentro de un ambiente poco menos que hostil y ha de enfrentarse a un régimen administrativo impregnado de pasmosa indolencia para ayudar a la exaltación de minorías culturales. Y lo que es peor, ha de afrontar la realidad brutal de un problema económico que lo abrumba. El libro no es, en nuestro medio, el instrumento adecuado para esta lucha porque no representa un producto económico. El intelectual ha tenido que refugiarse en el periódico, y a cambio de tal hospitalidad resignarse a modificar la pura tendencia de su espíritu, uniformando el estilo, despersonalizando la erudición, buscando, antes que formas de pensamiento, motivos sensoriales [...] ⁴³.

41. Fondo JAOL: I, 1 (219-224), [1942-1943], f. 224.

42. Cf. Óscar Iván Calvo Isaza, «Literatura y nacionalismo», *op. cit.*, p. 106. Los documentos que certifican los cargos burocráticos ocupados por el escritor durante el período indicado se encuentran en Fondo JAOL: VI, 46 (1-11).

43. J. A. Osorio Lizarazo, «Divagación sobre la cultura» [1946], en *Novelas y crónicas*, *op. cit.*, pp. 541-545. La cita en pp. 544-545. Para la actividad de

En las líneas finales, Osorio agregará: «[La burocracia y el periodismo] son los dos morbos trágicos que están acaparando la inteligencia contemporánea, desmenuzando los talentos, y hurtándole a la cultura nacional lo más auténtico de su pensamiento y expresión»⁴⁴.

No es difícil darse cuenta de que en estas palabras se expresa un reclamo de relativa *autonomía* para el escritor, es decir, se imagina para él un *lugar* en la sociedad en que le sea posible conservar su *independencia* frente a ciertos «poderes» y su influencia, con más razón si el papel del escritor en la sociedad es denunciar las injusticias que esos poderes crean o disimulan. Sin embargo, en la Colombia de los años treinta y cuarenta, era casi imposible imaginar la existencia de la literatura como *profesión*, si por ello entendemos la posibilidad de que un escritor derivara la parte fundamental de su subsistencia del trabajo estrictamente literario.

Esto, desde luego, tenía que ver con la ausencia de ciertas instituciones de cultura que permitieran pensar en la *conquista efectiva* de un *lugar* semejante, por no mencionar el hecho de que en la sociedad de entonces el dominio de la «cultura escrita» era todavía muy restringido, como restringido debía ser el dinero que las gentes pobres, aun con algún grado de alfabetización, destinaban a la compra de libros; por lo tanto, no es absurdo suponer que el «público» al que podían aspirar los escritores—el que se acercaba a las librerías y compraba libros—debió reducirse en muchos casos al de los propios «hombres de letras» (sobre estos puntos volveremos en el capítulo siguiente)⁴⁵.

Osorio como periodista durante los años treinta y cuarenta, véase Óscar Iván Calvo Isaza, «Literatura y nacionalismo», *op. cit.*, p. 106, así como *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*. Tesis para optar al título de Maestro en Historia y Entohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005 (inédito), en esp. pp. 170-182.

44. «Divagación sobre la cultura», *op. cit.*, p. 545.

45. Datos sobre analfabetismo y niveles escolares en Colombia para el siglo XX, en Carmen Elisa Flórez, «La transformación educativa», en *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*, Bogotá,

En cualquier caso, Osorio debió ser consciente de la imposibilidad de ejercer la literatura como profesión. Quedaba entonces, por fuera de la burocracia y del periodismo, el recurso al «estímulo oficial», que podía haberse manifestado en forma de premios literarios o ediciones subvencionadas, pero que al final era insuficiente para crear las condiciones de posibilidad que le permitieran al escritor «vivir de su trabajo», un hecho acerca del cual Osorio debía también tener noticia.

Por ello, nos parece que la tensión expresada por Osorio Lizarazo entre su vocación de escritor y la necesidad de emplearse en cargos burocráticos o en labores periodísticas, no puede aclararse de manera simple recurriendo a la idea de la inexistencia en Colombia, durante los años treinta y cuarenta, de un «campo intelectual autónomo», lo que al menos resulta tautológico (no existía la autonomía del escritor porque no existía la autonomía del campo intelectual). Lo esencial en este punto, nos parece, tiene que ver con las opciones de subsistencia y reconocimiento a las que accedieron ciertos escritores e intelectuales del momento, con quienes Osorio compartía ideales y expectativas.

Según la hipótesis que queremos seguir en este trabajo, estos hombres definieron sus rasgos intelectuales más notables durante los años veinte, época en que se dieron a conocer con el nombre de «Los Nuevos» (entre ellos se cuentan algunos de los escritores, poetas y críticos que hemos mencionado aquí). Aunque su «aparición pública» estuvo vinculada en un principio al periodismo, muy pronto comenzaron a participar en actividades políticas, lo cual no era sorprendente en un medio en que la prensa tenía un carácter resueltamente partidista. A partir de 1930, con la llegada de los

Banco de la República, Tercer Mundo Editores, 2000, cap. 5, pp. 89-100. Un buen estudio sobre la educación en Colombia durante el periodo que aquí consideramos (aunque lo sobrepasa), y que incluye también datos de este tipo, es el de Aline Helg, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política*, Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1984.

liberales al poder, estos jóvenes —en particular aquellos de tendencias liberales— entraron a ocupar cargos importantes en la dirección de los partidos políticos y del Estado, sobre todo como encargados de los programas educativos y de difusión cultural; participaron en las corporaciones legislativas; fundaron o dirigieron importantes medios de comunicación escritos; algunos, además, alcanzaron prestigiosos cargos diplomáticos e hicieron una brillante carrera como funcionarios públicos, sin que nada de esto le restara brillo (más bien al contrario) a su labor intelectual, que continuaron ejerciendo también por medio de «las letras»⁴⁶.

4. Osorio Lizarazo y «Los Nuevos»

Si bien el proceso de formación de «Los Nuevos» en cuanto *categoría específica* de intelectuales ha recibido poca atención por parte de los investigadores, existe al respecto un estudio inicial del historiador Ricardo Arias Trujillo, quien ha señalado algunas de sus características más notables, destacando, por ejemplo, la importancia que en él tuvieron la política y el

46. Sobre la relación estrecha en Colombia entre periodismo y partidos políticos, puede verse Enrique Santos, «El periodismo en Colombia», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva historia de Colombia*, vol. VI, *Literatura y pensamiento, artes y recreación*, Bogotá, Planeta, 1989, cap. 5, pp. 109-136, en esp. pp. 118-121 y 123-124. También Jorge Orlando Melo, «La libertad de prensa», en Fernando Cepeda Ulloa, *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Ariel, BID, 2004, pp. 67-85, en esp. pp. 72-73. La hipótesis según la cual Osorio Lizarazo haría parte de los intelectuales liberales que, a partir de 1930, definieron e impulsaron los proyectos de la República Liberal y participaron de su ideario, ha sido expuesta por Óscar Iván Calvo Isaza en el artículo «Literatura y nacionalismo», *op. cit.* Sin embargo, nos parece que esa hipótesis aparece ahí sobre todo como enunciado, pues el autor indaga poco por las *conexiones efectivas* que permitirían plantear tal relación (en este caso, centrada en la idea de «nacionalismo»), así como por el *lugar específico* que Osorio ocupó respecto a los más conspicuos intelectuales del liberalismo, y que —nos parece— está en el origen de sus relaciones ambiguas y conflictivas con ellos, como en general con los gobiernos de la época (1930-1946).

periodismo, así como determinadas formas de sociabilidad desarrolladas en torno a librerías, cafés o «sociedades literarias»⁴⁷.

«Los Nuevos» eran en general jóvenes escritores y periodistas de tendencias liberales y conservadoras, que pretendían encabezar una renovación de la vida política y cultural del país. Su principal blanco de ataque eran los «hombres del Centenario» –o «generación del Centenario», como también se les conoce–, en donde se agrupaban escritores, periodistas y políticos asociados con el «republicanismo», fórmula política ensayada con motivo del primer centenario de la independencia nacional, y que, pese a su brevedad (el Gobierno de Carlos E. Restrepo, entre 1910 y 1914), parece haber contribuido de manera significativa a un trato relativamente civilizado entre los «partidos tradicionales» –liberal y conservador–, después de un largo periodo en que las contiendas partidistas solían desembocar en la guerra.

Al «ideal republicano», los jóvenes escritores asociaban actitudes políticas y estéticas de exasperante moderación⁴⁸. Para ellos, hombres de las «nuevas generaciones» –expresión con que se denominaron a sí mismos–, esto no era más que un signo de mediocridad y debilidad, actitudes a las que ellos pretendían oponer sus convicciones exaltadas. Este punto de vista era compartido tanto por aquellos jóvenes conservadores radicales, reunidos en el grupo «Los Leopardos», como

47. Véase Ricardo Arias Trujillo, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 20*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2007.

48. Sobre «Los Nuevos» y sus concepciones estéticas, puede consultarse el artículo de Fernando Charry Lara, «Los Nuevos», en Varios, *Manual de literatura colombiana*, tomo 2, Bogotá, Planeta, 1988, pp. 17-85; de este mismo autor, véase también «La poesía de Los Nuevos», en *Gran enciclopedia de Colombia*, *op. cit.*, vol. 4, *Literatura* (bajo la dirección de María Teresa Cristina), pp. 191-212; otra fuente es David Jiménez Panesso, *Poesía y canon*, *op. cit.*, en esp. pp. 89-102. Una síntesis del «republicanismo» en Colombia, en especial de su significado político, en Jorge Orlando Melo, «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *op. cit.*, vol. I, *Historia política 1886-1946*, cap. 8, pp. 215-242.

por sus colegas «liberales de izquierda», quienes tenían simpatía por las ideas socialistas⁴⁹.

Por fuera del contenido particular de los debates de la época, que están bien documentados en el libro de Arias Trujillo, lo que nos interesa resaltar aquí es la presencia, en ellos, de la búsqueda de una nueva definición del *papel* y del *lugar* del intelectual en la sociedad. Esto se puede apreciar bien en las páginas de la revista *Los Nuevos*, fundada en 1925, y que, a pesar de su corta vida (no pasó de 5 números), se convirtió en un importante medio de difusión del pensamiento de los jóvenes escritores.

Un primer aspecto que vale la pena destacar, es el reclamo que se hizo desde la revista por nuevas formas de ejercer la actividad intelectual, la cual no debería estar orientada por el lucro ni por los «intereses personales». Así por ejemplo, en el primer número, aparecido el 6 de junio de 1925, el editorial afirma:

Los Nuevos son jóvenes, lo que quiere decir que no persiguen logros de ninguna especie. Pretenden levantar una cátedra de desinterés espiritual y contribuir a desatar una gran corriente de carácter netamente ideológico en el país. Las ideas desaparecen día por día, para dejarle campo a los intereses personales. Una concepción mecánica de la vida está sustituyéndose [sic] a la concepción racional. Los apetitos bastardos han desterrado al espíritu. Todo pide una restauración de los principios. Hay que proclamar de nuevo la tabla de los valores intelectuales y morales⁵⁰.

49. Sobre las relaciones entre «Los Nuevos» y los «hombres del Centenario», que en realidad no eran tan conflictivas como, en especial los primeros, las imaginaban, véase Ricardo Arias Trujillo, *op. cit.*, en esp. p. 119-127. Por lo demás, el autor advierte sobre el uso convencional de palabras como «generación» o «grupo» para designar a los intelectuales de la época, tanto si se consideran las diferencias ideológicas que existían entre los miembros de una «misma generación», como las relaciones «amistosas» entre los miembros de las «generaciones enfrentadas», como se hace visible, por ejemplo, en el hecho de que buena parte de «Los Nuevos» iniciara su actividad periodística en los diarios «republicanos» (*El Espectador*, *El Tiempo*, *La República*). Para estos puntos, así como para una buena descripción del carácter de la prensa en los años veinte, véase *ibíd.*, «Introducción», en esp. p. XIII-XXI y, más adelante, p. 88-111.

50. *Los Nuevos*, núm. 1, 6 de junio de 1925, p. 2. «En esta hora que estamos viviendo —escribe el director de la revista en un número posterior—

Algo que se puede constatar en esta declaración, es el ideal de la actividad intelectual como actividad *desinteresada*, sin que nos preocupe ahora juzgar qué tanto ese ideal se realizó en la práctica de los jóvenes escritores. En relación con ese *ideal de desinterés*, es posible también encontrar en la revista un afán por reclamar la *independencia* del intelectual frente a ciertos «poderes», en especial frente a lo que se tenía por «industrialismo político», una forma de ejercer las actividades públicas —entre ellas el periodismo, que en Colombia, como indicamos antes, tenía entonces un fuerte carácter partidista— orientada sobre todo por el interés económico y no por principios ideológicos, que era como debía ser, según el punto de vista de los jóvenes intelectuales. A esto aludía Felipe Lleras Camargo cuando, en el primer número de la revista, en un lenguaje que debía tener mucho de convención, afirmaba: «La intelectualidad que constituye la clase media, confronta la tragedia de tener que vivir [del periodismo], se suma a la burguesía, y la pluma y el verbo se entretienen en tejer sofismas que halaguen a los de arriba y aplaquen el furor rebelde de los de abajo»⁵¹.

En ambos casos —*ideal de desinterés, independencia* frente a ciertos «poderes»—, debe resaltarse el hecho de que se trata menos de un debate sobre la *autonomía* del «hombre de ciencia», del escritor o del artista para la creación de su obra (el «arte por el arte»), que de un debate sobre la *renovación* de la política y del periodismo, actividades a las que los jóvenes escritores querían devolver su ímpetu ideológico, el cual veían decaer a causa de la «debilidad» y la «mediocridad» de los

es un deber imperativo de la nueva generación rehabilitar los fueros del espíritu, que ha puesto por el suelo el afán económico, e intentar el resurgimiento de la lucha de ideas». Véase Felipe Lleras Camargo, «El momento político», *Los Nuevos*, núm. 3, 11 de julio de 1925, p. 80. Citado en Ricardo Arias Trujillo, *op. cit.*, p. 210-211.

51. Felipe Lleras Camargo, «El momento político. La bancarrota de la política», *Los Nuevos*, núm. 1, 6 de junio de 1925, p. 5.

«hombres del Centenario». Esto era sin duda lo que los llevaba a sostener que «la política de los extremos es la única política de actualidad», manera en que denunciaban lo que llamaban también «mercantilismo político», frente a cuyas actuaciones siempre tendrían «una flecha dispuesta»⁵².

Si hemos insistido en estos puntos, es para mostrar cómo esa *nueva categoría* de intelectuales de los años veinte, imaginó para sí un *lugar* en la sociedad que no excluía la participación directa en instituciones como los partidos políticos, el Estado o los medios de comunicación (la prensa), los cuales habían sido tomados por «intereses personales», pero a los que su acción renovadora devolvería su verdadero sentido. A partir de esta participación, y no de otra manera, los jóvenes intelectuales creían en su papel transformador de la sociedad, bien fuera en una u otra dirección (recuérdese que entre «Los Nuevos» había diferentes tendencias ideológicas). No eran, pues, intelectuales que imaginaran su existencia por fuera y se definieran a sí mismos en contra del Estado, como sí ocurriría con otros intelectuales sobre todo en épocas posteriores.

Se trataba, pues, de hombres que aspiraban a «influir en la vida espiritual de un pueblo», posibilidad que encontraron pronto, primero en la prensa «mercantil», y luego, en la década siguiente, ocupando importantes cargos en el manejo del Estado o en la dirección de los partidos. Esto hizo que su actividad intelectual estuviera vinculada de manera temprana

52. *Ibid.* Un ejemplo más al respecto se encuentra en el número 2 de la revista, en donde, cuestionando el carácter «mercantil» del periodismo, el editorial declaraba: «Tenemos una idea anacrónica, si se quiere, de la misión de los que aspiran a influir en la vida espiritual de un pueblo desde las columnas de la prensa periódica.» Esta idea anacrónica era, por supuesto, la del desinterés y la del servicio a valores elevados, en oposición al cálculo económico y político. Cf. *Los Nuevos*, núm. 2, 23 de junio de 1925, p. 43. En el mismo número, el director de la revista hace una crítica del «arribismo» y de la «mediocridad» en política, en donde «la intriga y las transacciones ilícitas, son mágicas para abrir las puertas de todas las posiciones [...]», *ibid.*, p. 45.

a la «vida pública», por lo que siempre profesaron cierto tipo de «compromiso», si por esto entendemos, como indicábamos en el párrafo anterior, no solo una creencia en su capacidad para impulsar cambios sociales, sino en el rol destacado que en esto le correspondía a la cultura⁵³.

Para estos jóvenes escritores, por lo demás, la idea del «compromiso con su tiempo» jugó un papel muy importante, por cuanto ella les permitió establecer diferencias con aquellos intelectuales ya «establecidos» que ocupaban posiciones prestigiosas en el periodismo y la política, y a los que reprochaban un supuesto desinterés respecto a los problemas de su época. Es lo que el historiador Ricardo Arias denomina «mayor militancia» de las nuevas generaciones, aunque agrega: «Si las anteriores, como ya lo dijimos, no estuvieron desconectadas del contexto que las rodeaba, es posible que los ‘Centenaristas’, deseosos de preservar el espíritu republicano, adoptaran un tono muy mesurado, que creían necesario para no despertar pasiones insanas. Muy otro era el parecer de ‘Los Nuevos’»⁵⁴.

53. Así por ejemplo, en el editorial del número 4 de la revista, se lee: «Queremos ocupar un puesto de combate en las avanzadas de una generación que está resuelta a asumir un papel enérgico y protagónico en la vida de la República». *Los Nuevos*, núm. 4, julio 27 de 1925, p. 111. O también, en el número 5 del 10 de agosto de 1925: «[...] Estamos resueltos a hacer política y a llevar a las luchas una atmósfera nueva. Aun cuando los del Centenario y los viejos sonrían». Cf. Felipe Lleras Camargo, «Las dos generaciones», *Los Nuevos*, núm. 5, 10 de agosto de 1925, pp. 153-157. La cita en p. 157. Sobre el papel que los jóvenes intelectuales asignaron a la cultura como «factor» de cambio social, nos hemos apoyado en Renán Silva, «Colombia 1930-1960: aspectos culturales» (artículo inédito). Del mismo autor, aunque centrado en las realizaciones que los intelectuales liberales impulsaron a partir de 1930 en el terreno de la educación y la cultura —que ellos unían a nociones como democracia, derechos sociales o ciudadanía— véase *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2005.

54. Para esta parte ver Ricardo Arias, *op. cit.*, pp. 356 y ss. Véase también, como ilustración, el siguiente comentario de Alberto Lleras, quien figuraba como secretario de redacción de *Los Nuevos*: «Hemos vivido más al corriente de las pulsaciones de la humanidad de ahora, de lo que ustedes [los «centenaristas»] vivieron y viven actualmente. No es cuestión de

Aunque el tema del «compromiso» o, mejor, de la «responsabilidad social» del intelectual no fue un invento de «Los Nuevos», creemos que ellos acentuaron algunos rasgos que permiten hablar de una relativa diferenciación respecto a otras formas de ejercer esa actividad. Por ejemplo, al insistir en que el intelectual no podía ser ajeno al movimiento de su época, reclamaban de él una mayor apertura hacia el mundo y una mayor atención hacia los acontecimientos sociales, políticos o culturales que tenían lugar por fuera del país. Esto hizo que imaginaran su tarea como parte de una comunidad más amplia, en un momento que les parecía de extrema agitación y de transformaciones fundamentales.

De esto da cuenta, por ejemplo, un comentario realizado por Felipe Lleras Camargo en el número 5 de la revista, en que se percibe además la manera en que ciertos hechos debieron excitar la imaginación de los jóvenes escritores. Así pues, hablando de las diferencias entre la «nueva» y la «vieja generación», el director de la revista afirmará que estas se encuentran separadas

por la hora de revaluación que corresponde al fin del cataclismo moral más grande de los últimos siglos [en alusión, seguramente, a la Primera Guerra Mundial], y de la revolución social y política de más trascendentales y complicadas consecuencias que el mundo haya presenciado desde los primeros días del cristianismo [suponemos que en referencia a la Revolución Rusa]⁵⁵.

catálogos ni de libros nuevos. Es cuestión de ideas». Cf. Alberto Lleras, «Epístola alrededor de una polémica de generaciones», *Los Nuevos*, núm. 4, julio 27 de 1925, pp. 131-135. La cita en p. 135.

55. Felipe Lleras Camargo, «Las dos generaciones», *Los Nuevos*, núm. 5, 10 de agosto de 1925, pp. 153-157. La cita en p. 153. A esto alude también el siguiente comentario editorial: «Grandes problemas de todo orden, algunos de vida o muerte nos amenazan en esta hora de prueba y es imperativo para nuestra juventud honrada y libre decir la palabra de sinceridad y poner el sello de fuego en la frente lívida de los responsables de la tragedia que confronta el país». *Los Nuevos*, núm. 4, julio 27 de 1925, p. 111. Por lo demás, en el mismo número, el director de la revista escribe: «Revolución y reacción serán las fuerzas que actúen sobre el plano político del país. A ellas corresponde el lenguaje agresivo que preocupa a los

Asimismo, los jóvenes intelectuales de los años veinte habrían manifestado una preocupación más viva que sus «colegas» de otras «generaciones» por los conflictos asociados al trabajo, conflictos que, por lo menos desde la segunda mitad de la década, parecían anunciar la existencia de profundas desigualdades en la sociedad. Pero quizás lo fundamental sea la conciencia que ellos contribuyeron a crear según la cual, frente a este campo «novedoso» de problemas, no era posible continuar recurriendo a las soluciones del pasado (uso de la fuerza, caridad, paternalismo...), sino que era necesaria la intervención del Estado (desde luego, esto tendrá sus matices según las diferentes posturas ideológicas)⁵⁶.

Aunque no suele incluirse de manera formal en la «generación de Los Nuevos» —no hizo parte de la dirección de la revista, ni conocemos ningún escrito suyo en que se defina a sí mismo como uno de sus integrantes—, creemos que es posible considerar a Osorio Lizarazo —pero este sería también el caso de otros escritores, que no podemos examinar aquí— como parte de ese núcleo de intelectuales, sobre todo si atendemos a algunas de las características que compartía con ellos y que hemos mencionado en las líneas anteriores. Así por ejemplo, la idea de su «responsabilidad social», unida a una mayor apertura hacia los sucesos

evangelistas de la serenidad. Por otra parte nada tiene de extraño. Son las dos falanges que se hallan enfrentadas para la batalla definitiva del mundo.» Cf. Felipe Lleras Camargo, «El momento político. Reacción y revolución», *ibid.*, pp. 112-114. La cita en p. 114.

56. Para estos puntos, puede consultarse Mauricio Archila, «La clase obrera colombiana (1886-1930)», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *op. cit.*, vol. III, *Relaciones internacionales. Movimientos sociales*, cap. 9, pp. 219-244. También, aunque en otro plano de análisis, Luz Ángela Núñez Espinel, *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2006. Sobre los intelectuales de los años veinte y su inquietud por la «cuestión social», véase Ricardo Arias Trujillo, *op. cit.*, en esp. pp. 157-161. La parte final del libro está dedicada a establecer los elementos que permitirían hablar de la formación en los años veinte de un «nuevo intelectual»; hemos incluido algunos de estos elementos en nuestro análisis, si bien en una dirección que no coincide exactamente con la de Arias. Cf. *ibid.*, en esp. pp. 351-373.

internacionales y a una nueva sensibilidad respecto a los conflictos sociales, sus causas y la manera de resolverlos.

Por lo demás, Osorio compartió con «Los Nuevos» la idea de la relativa *independencia* que requiere la actividad intelectual, sobre todo cuando esa actividad se postula como renovación de antiguos hábitos políticos, periodísticos o literarios. Sin embargo —y es este un punto fundamental—, hay suficientes razones para afirmar que él, al igual que sus compañeros de «generación», y pese a sus declaraciones en sentido contrario, no vio en el ejercicio de la política o del periodismo, *per se*, un obstáculo para su actividad como escritor o para el ejercicio del oficio intelectual.

Solo por dar algunos ejemplos, que tendremos oportunidad de ampliar en el tercer capítulo de este trabajo, sabemos que Osorio participó en la campaña electoral que en 1930 llevó a la presidencia al candidato liberal Enrique Olaya Herrera; durante el Gobierno de la Revolución en Marcha, encabezado por Alfonso López Pumarejo —quien más tarde se convertiría en blanco de sus más apasionadas críticas—, atacó de manera recurrente, desde las páginas del *Diario Nacional*, a los «liberales de derecha», quienes parecían desvirtuar las promesas de cambio social ofrecidas por el Gobierno; en 1938 apoyó la candidatura de Eduardo Santos y aspiró a la Cámara de Representantes; y es conocida, además, su adhesión en los años cuarenta al movimiento liderado por Jorge Eliécer Gaitán⁵⁷.

57. La participación en la campaña de Olaya Herrera se comprueba en una carta de 1952 que Osorio Lizarazo le dirige, desde Buenos Aires, al médico y escritor colombiano Eduardo Putnam Tanco. Cf. Fondo JAOL: V, 37 (51-54). La información en ff. 52-53. Para su actividad como periodista en el *Diario Nacional*, véase J. A. Osorio Lizarazo, *Ideas de izquierda. Liberalismo partido revolucionario*, sd. Algunos autores señalan el año 1939 como el de publicación del libro; sin embargo, por su contenido, las columnas de prensa que en él se reúnen debieron ser escritas entre 1935 y 1936, en el marco de la Reforma Constitucional propuesta por el gobierno de López Pumarejo. Del apoyo a la campaña de Eduardo Santos y la candidatura a la Cámara de Representantes habla Gustavo Samper en un artículo aparecido en *Acción liberal*, núm. 60, abril-mayo de 1939. Citado en

Como antes indicáramos, con la victoria del Partido Liberal en 1930, después de más de cuatro décadas de gobiernos conservadores que contaron con el apoyo de la Iglesia católica, los jóvenes liberales pertenecientes a «Los Nuevos» encontraron la oportunidad de asumir cargos en la dirección del Estado, sobre todo como encargados de la política educativa y cultural de las nuevas administraciones. Este paso decidido a la política debe comprenderse, como ha escrito el historiador Renán Silva, en el marco de «una sociedad que no garantizaba las condiciones materiales en que puede sostenerse [...] un grupo de hombres de letras que no dispone de rentas propias»⁵⁸.

Es cierto que los gobiernos liberales en que participaron «Los Nuevos» entre 1930 y 1946 estuvieron encabezados por conspicuos hombres de la «generación del Centenario». Sin embargo —antes lo indicamos—, las relaciones entre unos y otros nunca fueron tan conflictivas como, sobre todo los primeros, las imaginaron. Quizás no resulte equivocado afirmar que los conflictos más agudos tuvieron lugar, precisamente, en el terreno de la *imaginación*; y que, por lo tanto, la vehemencia verbal contra los «centenaristas» que caracterizó la aparición de «Los Nuevos» y de su revista fue, ante todo, una estrategia inicial para darle existencia simbólica a lo que antes no la tenía. Alberto Lleras, uno de «Los Nuevos» más activos durante los gobiernos de la República Liberal (llegó a ser Presidente), ha escrito en sus *Memorias*:

Santiago Mutis Durán, «Introducción», *op. cit.*, pp. xxix-xxx. La adhesión de Osorio a Gaitán y su trabajo como publicista a favor del líder político en J. A. Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia* [1952], Bogotá, Punto de Lectura, 2008, en donde el escritor bogotano, ya convertido en apologista de Rafael Leonidas Trujillo y de Juan Domingo Perón, presenta una versión muy personal de la política colombiana en la primera mitad del siglo xx. Cf esp. *ibíd.*, pp. 308-405.

58. Renán Silva, «Colombia 1930-1960: aspectos culturales». El artículo contiene una parte titulada «La generación de Los Nuevos: un nuevo horizonte cultural de la sociedad», que ha sido útil a nuestro argumento.

Seguramente Los Nuevos habrían podido surgir sin tanto bulli-
cio, y aun empleando otros medios de comunicación como los que
escogimos. Pero un grupo y una generación sin revista no tenía
para nosotros mucho sentido, aunque ya estaban en nuestras ma-
nos casi todas las facilidades de la prensa periódica para lanzar al
mundo nuestro mensaje, cualquiera que él fuese. La idea no resul-
tó completamente absurda, porque hasta la aparición del primer
número de *Los Nuevos* nadie sabía que lo fuéramos, ni a nadie le
importaba una higa qué tan nuevos fuéramos. La revista, claro, era
un salto regresivo en cuanto a publicidad se refiere, porque pasá-
bamos de los veinte o treinta mil ejemplares de los grandes periód-
icos [«centenaristas»], a unos doscientos, mal contados⁵⁹.

Al hablar de «estrategia» no queremos sugerir, desde lue-
go, que se tratara de una *acción calculada* con vistas a disputar
privilegios. Si algo hubo de esto –aunque es muy difícil, en
todo caso, aceptar la idea del *cálculo*– nos parece que no pue-
de comprenderse por fuera del hecho cierto de que los jóve-
nes intelectuales profesaron un anhelo de renovación que
debió ser sincero, el cual los llevó a atacar a quienes, en su
mente, eran el principal obstáculo para lograrlo; es seguro,
asimismo, que con el triunfo de los liberales en 1930, y una
vez moderado el ímpetu verbal de los primeros años, estos
jóvenes –al menos los que simpatizaban con el cambio que
parecía abrirse paso en la sociedad y con el entusiasmo que lo
acompañaba– encontraron en el «servicio público» una opor-
tunidad única que les permitía llevar a la práctica su afán
renovador; se entiende, pues, que en este contexto las dife-
rencias con los «hombres del Centenario» mostraran con más
claridad su carácter relativo.

Algo similar puede decirse de Osorio Lizarazo y la relación
ambigua que mantenía con, de un lado, su labor como escritor,
y, de otro lado, el empleo en la burocracia y en el periodismo.

59. Alberto Lleras, *Memorias*, Bogotá, El Áncora Editores, 1997, p. 245.
Aunque en varios lugares del libro se encuentran referencias a los inte-
grantes de «Los Nuevos» y de la «generación del Centenario», el autor
dedica unas páginas exclusivas para referirse al «nacimiento» de aquéllos.
Cf. *ibid.*, pp. 241-250.

En lugar de ver en su actitud nada más que una *contradicción lógica* –¿cómo era posible que criticara la influencia de estas actividades sobre el oficio intelectual y literario y, al mismo tiempo, como tendremos oportunidad de mostrar con más detalle, buscara una mejor posición en ellas?–, o una muestra de puro oportunismo, nos parece que ella revela aspectos complejos acerca de cómo funciona la desigualdad en una sociedad.

El problema esencial, aquí, parece haber consistido en que el escritor bogotano vivió con una sensación constante de padecer un trato injusto. Con razón o sin ella (aunque esto no importa mucho ahora), Osorio juzgó como *mejor* –más prestigiosa, llena de mayores reconocimientos– la situación de sus «compañeros generacionales», respecto a quienes creía no desmerecer. Aunque no lo explique completamente, esto debió estar en el origen de sus críticas radicales a los poderosos, a la oligarquía, a los intelectuales de maneras delicadas, quienes fueron, al mismo tiempo, objeto de su idealización y de su deseo. De ahí que, a pesar de sus diatribas contra la política y el periodismo, no dejará de buscar en estos campos una posición más ventajosa.

Osorio creía que su labor como escritor no era bien reconocida, lo cual, como veremos, no era del todo cierto, al menos si juzgamos por los adjetivos que sus contemporáneos utilizaron para elogiar su obra periodística y literaria. Por lo demás, Osorio debió *saber*, como antes mencionamos, que las posibilidades de «vivir de la literatura» en una sociedad como la colombiana de los años treinta y cuarenta eran muy restringidas, por no decir inexistentes. ¿Cuáles eran, entonces, las opciones más prestigiosas de reconocimiento y de vida material a las que podía aspirar un escritor de su época, sobre todo si su origen social no garantizaba ninguna forma de «rentas propias»? Como esperamos haber sugerido, estas eran, ante todo, el periodismo y el empleo público. Pero Osorio, en estos campos, nunca alcanzaría más que posiciones *menores*.

El mundo editorial y la consagración

1. La situación social del escritor

En diferentes circunstancias de su vida, J. A. Osorio Lizarazo criticó las condiciones en que los escritores debían ejercer su oficio en Colombia. Al respecto, escribe en un artículo de 1936:

No hay posibilidades de selección en las publicaciones. Los libros se editan más de acuerdo con las posibilidades económicas del autor que con su mérito intrínseco. La edición es un pésimo negocio, y solamente una tendencia de apostolado, de preocupación por la cultura nacional, de vocación fervorosa, o un apreciable desahogo pecuniario permiten la inversión de una suma de dinero en un libro que después se vende perezosamente [...] ⁶⁰.

Sin un adecuado «estímulo oficial», sin un mercado editorial fuerte, sin un «apreciable desahogo pecuniario» –a lo que además se sumaba la indiferencia del «público»–, no le quedaba al escritor más que el camino del sacrificio («el apostolado»), o ir a parar (véase cap. anterior) en los «morbos trágicos» de la burocracia y del periodismo ⁶¹. Era esto, precisamente, lo que había ocurrido con «innumerables talentos» de las «nuevas generaciones», «grandes literatos a quienes el ambiente ha desviado de su ruta esencial para imponerles otra que, acaso, contenga para sus esfuerzos mayor estímulo y más inmediato reconocimiento» ⁶².

60. J. A. Osorio Lizarazo, «Divagación sobre la novela», *op. cit.*, pp. 412-413.

61. J. A. Osorio Lizarazo, «Divagación sobre la cultura», *op. cit.*, pp. 544-545.

62. *Ibid.*, p. 545. Los «grandes literatos» a los que se refiere Osorio son Alberto Lleras, por entonces (1946) Presidente de la República; Juan Lozano y Lozano, fundador y director del diario *La Razón* (1936-1948), dirigente político, poeta y diplomático, y Eduardo Caballero Calderón, escritor, periodista y diplomático. Los tres participaron en los gobiernos de la República Liberal. Un ejemplo más de la posición crítica de Osorio respecto a las condiciones sociales del oficio literario, se encuentra en una entrevista

Pero quizás uno de los mejores lugares para apreciar las críticas de Osorio Lizarazo a la «situación social» del escritor es un artículo escrito en Buenos Aires, adonde llegó a principios de 1948, y en donde, por lo que sabemos, encontró una situación económica más favorable que la que dejaba en su país. En ese artículo, Osorio se queja de ciertos editores que viven a costa «del escritor desinteresado», a quien se le reprocha cualquier deseo de obtener provecho económico de su trabajo:

En algunos lugares el trabajador intelectual se obstina en mantener una actitud de desdén hacia las minucias de la vida que tanto inquietan al trabajador manual. Sujeto a una serie de prejuicios y de ficción, está obligado a disimular sus quebrantos económicos y a mostrarse al margen de cuestiones que le son tan fundamentales como a cualquier otro ser humano. El trabajador intelectual que haga ostentación de sus preocupaciones estrictamente humanas pierde categoría y autoridad para ejercer su oficio [...]. Por este exceso de discreción se han malogrado grandes talentos, que no pueden mantener la ficción económica, y han de consagrarse a un vivir subalterno al cual los condena la estúpida ambición de sacar algún dinero de su trabajo, lo mismo de la efímera colaboración periodística que de la más durable cristalización del libro⁶³.

Si bien en este artículo se revela un Osorio que puede hablar del oficio literario con relativa distancia y lucidez, sin ceder a la amargura, no sucederá lo mismo en otros lugares, en que el escritor deja ver una relación menos apacible con

manuscrita realizada a principios de los años cuarenta, en donde, ante la pregunta por las obras que prepara, el escritor dirá, esta vez con tono desenfadado inusual en él: «Preparo [...] mucha cosa y estoy seguro de que la vida no me alcanzará para realizar lo que hasta ahora tengo en proyecto. Confío en que alguna vez los deberes de la burocracia que me da para pagar el arriendo y hacer el mercado me concederán el margen de tiempo que me es indispensable para escribir una gran biografía de Santander [...]. Para esto necesito un reposo que no sé cuándo ganaré, porque mi sueldo como empleado público me es absolutamente indispensable y además soy cumplido, responsable y cauto y hay relojes de control en todas partes». Véase Fondo JAOL: I, 1 (219-224), [1942-1943], f. 220.

63. J. A. Osorio Lizarazo, «El trabajo intelectual no puede ser gratuito». Fondo JAOL: III, 27B (201-203), Buenos Aires, junio [1948-1954]. La cita en f. 201.

su experiencia y su pasado. Sin duda, él había «ostentado» algunas veces sus «preocupaciones estrictamente humanas», así como padecido el sentimiento de recibir un trato injusto. Esta conciencia, de la que parece no desprenderse nunca del todo, es la que se manifiesta en algunas de sus cartas.

Así por ejemplo, en 1952 Osorio le escribe a Eduardo Putnam Tanco, en lo que es una especie de comparación entre su propia vida y la vida de Jorge Eliécer Gaitán:

No quiero calificarme como un vencido, ni mucho menos: pero mi vida no fue lo que pudo ser, dada la materia prima. Creo de mí que mi único mérito ha consistido en constituirme un escritor, sin otro calificativo, afrontando para ello las dificultades, la miseria, la incompreensión, las rivalidades de los más fuertes y el menosprecio colectivo: pero pienso que esta persistencia no es producto de una voluntad conciente [como la de Gaitán] sino de la incapacidad de hacer otra cosa⁶⁴.

Casi un mes después, esta vez en carta dirigida a Bernardo Restrepo Maya, hombre cercano a lo que más tarde se conocerá como el «Grupo de Barranquilla», Osorio se refiere a su pasado en Colombia. Al respecto dirá: «Agobiado siempre bajo ímpetus indescifrables, inepto perpetuamente para organizar un método y una estabilidad económica [...], anduve sumergido en amargura y en torpes desazones»; en Argentina –continúa el escritor–, aunque no había podido asegurar tampoco esa estabilidad, «no existe esa codiciosa emulación de nuestra tierra», «no existen esas ansiedades mortales por objetivos imposibles, ni ese incesante perseguir de pequeñas angustias, ni esa hiperbolización [sic] de los problemas cotidianos que es tan frecuente en nuestro trópico»⁶⁵.

Citemos, para dar un ejemplo más de la forma en que Osorio se lamentaba de las condiciones en que ejercía su

64. Cf. Carta del 18-I-1952 para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires. Fondo JAOL: v, 37 (51-54). La cita en f. 51.

65. Carta del 10-II-1952 para Bernardo Restrepo Maya (sin indicación de lugar, aunque por la fecha se infiere que fue enviada desde Buenos Aires). Fondo JAOL: V, 37 (44-48). Las citas en ff. 46-47.

oficio de escritor, una carta que dirige a Eduardo Santos en 1940, para entonces Presidente de la República y propietario (antes propietario-director) del diario *El Tiempo*. La carta es una queja por las condiciones de trabajo en el periódico, en donde Osorio considera que se le retribuye mal, no solo por el salario que gana (\$150 mensuales), sino por las funciones que se le asignan (relator de la Cámara de la Representantes).

Esta situación, injustificable después de «20 años de ejercicio periodístico, en el cual malversé mi vida inútilmente», es percibida por el escritor como menosprecio de sus «títulos de acción intelectual» y de su «exaltada capacidad de trabajo»; es lamentable –agrega Osorio– el hecho de que,

obtenga por algo similar a un simple acto de beneficencia [...] un pequeño emolumento sobre el cual no puedo formular aspiraciones, el cual constituye el único recurso para mi sostenimiento y el de los míos, cuando usted, en memorable ocasión, me había anunciado que ‘el porvenir estaba lleno de promesas’⁶⁶.

Y continúa:

Por todo lo anterior y por el conocimiento que usted tiene de mí comprenderá que mi ambición de un trabajo efectivo, proporcionado a mi categoría y mejor remunerado está plenamente justificada. Jamás he recibido por ninguno de mis ocho libros publicados hasta ahora estímulo práctico alguno, ni he obtenido

66. Carta del 23-II-1940 para Eduardo Santos desde Bogotá. Fondo JAOL: VI, 42 (11-12). Las citas en f. 12. En la carta, Osorio dice que al ingresar a la redacción de *El Tiempo* (marzo de 1939), su sueldo inicial fue de \$350 mensuales, el cual se redujo después, por circunstancias que no son del todo claras, pero que al parecer tuvieron que ver con una orden del propietario (el presidente Santos), a \$150. La reducción del sueldo, por lo demás, coincide con su traslado de la sección editorial a la relatoría de la Cámara. Así como en la entrevista citada en la nota 62 hablará de «pagar el arriendo» y «hacer el mercado», es decir, tendrá que hacer «ostentación de sus preocupaciones estrictamente humanas», en la carta a Eduardo Santos que acabamos de citar, al referirse al salario que recibe, Osorio dirá: «Esta suma [\$150] [...] es insuficiente para mis necesidades domésticas, y al efecto, en los últimos días he tenido que disponer de objetos de uso personal, lo mismo que de los ahorros que me representaba la pequeña granja rural que abandoné en marzo del año pasado por el honor de ingresar a la redacción de *El Tiempo*». Cf. *ibíd.*, f. 11.

de ellos un solo centavo de utilidad, ni el Estado, en ninguna ocasión ni bajo ningún pretexto, ha tenido en cuenta mi condición de escritor y mi pequeño esfuerzo para la creación de una cultura literaria propia⁶⁷.

Si hemos de creer plenamente en las palabras de Osorio, tendríamos que admitir que su situación económica no era muy holgada, o, al menos, no se asemejaba mucho a ese «porvenir lleno de promesas» con que alguna vez había soñado. Al respecto, contamos con alguna información más o menos confiable sobre los ingresos que Osorio recibió en sus trabajos burocráticos y periodísticos. Según una carta que el escritor dirige en 1951 a Eduardo Putnam Tanco, entre los 22 y los 27 años habría trabajado «hasta catorce horas diarias» en *Mundo al día*, con un salario mensual de \$24⁶⁸. Sin embargo, la información debería ser corregida al menos en un punto: *Mundo al Día* se fundó en 1924, por lo cual no es posible que Osorio hubiera entrado a trabajar al diario a los 22 años.

Pero es cierto que Osorio trabajó en *Mundo al Día*. Así lo comprueba, entre otras cosas, la identificación que lo acredita como «reporter» de ese medio escrito⁶⁹. Por lo demás, es conocido que fue allí donde Osorio publicó las crónicas que luego se convertirían en su primer libro, *La cara de la miseria* (1926). En cualquier caso, lo que parece más probable es que Osorio comenzara a trabajar en *Mundo al Día* en 1924, de donde se retiró en 1929⁷⁰.

67. *Ibid.*, f. 12.

68. Carta del 19-x-1951 para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires. Fondo JAOL: v, 37 (67-71). Cf. f. 68.

69. Véase Fondo JAOL: VII, 50 (155), [1925].

70. Véase Luis Enrique Osorio, «J. A. Osorio Lizarazo», en Santiago Mutis Durán (comp.), *Novelas y crónicas, op. cit.*, pp. 681-689, en esp. pp. 685-686, en donde afirma que Osorio ganaba «seis pesos semanales» por su trabajo en *Mundo al Día* (el texto original corresponde a un reportaje publicado en *El Tiempo* el 11 de abril de 1943). Jorge Moreno Clavijo, caricaturista y quien fuera amigo de Osorio Lizarazo, dice en una nota dedicada al escritor que su sueldo en *Mundo al Día* era de \$40 mensuales, correspondientes a su cargo como redactor principal. Véase Mutis Durán, «Introducción», *ibid.*, p. XXXIII.

Ese año, Osorio viajó a Barranquilla y entró a trabajar como redactor en el periódico *La Prensa*, en donde, según la misma carta a Putnam Tanco que acabamos de citar, el escritor «redujo su vida» —es la expresión que utiliza— a \$120 mensuales⁷¹. En octubre de 1933, todavía en Barranquilla, Osorio fue contratado como jefe de redacción del periódico *El Heraldito*, con una asignación mensual (como consta en el contrato) de \$250⁷². Más tarde, a los 35 años —en la plenitud de su vida— habría recibido \$70 mensuales por trabajar en *El Tiempo*. Por ese dinero —dice Osorio, quizás con alguna exageración— «[hacía] doce editoriales y setenta ‘Cosas del Día’ y hubo noches en que tuve que soportar las seis o siete horas que me representaba este esfuerzo sin haberme alimentado, porque el arrendamiento me consumía treinta pesos: y cuarenta para alimentarme y vestirme», sin contar con los gastos familiares (esposa, dos hijos)⁷³.

Como hemos mencionado en el capítulo anterior, en 1934 Osorio Lizarazo (de regreso de Barranquilla a Bogotá) comenzó a trabajar en empleos burocráticos menores. De su paso por ellos, solo sabemos que entre enero de 1943 y febrero de 1944, como bibliotecario de la Estadística Nacional de la Contraloría de la República, ganó un sueldo mensual de \$200⁷⁴. No es cierto, entonces, lo que dice Osorio en la carta a Putnam Tanco que hemos venido citando: «... Algunas incursiones breves en la burocracia —donde suponía que estaba traicionando mi destino— me ratificaron que no valía más de ciento veinte a ciento cuarenta pesos mensuales»⁷⁵.

Si comparamos los datos más confiables de que disponemos, es decir, su salario mensual de \$250 entre 1933 y 1934;

71. Fondo JAOL: v, 37 (67-71), f. 68.

72. Véase Fondo JAOL: vi, 44 (1), que corresponde al contrato manuscrito firmado en Barranquilla el 20 de octubre de 1933.

73. Carta del 19-x-1951 para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires. Fondo JAOL: V, 37 (67-71). Cf. f. 68.

74. Cf. Fondo JAOL: vi, 46 (9) y vi, 46 (10).

75. Fondo JAOL: v, 37 (67-71). La cita en f. 68.

de \$350 en 1939; de \$150 en 1940 y de \$200 entre 1943 y 1944, con un estudio reciente sobre las condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo xx, los resultados indicarían que Osorio, incluso con su salario más bajo (\$150), nunca salió del rango de trabajador «medianamente calificado», e incluso, en 1933 y en 1939, llegó a estar en el de trabajador «calificado»⁷⁶.

Sin embargo, como hemos argumentado en otras partes de este estudio, tal vez lo más importante en estos casos no son las «condiciones objetivas» (determinadas además por el investigador), sino la manera en que estas se viven. Con esto, desde luego, no queremos proponer una separación entre ambas «dimensiones»; se trata más bien de resaltar el hecho de que las experiencias particulares de los individuos y de los grupos están a menudo hechas de estos «desfases», y que la manera en que ellos se representan el mundo y sus cosas no necesariamente coincide con su *realidad*.

Al respecto, nos parece que el caso de Osorio revela un problema sociológico importante: el de la relación (frustrada, en este caso) entre determinadas expectativas (materiales, simbólicas, etc.) y las posibilidades efectivas de realizarlas. Como hemos afirmado antes, creemos que la llegada de los liberales al poder en 1930 dio paso a un entusiasmo general entre sus seguidores, el cual, desde luego, estuvo acompañado por expectativas de cambio en diferentes terrenos.

76. Véase María del Pilar López Uribe, «Diferenciación salarial y condiciones de vida en Bogotá, 1900-1950», *Documentos CEDE*, Bogotá, Universidad de los Andes, núm. 25, noviembre de 2008, 46 pp. Otros datos ofrecidos por la autora, por ejemplo las «relaciones de bienestar» entre 1906 y 1950 para oficios medianamente calificados y no calificados, indican que con el salario recibido por Osorio en sus diferentes empleos era posible cubrir gastos «básicos» de la época (vivienda, alimentación, vestido), y aun posible contar con un excedente para otros gastos. Cf. *Ibid.*, pp. 30-32. Para convertir el salario nominal de Osorio Lizarazo en valores reales, hemos utilizado los índices de costo de vida incluidos en Alberto Pardo Pardo, *Geografía económica y humana de Colombia*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1972, pp. 191 y 221.

Para los intelectuales liberales de los años veinte, muchos de los cuales entraron a trabajar de manera directa en las tareas de gobierno, este cambio debió significar una posibilidad excepcional de llevar a la práctica sus anhelos de renovación —que, como hemos indicado en el capítulo uno, no imaginaron por fuera del Estado y de la política—, pero no menos una posibilidad de bienestar material y reconocimiento simbólico. Hay suficientes indicios que muestran que Osorio compartió estas expectativas, aunque en su caso no se realizaron, o al menos no como él esperaba —sobre todo si tenemos en cuenta con quiénes podía comparar su situación—.

Por lo demás, y como mostraremos más adelante, a su desilusión debió contribuir el hecho de que Osorio tenía por valioso el aporte que hacía a la «cultura nacional» por medio de sus obras, aporte que le fue reconocido por sus contemporáneos, pero que no se tradujo en el bienestar material y en el reconocimiento simbólico al que él aspiraba.

Según el escritor bogotano, él se había quedado, al final, «en esa posición indefinida, nebulosa e imprecisa, de ser un escritor, con una pequeña reputación que suponía base de porvenir»⁷⁷. Y agrega: «Por todos lados contempla uno en torno, con el ánimo roído por la envidia, el progreso de individuos pertenecientes a determinados grupos sociales y económicos, sin esfuerzo ni lucha ni títulos ni méritos, mientras uno se ve cada día más aplastado y pospuesto»⁷⁸.

Sobre la afirmación de Osorio según la cual nunca había obtenido «un solo centavo» de sus libros, si bien debe tomarse con reserva y es posible ver en ella una manera de reforzar su queja por la condiciones de trabajo en *El Tiempo*, creemos que hay indicios que muestran que el escritor bogotano no obtuvo considerables beneficios económicos de su actividad literaria, o al menos no los suficientes como para pensar en

77. Fondo JAOL: v, 37 (67-71), f. 68.

78. *Ibid.*, ff. 68-69.

«vivir de la literatura». Sin embargo, esos mismos indicios permiten suponer que esa era la situación, si no para todos, sí para buena parte de los escritores de la época. En este punto, si bien deben ampliarse las fuentes del problema, parece entonces que Osorio Lizarazo no se encontraba en una situación especialmente desigual respecto a sus contemporáneos.

2. Osorio Lizarazo y sus libros

Entre 1930 y 1946, periodo en que se concentra este estudio (aunque, para el caso, tendremos en cuenta como punto de partida el año 1926), Osorio Lizarazo publicó 12 libros, entre crónicas, novelas (el género más numeroso) y ensayos. El primero de estos libros, que hemos mencionado antes, es el volumen *La cara de la miseria* (1926), reunión de crónica publicadas antes en el diario *Mundo al día*. La obra apareció con la editorial «Talleres de Ediciones Colombia», fundada por Germán Arciniegas en 1925, que publicó en total 28 títulos, entre ellos algunos inéditos de escritores costumbristas como Tomás Carrasquilla o Efe Gómez. No disponemos de información precisa sobre la publicación de *La cara de la miseria*, aunque con seguridad no debió reportar grandes beneficios económicos a su autor, como no los reportó tampoco para el editor, quien por esos años conoció la quiebra de sus proyectos editoriales⁷⁹.

En 1930 Osorio publicó *La casa de vecindad*, su primera novela, con la editorial Minerva, que unos años más tarde se encargaría de la publicación de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana* (sobre esta colección volveremos más adelante). La primera información que tenemos al respecto, es una carta de agosto de 1930, escrita por Francisco Urrutia

79. Cf. Antonio Cacia Prada, *Germán Arciniegas. Su vida contada por él mismo*, Bogotá, ICELAC, 1990, pp. 140-142 y 171-172.

H., gerente de la editorial, dirigida a Osorio Lizarazo, quien entonces se encontraba en Barranquilla. En la carta, el remitente manifiesta su deseo de publicar el libro, pues le «ha parecido una obra sumamente bien escrita y llamada a tener un gran éxito de librería». A lo que añade:

Como Ud. lo sabrá, en Colombia el público todavía no está acostumbrado a la lectura y por bueno que sea un libro es menester hacerle una gran propaganda para venderlo. Por eso creo que para lograr una venta considerable de *La casa de vecindad* sería bueno anunciar[lo] previamente [...] durante unos dos o tres meses antes de ponerlo en venta⁸⁰.

La carta, y en general la correspondencia a propósito de la publicación de *La casa de vecindad*, revela en varios sentidos el carácter «informal» (pero también las dificultades) que debió tener la «edición» de libros en aquella época, cuando aún no se había consolidado el capitalismo editorial en Colombia, fenómeno que tendrá lugar a partir de los años cincuenta⁸¹. Por ejemplo, el editor parece aceptar la propuesta,

80. Carta del 18-VIII-1930 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (1-2). Las citas en f. 1.

81. No conocemos buenos trabajos (ni aun una buena crónica) sobre el mundo editorial colombiano durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, hemos acudido en busca de información a Juan Gustavo Cobo Borda, «Historia de la industria editorial colombiana», en Juan Gustavo Cobo B. (ed.), *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*, Bogotá, Cerlalc, 2000, pp. 161-188. De manera más reciente, el historiador Juan Guillermo Gómez García ha investigado problemas relacionados con la edición, el libro y la lectura considerando los aportes de la historia cultural y la sociología de la literatura a este campo de estudios. Véase por ejemplo su *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del «libro de izquierda» en Medellín en los años setenta*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2005. Una versión resumida de este trabajo en Juan Guillermo Gómez García, *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*, Bogotá, Diente de León, 2006, pp. 333-391. Ahí mismo, véanse «Los pasos perdidos de Ernesto Volkening» y «Borradores sobre la lectura literaria del proletariado en Medellín», pp. 305-329 y 393-400. En el primero de estos dos ensayos, el autor realiza sugerentes observaciones acerca de los problemas que podría abordar una sociología del «oficio de escritor» en Colombia (cf. en esp. pp. 305-309). Otro aporte fundamental sobre estos temas son los trabajos del

realizada por Osorio, de vender el libro por suscripción, idea que le «parece excelente no solo por el número de ejemplares que quedan de este modo seguramente vendidos sino por ser este un excelente sistema de propaganda», y añade: «Le agradecería me enviara las direcciones de las librerías más conocidas de Ud. en esa región y de personas a quienes podríamos encargar de la propaganda y venta del libro»⁸².

En una nueva carta enviada casi un mes después, el señor Urrutia anuncia el envío de las primeras pruebas de la novela y le pide a Osorio que «las devuelva corregidas lo más rápidamente posible», y agrega: «La fecha aproximada para la aparición del libro puede ser el 15 de noviembre, pero esta fecha depende en gran parte, del tiempo que Ud. emplee en corregir las pruebas, y de que no haya retraso en el Correo»⁸³. En la misma carta se comprueba que Osorio Lizarazo realizó los «esqueletos para las suscripciones»: «nos han parecido excelentes», añade al final el señor Urrutia.

En noviembre de 1930, todavía en el proceso de corrección de pruebas, el gerente de la editorial Minerva le escribe a Osorio: «Dentro de dos o tres días le enviaremos la carátula del libro para que Ud. le modifique los detalles que crea convenientes. Creo que dentro de quince días tendrá

historiador Renán Silva. Véanse por ejemplo sus artículos «Libros, lecturas y lectores durante la República Liberal» y «Las Ferias del Libro en Colombia, 1936-1947», en *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, op. cit., pp. 87-154 y 187-221. El libro, por lo demás, contiene un interesante apéndice con algunas de las fuentes (correspondencia) que el autor empleó para su análisis de la «lectura popular». Véanse también, del mismo autor, «El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector», *Revista de Estudios Sociales*, núm. 30, agosto de 2008, pp. 20-37 y «El canon literario en Colombia: a propósito de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*», en Olga Vallejo Murcia y Alfredo Laverde Ospina (coords.), *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo I*, Medellín, La Carreta, 2009, pp. 87-119.

82. Fondo JAOL: v, 36 (1-2), ff. 1-2.

83. Carta del 12-IX-1930 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (3).

ya Ud. ejemplares de la obra en Barranquilla.» A continuación, con espontáneo optimismo, Urrutia añade: «A mi regreso [salía de viaje hacia Europa], o sea en el mes de Febrero tendremos muy probablemente que pensar en una segunda edición de su libro, pues no dudo de la inmensa acogida [sic] que tendrá en el público»⁸⁴.

Los primeros ejemplares de *La casa de vecindad* los recibió Osorio a mediados de diciembre de 1930, aunque el libro debió salir al mercado unas semanas después⁸⁵. El 19 de enero de 1931, Alfonso Robledo Mejía, quien debía cumplir el cargo de gerente encargado de la editorial Minerva, le escribe a Osorio:

Lamentamos sobremanera el que a Ud. no le hay [sic] parecido adecuado el papel que empleamos para su obra, pero como en las últimas ediciones que hemos publicado, ha tenido muy buena aceptación ese papel y además en las últimas ediciones de libros extranjeros han usado papel delgado, nosotros creímos oportuno hacer tal imitación.

En cuanto a la propaganda de su libro, tendremos el mayor placer en cumplir sus órdenes, lo mismo que la repartición de ejemplares gratis a los más destacados escritores de esta [ciudad]⁸⁶.

Desconocemos si entre la fecha de esta última carta y la siguiente, del 17 de enero de 1932, hubo más correspondencia entre Osorio Lizarazo y sus editores de Bogotá. Lo cierto es que el «negocio» había fracasado, como lo anunciaba el nuevo gerente. Según su versión, la responsabilidad mayor del fracaso le correspondía a las librerías de la capital, que se habían negado a vender el libro. Aunque en la carta se insinúa que el rechazo de la novela tuvo que ver con cierta forma de censura (se menciona ahí «el fenómeno no raro en este medio bogotano bastante pacato de que las Librerías se

84. Carta del 13-XI-1930 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (4).

85. Cf. carta del 12-XII-1930 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (6).

86. Carta del 19-I-1931 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (7).

negaran» a vender una obra), parece más probable, si nos guiamos por lo que sabemos acerca de los comentarios positivos que suscitó el libro, que los motivos hubieran sido otros. Así por ejemplo, en la misma carta que acabamos de citar, el remitente se refiere a las numerosas «trabas» que las librerías «ponen a los libros nacionales» (¿por el escaso interés que despiertan entre los lectores? ¿Por su escaso beneficio económico en comparación con los «libros extranjeros»?), así como a la «situación actual [económica, es de suponer] que ha hecho que los libros no tengan venta»⁸⁷.

Lamentablemente, no conocemos las condiciones precisas en que se pactó la edición de *La casa de vecindad* entre Osorio Lizarazo y Minerva, aunque es seguro que algunas existieron, según se deriva de la lectura de la correspondencia⁸⁸. El 31 de marzo de 1932, el gerente de la editorial le envió al escritor un balance de las ventas del libro. Los datos son los siguientes, de una edición de 1000 ejemplares (costo total \$275):

Entregados o enviados a Osorio Lizarazo	196
Existencia en los depósitos de la editorial	648
Sin vender, librería de «El Mensajero»	23
Sin vender, librería «Granadina»	18
Sin vender, librería «Americana»	8
Sin vender, librería «Colombiana»	6
Sin vender, librería «Universal»	10
Sin vender, librería «Nueva»	9
Vendidos por estas librerías hasta la fecha	30
Enviados a la Biblioteca Nacional y al Ministerio de Gobierno, conforme a Ley	4
Archivos de la Editorial Minerva	5
Enviados a los periódicos de Bogotá y propaganda	43
Total	1000

Fuente: Fondo JAOL: v, 36 (9-10).

87. Carta del 17-1-1932 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (8).

88. Véase por ejemplo carta del 18-VIII-1930 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (1-2).

Los ejemplares vendidos, menos las comisiones de los libreros, daban un saldo de \$17,60 (no conocemos el precio de venta en las librerías), que los editores abonaban al costo total de la edición, resultando un saldo en contra del autor de \$257,40. La propuesta que le hacían a Osorio consistía en venderle 700 ejemplares a \$0,35 cada uno, con lo cual se cubriría apenas el costo de edición.

Asimismo –continúa la carta– esperamos que usted nos envíe la cuenta detallada de los ejemplares que se le remitieron y que hasta la fecha no hemos tenido noticia. Para facilitar a usted la compra de los ejemplares usted nos puede enviar giros parciales que correspondan al número de ejemplares que nos solicite, siempre que no sean menores de 100⁸⁹.

Así pues, la primera novela de Osorio Lizarazo fue un «fracaso de ventas». Los documentos del Fondo JAOL que consultamos no permiten conocer más detalles de la relación entre el escritor y la editorial. Por lo tanto, no sabemos si el escritor se vio obligado a comprar los ejemplares sin vender, aunque lo más probable es que sí, pues de otra manera no se entendería cuál podía ser el beneficio para la editorial de asumir la publicación de un libro. Sin embargo, lo que a nosotros más nos interesa, es lo que puede revelar el proceso que hemos considerado sobre la manera en que funcionó el negocio editorial en Colombia durante las primeras décadas del siglo xx: desde los retrasos por causa del correo, pasando por la manera «informal» de definir las estrategias de propaganda o los aspectos físicos del libro (portada, papel empleado, corrección de pruebas, etc.), hasta la limitada distribución de una obra o la presencia de una noción todavía abstracta y espontánea del lector («el público»).

La segunda novela de Osorio, *Barranquilla 2132*, fue publicada en la misma ciudad que le da el título por la Tipografía

89. Cf. carta del 31-III-1932 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 36 (9-10).

Delgado. No conocemos datos sobre el tiraje de la obra, aparecida en 1932, ni tampoco sobre su precio de venta o las condiciones de edición, aunque sabemos que se publicó primero por entregas en el diario *La Prensa*, en donde Osorio trabajaba⁹⁰. Sobre la Tipografía Delgado, podemos decir que esta no aparece mencionada en una lista sobre imprentas y tipografías en Colombia en 1935; asimismo, hemos buscado en algunas de las principales bibliotecas del país otros libros o materiales impresos que lleven ese nombre, aunque sin éxito. Así pues, lo que parece más probable es que se tratara de una imprenta pequeña, cuya actividad principal no debió ser la publicación de libros sino de «impresos menores» (volantes, folletos, carteles, etc.), a la que Osorio encargó, de su «propio bolsillo», la «edición» de su novela⁹¹.

A la publicación de *Barranquilla 2132*, siguió la de *El criminal* en 1935. Como sabemos por documentos del archivo personal del escritor, el manuscrito de la novela estaba listo en 1930. Un volante de ese año anuncia su «próxima aparición», aunque ignoramos porqué no se realizó en aquella fecha sino un lustro después⁹². En todo caso, Osorio no desistió de su empeño de ver publicado el libro. Así lo muestra parte de su correspondencia con Eduardo Santos, quien en ese momento, como funcionario del Gobierno de Enrique Olaya Herrera, era director de la Delegación Colombiana ante la Sociedad de Naciones.

El 16 de septiembre de 1931, Santos le escribe una carta a Osorio desde Ginebra, en que lo felicita por su deseo de

90. Esta información es ofrecida por Ramón Illán Bacca, «El mundo de Cosme», en *Escribir en Barranquilla*, Barranquilla, Ediciones Uninorte, 1998, pp. 45-81. Cf. pp. 74-75.

91. Véase «Relación de imprentas y tipografías en Colombia, 1935», *Revista Sociedad y Economía*, núm. 6, abril de 2004, pp. 159-171. La localización del documento y su presentación fueron realizadas por el profesor Renán Silva. Ramón Illán Bacca, *op. cit.*, afirma que se trató de «una pequeña edición costead» por Osorio y que «la novela fue mal recibida por la crítica». Cf. p. 75.

92. Véase Fondo JAOL: 1, 1 (205).

publicar «un nuevo libro», y le informa que en pocas semanas se encontrará con unos editores en París («Libro Libre») «para hablarles de usted»⁹³. Casi ocho meses después, en mayo de 1932, el notable político y periodista liberal le dirige una nueva carta a Osorio Lizarazo en que se excusa por la demora en sus respuestas, confirma haber recibido el manuscrito de *El criminal* a finales del año anterior y haberlo entregado de inmediato al gerente de «Libro Libre», quien, por su parte, había manifestado el deseo de ponerse en contacto con el escritor, aunque no lo había hecho todavía. Eduardo Santos, pues, lamenta lo ocurrido y le dice a Osorio que hará «todos los esfuerzos por obtener algún dato y enviárselo por este mismo correo [...]»⁹⁴.

El «dato» le llegó a Osorio en una carta fechada pocos días después (aunque la misma carta indica que el escritor podía tener ya noticias al respecto): «[...] López me manifestó —escribe el futuro Presidente de Colombia, refiriéndose al editor parisino— que ahora no disponía de capitales ni podía hacer otra cosa que editar el libro que se le pagara, fondos en mano o con garantía de pago en fecha fija que coincidiría con la fecha de la edición, sin hacer nada por cuenta propia»⁹⁵.

La siguiente información con que contamos sobre la publicación de *El criminal*, después de por lo menos dos intentos frustrados, es de finales de 1934, cuando el subgerente de Camacho Roldán & Cía., importante casa comercial y de negocios de la época, propietaria de la librería «Colombiana», le escribe a Osorio Lizarazo una carta en que establece «las condiciones para ayudar a Ud. a financiar una edición

93. Carta del 16-IX-[1931] para Osorio Lizarazo desde Ginebra (Suiza). Fondo JAOL: VI, 42 (5-6). La cita en f. 6.

94. Carta del 3-V-1932 para Osorio Lizarazo desde París. Fondo JAOL: VI, 42 (7-8). La cita en f. 7.

95. Carta del 12-V-1932 para Osorio Lizarazo desde París. Fondo JAOL: VI, 42 (9).

de 1000 ejemplares de su nueva novela [...]»⁹⁶. El negocio funcionaba más o menos de la siguiente manera: la casa comercial contrataba con una editorial, Renacimiento, la impresión de la obra, cuyo costo total sería de \$190, descontados los gastos de papel y cartulina, que irían por cuenta del autor. La «editorial» (con seguridad algo más parecido a un taller de imprenta) se comprometía a tener el trabajo listo «en un plazo no mayor de 30 días».

Tan pronto como el trabajo estuviera terminado, Osorio debía hacer entrega a los señores de la casa comercial de los 1000 ejemplares; desde luego, él podría disponer (pagando, se infiere) «de los ejemplares que necesite [...] para propaganda, obsequios, etc.». El libro se vendería a \$1. Por cada ejemplar vendido el autor recibiría \$0,70 y la casa \$0,30. Pero mientras la librería (como parte de la casa comercial) empezaba a cobrar su porcentaje a partir de la venta del primer ejemplar, Osorio solo lo podía hacer después de cubrir «el anticipo». Una vez hecho esto, el autor podía decidir si dejaba los libros «en consignación» en la «Colombiana», o los daba a otra librería⁹⁷. Al final de la carta, el remitente escribía: «Esta carta y la respuesta de Ud. nos servirá de contrato», lo cual puede verse como un indicio más de la manera en que funcionaba el «mundo editorial» en Colombia en aquellos años, aunque por ahora no sea posible ninguna conclusión al respecto.

A principios de 1936, un año después de publicado el libro, se habían vendido 371 ejemplares; por estas ventas, Osorio había recibido un saldo a favor de \$57,65, mientras el de la librería ascendía a \$94,10. Como se puede ver, aunque la novela había corrido con mejor suerte que las anteriores,

96. Carta del 5-XII-1934 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: VII, 50 (150). Una evocación sobre librerías de Bogotá, que tiene en cuenta a la «Colombiana», en Laureano García Ortiz, «Las viejas librerías de Bogotá» [1936], en *Conversando...*, Bogotá, Editorial Kelly, 1966, pp. 276-300.

97. *Ibid.*

no se trataba de un negocio muy atractivo para la casa comercial ni rentable para el escritor, sobre todo si se tiene en cuenta que Osorio había recibido a la fecha, suponemos que con fines publicitarios, 160 ejemplares, por los cuales debió pagar al menos el precio de costo⁹⁸.

El mismo año de aparición de *El criminal*, Osorio publicó otra novela con el título *La cosecha*. Esta vez, la obra se imprimió en Manizales, en la Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata. De este libro no conocemos datos precisos sobre sus condiciones de publicación o el resultado de sus ventas, aunque sabemos que Arturo Zapata fue un importante editor e impresor de la primera mitad del siglo xx en Colombia y que en su casa editorial publicaron autores como Fernando González, Bernardo Arias Trujillo, Baldomero Sanín Cano o León de Greiff, quienes en ese momento conocían ya una relativa consagración⁹⁹. Osorio, por lo demás, planeaba una segunda edición del libro, esta vez con la editorial chilena Ercilla, aunque al final, por «recomendación» de los editores, esta no se realizó¹⁰⁰.

En 1936, como parte de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*, financiada por el Ministerio de Educación y preparada por quien fuera en ese entonces el director de la Biblioteca Nacional (Daniel Samper Ortega), se publicó el volumen *Tres cuentistas jóvenes* (número 17 de la *Selección*, correspondiente a la categoría «cuento y novela»), en

98. Para esta información cf. Fondo JAOL: VII, 50 (151), VII, 50 (152) y VII, 50 (153).

99. Sobre la actividad de Arturo Zapata como editor e impresor, véase Juan Gustavo Cobo Borda, «Historia de la industria editorial colombiana», *op. cit.*, p. 168. Del mismo autor, puede consultarse también «Pioneros de la edición en Colombia», *Revista Credencial Historia*, edición 4, abril 1990. En línea en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1990/abril2.htm>. Última consulta: 03.02.2011.

100. Véase carta del 20-VII-1936 para Osorio Lizarazo desde Santiago de Chile. Fondo JAOL: VII, 50 (163). Sobre Ercilla, véase Eduardo Castillo García, «Reseña histórica de la industria editorial en Chile», en Juan Gustavo Cobo B. (ed.), *op. cit.*, pp. 189-206, en esp. pp. 193-195.

que se incluyó un relato de Osorio Lizarazo, «Job», al lado de otros de Manuel García Herreros y E. Arias Suárez. Si bien Osorio debió recibir por esta edición, lo mismo que por la segunda, del año 1937, algún dinero, lo más importante debió ser la inclusión de su nombre en lo que se presentaba como «una síntesis del patrimonio cultural de los colombianos» (la *Selección*), con un tiraje en cada edición de 1000 ejemplares y amplia distribución (siempre en términos relativos) en el país y en el extranjero¹⁰¹.

Del año 1936 es también el libro *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*, colección de artículos escritos por Osorio durante su paso por el *Diario Nacional*. El libro, sin pie de imprenta y de «menor factura», si se compara con los otros que el autor había publicado hasta ese momento, debió ser financiado por el escritor como parte de su labor de «publicista» de la República Liberal, en especial del Gobierno de la Revolución en Marcha, el cual, en el momento decisivo, habría defraudado las aspiraciones de cambio que abrigaban sus electores¹⁰².

De *Hombres sin presente* (1938), su siguiente obra —la «novela de empleados públicos»—, un comentarista de la época afirmó que había tenido «buen éxito de librería» y que los periódicos la habían comentado «con agrado», aunque, según él, «cuando los empleados la leyeron se indignaron contra Osorio Lizarazo [...] y salieron furiosos a combatirla en los cafés al calor de unas cervezas baratas»¹⁰³. Asimismo,

101. Sobre la *Selección* véanse los artículos de Renán Silva, «El canon literario en Colombia», *op. cit.* y «Libros, lecturas y lectores durante la República Liberal», *op. cit.*, en esp. pp. 99-104.

102. La fecha de publicación del libro la hemos atribuido según carta manuscrita del 31-XII-1936 de Luis Alberto Sánchez para Osorio Lizarazo desde Santiago de Chile. Véase Fondo JAOL: VII, 50 (164). Por la manera en que Osorio presenta el libro, puede suponerse que la edición corrió por su cuenta. Véase J. A. Osorio Lizarazo, *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*, sd, pp. 20-21.

103. Gustavo Samper, «Osorio Lizarazo», *Acción Liberal*, núm. 60, abril-mayo de 1939. Citado en Mutis Durán, «Introducción», *op. cit.*, p. XXIX.

sabemos que la novela se vendía –con «buen éxito»– en la librería «Albela» de La Habana¹⁰⁴.

Garabato, la siguiente novela, fue publicada por la editorial chilena Ercilla en 1939. El tiraje fue de 1000 ejemplares, y cada libro salió a la venta por \$15 chilenos. Según el contrato de edición, Osorio recibiría cada tres meses «una suma igual al diez por ciento (10%) del precio impreso en cada libro, por cada ejemplar vendido». Aunque el contrato indica condiciones de edición más favorables para Osorio si comparamos con otros casos (aquí no aparece la figura del «anticipo» o de los libros «en consignación»), el escritor afirmaba en una entrevista de 1943 no haber recibido «ni un centavo» por concepto de derechos de autor¹⁰⁵.

En 1940, con motivo del centenario de la muerte del general Santander, Osorio publicó el ensayo biográfico *El fundador civil de la República*. Si hemos de creer al autor –y en principio, no habría razones para desconfiar en este punto de quien tantas veces se quejó de su mala suerte– el libro le produjo \$3.000 de ganancias. Al respecto, Osorio declaraba en una entrevista: «Con esos centavos compré una fanegada de tierra al norte de Bogotá, construí yo mismo una casita a mi gusto, trabajando a ratos como albañil; sembré alrededor de dos mil rosales... Para allá me voy a caballo todas las tardes... Es lo único que me ha dado el trabajo intelectual... cuando menos trabajo desarrollé»¹⁰⁶.

Según Osorio, al acercarse el centenario de la muerte de Santander, él había escrito

a toda prisa una síntesis de su vida... Lo hice sin el esfuerzo, sin la consagración que he puesto en mis novelas, la edité por mi

104. Carta del 2-VI-1939 de Gilberto González y Contreras para Osorio Lizarazo desde La Habana. Fondo JAOL: VII, 50 (58).

105. El contrato y la correspondencia entre Osorio Lizarazo y la editorial Ercilla en Fondo JAOL: VII, 50 (165); VII, 50 (166) y VII, 50 (167). La entrevista corresponde a Luis Enrique Osorio, «J. A. Osorio Lizarazo», en Mutis Durán (ed.), *Novelas y crónicas*, *op. cit.*, pp. 681-689. Cf. p. 688.

106. Luis Enrique Osorio, «J. A. Osorio Lizarazo», *op. cit.*, p. 688.

cuenta y la puse en las librerías a cincuenta centavos. Como nadie conocía a Santander, ni quería estudiarlo en libros extensos [el de Osorio tiene 96 páginas y la edición es más bien «pobre», si comparamos de nuevo con lo que había publicado hasta ese momento], el éxito fue enorme. Vendí diez mil ejemplares en dos meses...¹⁰⁷.

Es cierto que el libro se ofreció a la venta por \$0,50, aunque no hemos podido corroborar el número de ejemplares vendidos. Suponiendo que la cifra dada por Osorio fuera cierta y que además coincidiera con el tiraje de la obra, y si creemos en las ganancias declaradas, resultaría que el costo de la edición habría estado más o menos entre los 1000 y los \$500, según los libreros hubieran ganado el 20 o el 30% por cada ejemplar vendido. Todo indica que la Editorial del Comercio, en que apareció el libro, era en realidad una pequeña tipografía, y con seguridad no se habría arriesgado a anticipar ninguna de esas sumas por un libro de venta incierta (aun en el contexto del Centenario). ¿De dónde obtuvo Osorio, entonces, el dinero para la edición? Aunque no lo sabemos, un comentarista de la época se refiere al libro como «libro de texto», hecho que se confirmaría si se tiene en cuenta la inscripción que lleva en la contraportada: «Ministerio de Educación Nacional. República de Colombia. Obsequio a las escuelas primarias oficiales con oportunidad del Centenario del General Francisco de Paula Santander». Es probable, entonces, que lo que Osorio presenta como una aventura arriesgada, de inesperado éxito, fuera en realidad un negocio «sobre seguro».

En 1944, el Ministerio de Educación Nacional, en su colección *Biblioteca Popular de Cultura Colombiana*, publicó la

107. *Ibid.* La lectura de la obra confirma, acaso, que fue hecha «a toda prisa», pues además de estar llena de lugares comunes sobre la Independencia, no contiene ni una sola referencia bibliográfica, excepto dos o tres que se hacen de manera imprecisa en el cuerpo del texto. La versión del éxito de *El fundador civil de la República*, se encuentra también en Jorge Moreno Clavijo, «José Antonio Osorio Lizarazo», *Cromos*, LVII, núm. 1445, 23 de septiembre de 1944. Citado en Mutis Durán, «Introducción», *op. cit.*, p. XXXIV.

novela *El hombre bajo la tierra*, que encontraría una nueva edición seis años después en la colección Austral de la editorial Espasa-Calpe (Argentina). Según un conocido columnista de prensa de la época, por los derechos de publicación de la novela, Osorio habría recibido \$200. Al respecto, el columnista escribe:

Comentando con un editor y librero amigo mío el problema de los escritores colombianos que en la mayoría de los casos tienen que almacenar sus obras en un cajón del escritorio, porque no encuentran manera de editarlas, me decía que el ministerio de educación nacional está haciendo un flaco servicio a los editores y a los escritores nacionales. Me decía que, como en la mayoría de los casos, el ministerio no paga sino una exigua suma por derechos de autor, como además puede hacer grandes ediciones en imprentas oficiales y con un costo mucho menor del que consiguen los editores privados, resulta que puede dar las obras a la venta por un peso, cuando en caso igual un particular no podría venderlas sino a dos cincuenta¹⁰⁸.

Y continúa el columnista, refiriendo aún las observaciones de su amigo:

Un editor particular le hubiera pagado [a Osorio] por lo menos quinientos [pesos] por una edición de mil ejemplares que aquí es la usual, y hay que tener en cuenta que las del ministerio son de dos a tres mil. ¿Entonces qué le sucede a Osorio Lizarazo con su libro? Que corta de hecho la posibilidad de haber hecho una segunda edición, en mejores condiciones, porque el ministerio se encargó de copar el mercado y de hacer imposible la reedición, por dos pesos, de una obra que está vendiendo a la mitad de ese precio¹⁰⁹.

En cualquier caso, Osorio decidió entregar su obra a las prensas oficiales; por lo demás, la experiencia anterior permite suponer que el escritor considerara la «jugosa» oferta de un editor particular como improbable.

De los libros de Osorio Lizarazo aparecidos en 1945, *Biografía del café y Fuera de la ley (historias de bandidos)* —el primero,

108. Swann (seudónimo de Eduardo Caballero Calderón), «Comentarios dominicales», *El Tiempo*, 28 de mayo de 1944, segunda sección, p. 3.
109. *Ibid.*

ensayo histórico sobre el café en Colombia; el segundo, escrito biográfico sobre dos bandidos santandereanos de principios de siglo— es muy escasa la información con que contamos. Sabemos que los dos fueron publicados por los Talleres Gráficos Mundo al Día, que al menos desde 1930 editaba obras de diferentes temas (economía, ciencias, leyes, etc.) sin un orden aparente y con poco lugar para la literatura. En el caso del primer libro, conocemos también una carta elogiosa que Arcesio Londoño Palacio, para ese entonces presidente de la Asociación Nacional de Exportadores de Café, le dirige al escritor con motivo de su publicación¹¹⁰.

Por lo demás, si nos guiamos por los recortes de prensa a propósito de su actividad literaria que Osorio Lizarazo guardó con cuidado, *Biografía del café* y *Fuera de la ley* parecen haber recibido, en comparación con otras de sus obras, poca atención por parte de los comentaristas de la época. Sin embargo, con la información presentada hasta aquí, y según los objetivos de nuestro trabajo, creemos que es posible elaborar algunas conclusiones sobre la relación entre Osorio Lizarazo y el «mundo editorial» de su tiempo; esta misma información nos permitirá, igualmente, proponer algunas hipótesis sobre las condiciones en que se ejerció el «oficio de escritor» en Colombia durante aquellos años¹¹¹.

Un primer aspecto que vale la pena destacar, es el hecho de que Osorio, pese a ser un escritor prolífico, nunca pudo derivar su subsistencia de la actividad propiamente literaria;

110. Véase carta del 18-IX-1945 para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: v, 39 (35-36).

111. Esta «historia editorial» de los libros de Osorio Lizarazo publicados entre 1926 y 1946 debería cerrarse, de hecho, con *La isla iluminada*, México, Editorial del Caribe, 1946, el primero de una larga serie que dedicaría a elogiar la dictadura de Trujillo en la República Dominicana. Por este libro, Osorio habría recibido del gobierno dominicano una considerable suma de dinero. Esto es mencionado por Calvo Isaza en *Las biografías de nadie* y fue confirmado por el autor del presente trabajo en entrevista con Ery Ortiz de Osorio, la viuda del escritor, realizada en Bogotá en abril de 2010.

la información que hemos presentado indica que, con una única excepción –la del libro sobre Santander–, los recursos que Osorio recibió por la publicación de sus libros fueron en realidad escasos. De ahí que, para subsistir, tuviera que emplearse también en el periodismo y en la burocracia. No solo por ser un escritor prolífico, sino –como mostraremos enseguida– por ser un escritor «consagrado», Osorio tenía razones para quejarse del exiguo beneficio económico que le reportaba su labor intelectual.

Sin embargo, aunque el estímulo económico no fuera un motivo de peso para embarcarse en la publicación de un libro, Osorio, durante el periodo considerado, publicó más de una docena, lo que indica –también si revisamos las cifras sobre el costo total de algunas ediciones– que, incluso para un escritor sin «rentas propias» y de origen humilde, *publicar* era una aspiración razonable, aun cuando se hiciera por «cuenta propia». Si bien parecía muy difícil, para un autor, ganar dinero por la venta de sus libros, no lo parecía tanto que estos «vieran la luz».

Asimismo, la información que hemos revisado sugiere que la actividad literaria de Osorio no careció de «estímulo oficial». Al menos en tres ocasiones Osorio se benefició de él: con la publicación de su cuento «Job» en la *Selección Samper Ortega*; con su libro sobre Santander, donado por el Ministerio de Educación a las escuelas primarias oficiales, y con *El hombre bajo la tierra*, publicado en la *Biblioteca Popular*. Si en el primer y en el último caso el beneficio económico no fue mayor, no se puede decir lo mismo del reconocimiento derivado de la inclusión de su nombre en estas colecciones, que se presentaban como síntesis de lo mejor del pensamiento y del «espíritu» colombianos, y que debió asegurarle a sus obras, así como a las de otros escritores vivos o no, una distribución en el país y en el extranjero que de otra manera no habrían conocido (sucede lo mismo, en este punto de la distribución, con el libro *El fundador civil de la República*).

Quizás lo más pertinente en este momento sería preguntarse si las circunstancias en que Osorio Lizarazo ejerció la actividad literaria fueron compartidas o no por sus contemporáneos. Aunque para examinar con detalle este punto deberían multiplicarse los ejemplos y las comparaciones —tarea que, por ahora, deberá ser el resultado de nuevos trabajos—, creemos que hay indicios suficientes para suponer que la situación de Osorio Lizarazo no fue excepcional. Así por ejemplo, otros escritores, como él, obtuvieron del empleo burocrático o del periodismo los medios principales de su subsistencia (es el caso, pero no es el único, de muchos de los que citamos en el capítulo anterior); otros, como él, realizaron una labor intelectual que no ofrecía considerables beneficios económicos —al menos no de manera directa— a través de la publicación de sus libros. El «mundo editorial» que conocieron unos y otros y sus relaciones con él, debieron pues ser similares¹¹².

Si los beneficios económicos que ofrecía el «mercado editorial» no eran un estímulo para la creación literaria, ¿cuáles entonces? ¿En dónde estaban, más allá de las declaraciones sobre el «apostolado» y el «heroísmo» del escritor o sobre la «función social» de la novela, esos beneficios? Esta es una pregunta fundamental, aún más si tenemos en cuenta que,

112. Como indicamos en la introducción, como parte de las fuentes primarias de este trabajo hemos acudido a la *Revista de las Indias*, importante publicación de los años treinta y cuarenta, adscrita al Ministerio de Educación Nacional, en donde escribieron los intelectuales colombianos más destacados de esos años (también estuvo abierta a colaboradores extranjeros). En la revisión que hicimos nos concentramos en la sección Notas, que apareció casi sin interrupción entre 1936 y 1946. En esta sección, los editores de la revista solían publicar información sobre la «vida cultural» en Colombia (especialmente en Bogotá), anunciando o comentando exposiciones, conciertos, obras cinematográficas, conferencias, visitas de intelectuales, etc. En ella también se encuentran recurrentes noticias sobre eventos literarios (publicaciones, concursos, ferias del libro) y comentarios sobre lo que podríamos llamar la «situación ferial del escritor» en Colombia. En esta amplia consulta, sobre la que no podemos extendernos aquí, basamos también nuestras observaciones.

como muchas cosas nos indican, Osorio Lizarazo conoció muy pronto la «consagración» como escritor.

3. Osorio Lizarazo y su consagración como escritor

Entre los papeles de su archivo, Osorio Lizarazo guardó con cuidado las notas, comentarios, artículos de prensa, etc., que aparecieron con ocasión de cada uno de sus libros. En la mayoría de los casos, estos recortes aparecen sin referencia a las revistas o periódicos de donde fueron tomados: no se tiene, pues, el dato de su origen (el material no contaba, hasta ese momento, con ninguna forma de catalogación). Aunque la dificultad no es insoluble, cuando consultamos el archivo en la Biblioteca Nacional no disponíamos de todo el tiempo ni de todos los recursos necesarios para resolverla. Aun así, leímos esos materiales y pudimos comprobar, en casi todos los casos, comentarios elogiosos sobre la obra de Osorio. Es posible, desde luego, que él solo conservara los comentarios que le eran favorables (sorprende, en realidad, la ausencia casi total de una opinión o un juicio adversos); sin embargo, la consulta de otras fuentes, por ejemplo su correspondencia, confirma que Osorio fue un escritor «consagrado», al que muchos elogiaron por sus libros y reconocieron por su valioso aporte a la «cultura nacional». Estos elogios y este reconocimiento, por lo demás, provinieron de quienes, en aquellos años (treinta y cuarenta), fueron los más prestigiosos hombres públicos, escritores e intelectuales (¿hace falta decir que, en muchos casos, estas tres «figuras» se reunían en una misma persona?). En un medio en que era improbable que un «éxito de ventas» o la aclamación del «público» tuvieran un papel destacado en la «consagración» de un escritor, contar con el elogio de los que leían, y entre estos, de los más autorizados, debió ser muy importante.

Desde la publicación de su primer libro, *La cara de la miseria*, cuando se le conocía sobre todo como joven periodista, Osorio comenzó a recibir comentarios favorables de personajes importantes de la época. El periodista Carlos Puyo Delgado, por ejemplo, afirmaba que el escritor debía «sentir la satisfacción del que cumplió con un deber», dado que con sus crónicas sobre los marginales de la ciudad, contribuía a hacer visibles «graves problemas sociales», lo cual era una manera de aportar a su solución¹¹³. José Eustasio Rivera, el ya célebre autor de *La Vorágine*, decía por su parte: «Creo sinceramente que es uno de los más valiosos y útiles aportes a la literatura nacional de los últimos años», mientras que Luis Eduardo Nieto Caballero, importante político, periodista e intelectual de la época, declaraba: «Osorio Lizarazo es sobrio. Es menos lo que dice que lo que sugiere, menos lo que filosofa que lo que obliga a pensar. Y este solo aspecto bastaría para hacer de su libro un valioso libro»¹¹⁴.

No es necesario, para nuestros propósitos, referir uno a uno los comentarios que mereció cada libro de Osorio Lizarazo. Pero sin duda algunos ejemplos más nos permitirán darle fuerza a nuestro argumento. Así por ejemplo, cuando Osorio intentaba publicar *El criminal* con la ayuda del influyente Eduardo Santos, este le dice en una carta: «Me encanta que publique usted un nuevo libro. Su casa de vecindad la leí con un interés intenso, y haciendo abstracción de mi afecto por el autor, me dejó [sic] una honda impresión. Veo en usted al novelista de Colombia, que tan poco ha producido en ese sentido, y nadie seguirá con más interés que yo su carrera

113. Véase Fondo JAOL: i, 1 (205), folleto que reúne diversas opiniones sobre *La cara de la miseria*. Véase también carta del 9-II-1927 de Carlos Puyo Delgado para Osorio Lizarazo desde Nueva York. Fondo JAOL: vi, 41 (37-38).

114. Véase Fondo JAOL: i, 1 (205). Entre las «personalidades» extranjeras que comentan elogiosamente el libro están José Vasconcelos, Gabriela Mistral o Enrique Gómez Carrillo.

en ese camino»¹¹⁵. No se trataba de la aprobación de un distinguido crítico literario, sino del dueño del periódico liberal más importante del país, dirigente destacado del mismo partido y, recordemos, futuro Presidente de la República; aprobación que, en esa época (ya se había inaugurado la República Liberal), debió ser sin duda de mucho valor para Osorio y despertar en él diversas esperanzas sobre su porvenir¹¹⁶.

En 1936, cuando se puede decir que Osorio era reconocido ya de manera amplia como novelista (recuérdese que el año anterior habían aparecido *La cosecha* y *El criminal*), Daniel Samper Ortega, quien durante la década de 1930 fue un promotor entusiasta de los programas de difusión del libro de los liberales, presentaba así al escritor bogotano:

El dolor de los humildes no ha tenido en Colombia ecos tan amargos como los que alcanza en los libros de Osorio Lizarazo [...]. Osorio penetra en el alma de los tristes, y la pone de presente al lector por medio de fútiles detalles, tontos en apariencia, pero que solo un gran novelista sabe desentrañar. Osorio merece mayor popularidad que la que tiene en este campo, y si no la ha alcanzado es porque se trata de un muchacho modesto, que no busca la propaganda, antes rehúye sistemáticamente todo ruido en torno de su persona. Para nosotros resulta singularmente grato hablar ahora de este inusitado tipo de hombre de letras, trabajador, sencillo, callado; ni envidioso ni vano, y de tan múltiples facetas, pues Osorio ha recorrido en la novela los más variados campos [...]¹¹⁷.

115. Carta del 16-IX-[1931] para Osorio Lizarazo desde Ginebra (Suiza). Fondo JAOL: VI, 42 (5-6). La cita en f. 6.

116. Véase también carta del 3-V-1932 de Eduardo Santos para Osorio Lizarazo desde París. Fondo JAOL: VI, 46 (7-8), en donde el remitente escribe, refiriéndose a la lectura del manuscrito de *El criminal*: «Lo leí inmediatamente con el interés que me inspiran todas sus cosas, y una vez más encontré en [la novela] las grandes cualidades que hacen de usted, sin disputa, una de las más grandes esperanzas de la novela en Colombia. Tiene usted un sentido de nuestra vida colombiana, un don de observación, una capacidad para infundir vida fuerte y auténtica a sus personajes, y una prosa elegante y penetrante que bastan para llevarlo al logro de sus mayores aspiraciones», f. 7.

117. Véase el prólogo del libro *Tres cuentistas jóvenes* [1936], Bogotá, Minerva, 1937, pp. XII-XIII. Los prólogos de la *Selección Samper Ortega de*

La nota continúa elogiando al escritor: sus «conocimientos nada comunes», su «ecuanimidad y su optimismo», aun en un medio que, como el de las «redacciones» (léase el periodismo), «mata toda ilusión» y «relaja la moral». Y añade:

Osorio conoce y ha vivido ese ambiente hipocondríaco; pero ha logrado atravesarlo sin embarrarse el alma. En Bogotá y en Barranquilla, en diarios y semanarios, ha vendido cerebro, fatiga, resignación, desde 1920. Hoy está ya en la posición directiva que merece por su talento y su caballerosidad [suponemos que Samper Ortega se refiere a la dirección del *Diario Nacional*]; pero, con todo, no es ese el campo en donde él quisiera trabajar: ¡quién pudiera asegurarle una vida menos inquieta, para que se entregase de lleno a la novela! Si en ella ha podido cosechar tantos lauros, cultivándola como a hurtadillas entre un día de trajín y una noche en vela, ¿a dónde llegará cuándo pueda cultivarla con sosiego?¹¹⁸.

Varias cosas merecen comentarse a propósito de esta nota de presentación. En primer lugar, todo indica que Osorio fue un «buen administrador» de su imagen: el novelista debía sentir que de algún modo se le hacía justicia cuando se le presentaba como un «muchacho modesto», ajeno a la envidia, sin afanes de propaganda; un «muchacho», en últimas, que merecía «mayor popularidad», pero que, si no la había alcanzado, era porque no cedía a las intrigas y a la presunción de los literatos. Su «impopularidad» era, pues, llevada a la categoría de virtud.

En segundo lugar, la nota de Samper Ortega parece deslizar un sentido especial en la palabra *popularidad*. Si Osorio no había encontrado la que merecía, no lo era tanto por no haber «cosechado lauros», sino al parecer por falta de reconocimiento a «su talento y su caballerosidad». Aunque el

Literatura Colombiana que iban sin firma –como en este caso– fueron escritos por el autor de la colección. Véase Daniel Samper Ortega, «Advertencias preliminares», en *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Índices*, Bogotá, Minerva, 1937, pp. 9-29. Para el asunto de los prólogos, véanse en esp. pp. 18-19.

118. Cf. *ibid.*, p. XIII-XV.

escritor tenía entonces la «posición directiva» que merecía –y nótese el vínculo entre «reconocimiento del talento» y «posición directiva», o, en otras palabras, entre reconocimiento (literario) y prestigio asociado al cargo–, no era ése el campo en que él quería trabajar. «¿Quién pudiera asegurarle una vida menos inquieta, para entregarse de lleno a la novela?» Samper Ortega no apelaba seguramente al «mercado editorial». Es como estar leyendo las quejas de Osorio sobre el lugar *menor* al que se le había relegado, mientras que otros, con menos talento –pero sin duda hábiles y presumidos– ocupaban posiciones de mayor prestigio y beneficio económico.

En 1941 y 1942, Osorio ganó dos concursos nacionales de novela que lo autorizaban a representar al país en certámenes internacionales. En los años cuarenta se hizo colaborador de la *Revista de las Indias*, y la publicación de sus nuevos libros fue ocasión para que distinguidos intelectuales, críticos y políticos le manifestaran, como otras veces, su reconocimiento. No era, pues –es nuestra hipótesis–, «consagración literaria» lo que se le negaba al escritor bogotano¹¹⁹. Era, como hemos tratado de sugerir hasta ahora, algo diferente: algo que tenía que ver con la *posición* a la que podía aspirar un escritor de la época; sobre todo, uno que se sentía por pleno derecho parte de los jóvenes intelectuales liberales que, a partir de 1930, se incorporaron a la dirección del Estado, fueron ministros, diplomáticos, congresistas, presidentes, directores de importantes medios (el *Diario Nacional* era un periódico de baja circulación); ejercieron las tareas más nobles y prestigiosas de la política; disfrutaron, en últimas, del brillo que, en la aún presumida «Atenas Suramericana», merecía la síntesis del político y del literato, del «hombre de letras» y del «hombre público», guía de los espíritus, conductor de la nación.

119. Para ampliar los ejemplos que apoyan nuestra hipótesis, y que aquí no podemos extender, puede consultarse Santiago Mutis Durán, «Introducción», *op. cit.*, en esp. pp. XXI-XLIX.

El escritor y la política

1. Introducción

Dos argumentos principales han orientado hasta ahora la elaboración de este trabajo: en primer lugar, hemos sostenido que la formación de Osorio Lizarazo como escritor e intelectual, así como las expectativas que asoció a esta «doble» condición, deben comprenderse en relación con: 1) la formación en los años veinte de una categoría de intelectuales jóvenes, de tendencias liberales y conservadoras, que pretendían encabezar una renovación del periodismo, de la política y «las letras» en nombre de valores y propósitos como el desinterés económico, la lucha ideológica, el «compromiso» con su tiempo y la autenticidad; y 2) las posibilidades de acción que el triunfo de los liberales en 1930 abrió para algunos de estos jóvenes, quienes entraron a ocupar posiciones relevantes en la dirección del Estado.

En segundo lugar, hemos afirmado que en el caso de Osorio las expectativas asociadas a su condición de escritor e intelectual se vieron frustradas, un hecho que solo se comprende en relación con la suerte de quienes él juzgaba como sus iguales. Asimismo, y a pesar de sus constantes quejas, no parece que los contemporáneos le hubieran negado a Osorio la consagración como escritor; de hecho, su obra fue elogiada de manera amplia, y aunque sus libros casi nunca le reportaron ganancias considerables, este parece haber sido el destino común de la mayor parte de los escritores de su época.

Como sugerimos al final del capítulo anterior y ampliaremos en el presente, creemos que la insatisfacción de Osorio Lizarazo respecto a su situación económica, pero también respecto a la valoración de sus méritos intelectuales y literarios,

tiene que ver con una forma del prestigio social a la que, en efecto, no tuvo acceso durante los años de la República Liberal, un «proyecto», pero al mismo tiempo una «ilusión» de la que él hizo parte.

Esa forma del prestigio a la que nos referimos era la que reunía, en una misma figura, al «hombre de letras» y al «hombre público»: el *intelectual* de los gobiernos liberales de los años treinta y cuarenta,

una de las etapas –como ha escrito el historiador Renán Silva– de más alta integración entre una *categoría de intelectuales públicos* y un *conjunto de políticas de Estado*, al punto que puede decirse que sus proyectos culturales de masa fueron en gran medida la elaboración de grupos intelectuales que ocupaban las posiciones más elevadas en los instrumentos estatales de formación y extensión cultural –el Ministerio de Educación y algunas de sus dependencias particulares–, al tiempo que dominaban en el escenario cultural, sobre todo en la prensa, en la radio y en el precario mundo del libro, lo que les garantizaba una posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la ‘nación’, para acudir a su propio vocabulario¹²⁰.

Aunque no es nuestro propósito ahora establecer comparaciones al respecto (por lo demás, hemos indicado ya algunas), es claro que esta «categoría de intelectuales públicos» –al mismo tiempo «hombres de letras» y dirigentes políticos, es decir: «orientadores espirituales de la nación»– no puede equipararse a la figura del «Presidente gramático» a la que el historiador Malcolm Deas dedicara su ensayo sobre gramática y poder en Colombia¹²¹. En parte, fue contra esta figura y lo que ella representaba (apego a las formas clásicas y a la retórica, elitismo cultural, actitud represiva frente a los conflictos sociales), que buena parte de los jóvenes intelectuales de los años veinte intentaron definirse a sí mismos.

120. Renán Silva, «República Liberal y cultura popular en Colombia», en *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, *op. cit.*, pp. 13-57. La cita en p. 22 (énfasis en el original).

121. Malcolm Deas, «Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia», *op. cit.*

Sin embargo, y en contra de la tesis defendida por Calvo Isaza en *Las biografías nadie*, nos parece que no puede hablarse en los años veinte, ni durante las décadas siguientes, de la «quiebra de la Atenas suramericana», si por ello entendemos la pérdida del lugar central de la «cultura» (en el sentido de «alta cultura» o «cultura legítima») en la construcción del dominio social y político, sobre todo en el nivel nacional. Podría hablarse, más bien, de una nueva definición de ese lugar y de los contenidos de lo que se consideraba legítimo en un nuevo contexto: es, sin embargo, un problema de grandes alcances que aquí no pretendemos resolver, y que nos contentaremos con dejar enunciado, aportando algunos elementos de análisis al respecto¹²².

2. Osorio y sus relaciones con los liberales

Es cierto, como hemos mencionado antes en este trabajo, que la formación de Osorio Lizarazo en el periodismo durante los años veinte no se realizó en los principales diarios de la época, como *El Tiempo* y *El Espectador*, y que su vida como joven intelectual estuvo relacionada con ciertas formas de sociabilidad «plebeya», al lado de poetas bohemios, artesanos, obreros y en general, gentes «humildes y sinceras que llevan una pobre vida de privaciones y dolor», por las que él decía sentir inclinación y a las que dedicó algunas de sus mejores crónicas¹²³. Hemos dicho, también, que su nombre no aparece al lado de la «nómina oficial» de la revista *Los Nuevos*, y que, hasta donde conocemos, él nunca se consideró parte de ese «grupo»¹²⁴.

122. Véase Oscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie*, op. cit., pp. 14-40.

123. Véase Oscar Iván Calvo Isaza, *ibid.*, pp. 64-67. Una lista de los periódicos y revistas en que Osorio trabajó en pp. 181-182. La cita la hemos tomado de J. A. Osorio Lizarazo, «La vida misteriosa y sencilla de Julia Ruiz» [1939], en Santiago Mutis Durán, op. cit., pp. 314-317. Cf. p. 315.

124. En algunos de sus libros, Osorio se refiere a «Los Nuevos» en términos que podríamos llamar «cordiales». La primera referencia que

Sin embargo, como sostendremos a continuación, hay suficientes indicios que muestran que el escritor tuvo un trato temprano con algunos de los jóvenes liberales que serían «protagonistas» en los años treinta y cuarenta, así como con miembros destacados de la «generación del Centenario» (Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos), quienes llegarían más tarde a ser Presidentes de la República. Aunque no podamos establecer las características íntimas de ese trato, sí contamos con información para mostrar cómo, a partir de 1930, Osorio Lizarazo ligó sus ideales políticos, así como sus ilusiones de ascenso social, a los gobiernos liberales que se extendieron hasta 1946.

Desde sus inicios en el periodismo en el diario matutino *El Sol* (1922), Osorio Lizarazo debió entrar en contacto con quienes representaban un anhelo renovador de la política, del periodismo y «las letras», y que en las décadas siguientes tendrían una posición destacada en estos campos. Así por ejemplo, como colaboradores del diario figuraban hombres como Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Luis Vidales, León de Greiff y Carlos Lozano y Lozano. Este contacto se prolongaría a lo largo de los años veinte en otros diarios como *Gil Blas* y *Mundo al Día*. A finales de esa década, con motivo de un viaje a Panamá, Osorio aparece como corresponsal de *El Tiempo* y *El Espectador*. En 1926, por lo demás –tal como indicamos en el capítulo anterior–, Germán Arciniegas había publicado en su editorial el libro *La cara de la miseria*.

conocemos se encuentra en el libro *La cara de la miseria*, *op. cit.*, en una crónica que dedica a la figura del «chino» bogotano (limpiabotas joven, vivaz y despreocupado). Allí Osorio habla del que sería el último representante de esa «especie» (son sus palabras), un tal «Cuchuco», del que en algún momento dice: «Es también poeta. Se precia de ser el precursor de 'Los Nuevos'. Cuando los 'Los Nuevos' aprendían a leer, 'Cuchuco' había despreciado ya la rima y el ritmo, 'le había quitado el corset [sic] a la poesía'. Véase «Los pies de la humanidad», *ibíd.*, pp. 215-227. La cita en p. 222. Otras referencias en J. A. Osorio Lizarazo, *Colombia donde los Andes se disuelven*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, pp. 142-149 y «Divagación sobre la cultura», *op. cit.*, pp. 544-545.

En 1930, cuando Osorio se encontraba en Barranquilla como redactor del periódico *La Prensa*, Eduardo Santos le dirige una lacónica carta con timbre del Ministerio de Relaciones Exteriores, en que agradece las «amables felicitaciones» que el escritor le enviara, suponemos que con motivo del nombramiento como jefe de esa cartera, para luego añadir: «[...] Estoy seguro de que Ud. hará una gran labor en *La Prensa*, donde podrá ayudarnos mucho»¹²⁵. Cuatro meses después, esta vez en papel sellado de *El Tiempo*, Santos agradece los «votos» que Osorio hiciera por su «bienestar» con ocasión del nuevo año, desea lo mismo y agrega:

He seguido con interés la labor de *La Prensa* y mucho me agrada esa actitud de espléndido civismo en que usted demuestra poseer dotes de periodista consciente y sereno. Sin reservas le aplaudo sinceramente por esa campaña patriótica que Ud. desarrolla en el simpático diario de la Costa con lujo de entusiasmo y de preparación cultural¹²⁶.

En la misma carta, el director y propietario de *El Tiempo* y alto funcionario del Gobierno de Olaya Herrera, se refiere a una insinuación de Osorio Lizarazo a la que califica como «deliciosa humorada». Todo indica que el escritor hacía cábalas políticas y, con aire adulator, veía en su corresponsal un futuro candidato a ocupar el Solio de Bolívar. «Lejos, muy lejos —escribe Santos— estoy de merecer tal honor y no toleraría que se tomase en serio tal absurdo»¹²⁷. Pero al parecer Osorio Lizarazo no dejó de desear aquel destino para su corresponsal, y este, por su parte, no abandonó su discreción. Así pues, en una de las cartas a propósito de la posible (y luego frustrada) publicación de *El criminal* por una editorial parisina, Santos le escribe a Osorio: «Mil gracias por las noticias

125. Carta del 13-IX-1930 de Eduardo Santos para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: VI, 42 (2).

126. Carta del 13-I-1931 de Eduardo Santos para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: VI, 42 (4).

127. *Ibid.*

que me da de Colombia, y muchas más por los sueños que usted sueña sobre mi modesta personalidad. Esas son quimeras en las que no debemos perder el tiempo»¹²⁸.

Otro futuro Presidente de la República, Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945), quien entonces se encontraba en plena campaña política, le dirige en 1933 un telegrama a Osorio, esta vez con motivo de la aparición del periódico *El Heraldo*, en donde el escritor bogotano se iniciaba como jefe de redacción. El mensaje empieza así:

Con vivo entusiasmo saludo la aparición de un gran diario liberal en Barranquilla que viene a remediar la situación extravagante que ha existido en los departamentos liberales de la costa, cuyas aspiraciones políticas y sociales han tenido que buscar interpretación convencional en la prensa conservadora por falta de una tribuna propia. Desde hoy el movimiento en que nos hallamos comprometidos contará con un órgano del pensamiento libre y la costa liberal encontrará expresión vigorosa en *El Heraldo*¹²⁹.

Al final, después de expresar su confianza en la labor que emprendía el nuevo diario y de celebrar el vínculo que haría posible entre el «pueblo liberal» del Atlántico y los «cambios y reformas que el partido liberal aspira a conducir con el aplauso de todos los colombianos», López manifestaba el deseo de que, en sus páginas, «los intereses nacionales serán siempre analizados y defendidos con el espíritu liberal que ha venido asegurando las sucesivas victorias de *nuestro partido*»¹³⁰.

Más que el hecho ya anotado sobre el carácter partidista de la prensa en aquellos años, lo que nos interesa resaltar a propósito de este cruce de correspondencia es que Osorio Lizarazo tenía razones para sentirse parte del cambio que había representado la llegada de los liberales al poder, entre otras cosas porque era reconocido como parte de ese cambio por

128. Carta del 3-v-1932 de Eduardo Santos para Osorio Lizarazo desde París. Fondo JAOL: VI, 42 (7-8). La cita en f. 8.

129. Telegrama del 27-x-1933 de Alfonso López Pumarejo para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: VI, 44 (2-3). La cita en f. 2.

130. *Ibid.*, ff. 2 y 3 (énfasis añadido).

algunos de sus protagonistas más destacados. Como indicáramos antes, Osorio participó en la campaña que llevó a la presidencia a Olaya Herrera y, si nos guiamos por el telegrama de López, suponemos que hizo lo mismo en este caso, si bien desde su labor de publicista¹³¹.

De su adhesión al Gobierno de López da prueba también su paso como director, entre 1935 y 1936, del *Diario Nacional*, medio vinculado al Partido Liberal, y en donde escribe las columnas que luego reunirá en su libro *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*. En esas columnas, Osorio critica con insistencia a quienes llama «liberales de derecha», es decir, a aquellos liberales que desde el parlamento y otros escenarios se oponían a las reformas impulsadas por el Gobierno de López. Es notable el uso que el escritor hace en esos escritos del pronombre *nosotros*, de tal manera que sus opiniones parecen expresadas en nombre de un movimiento más amplio, que a veces hace coincidir con el «pueblo liberal» y otras con los «liberales de izquierda». Él habla, pues, en nombre de un gobierno y de un «pueblo» que se identifica con él, pero que está en trance de ser «traicionado».

Así por ejemplo, en clara alusión a algunas de las reformas propuestas por López Pumarejo, Osorio escribe: «Somos liberales al proclamar la reforma del concordato como una necesidad ineludible, porque la absoluta independencia del poder civil fue siempre tesis del liberalismo», o «somos liberales en nuestra aspiración de difundir la cultura por todas las categorías

131. Una prueba más de la adhesión de Osorio Lizarazo a los líderes políticos de la República Liberal se encuentra en *El fundador civil de la República, op. cit.*, donde el escritor dice que las acusaciones de que fuera objeto Santander con motivo de la represión de un grupo de militares sublevados al mando del general José Sardá (1833), se habían realizado «con el mismo encono absurdo e injusto con que un siglo más tarde se había de acusar a Olaya Herrera de crímenes inauditos, interpretando falazmente sus esfuerzos para reconstruir la nacionalidad estrangulada por cincuenta años de monstruosos regímenes conservadores y por restaurar el orden que los vencidos trataban de desvirtuar», pp. 90-91.

del conglomerado social, pero muy especialmente por las más humildes, cuya angustia es preocupación constante de nuestro espíritu», o, para dar un ejemplo más, «lo somos también cuando pedimos el establecimiento de un sistema tributario más equitativo y sensato, que gravite sobre los ciudadanos en acuerdo con sus posibilidades económicas»¹³².

Los ejemplos podrían multiplicarse, pues todo el libro da prueba de la adhesión de Osorio Lizarazo al Gobierno de López Pumarejo. Citemos todavía las siguientes palabras del escritor, que se refieren a un aspecto central de ese Gobierno, esto es, a la idea de «revolución»:

Los llamados [liberales] izquierdistas permanecemos impávidos, sosteniendo los mismos principios de otros días, proclamando la integridad de las doctrinas liberales en el poder y denominando a este cambio fundamental, a esta mutación, a esta diferencia fundamental que existe entre el pretérito y el presente, con la palabra revolución, a la cual no podemos darle la simplista definición [que le dan los «liberales de derecha» y otros opositores] de guerra civil, revuelta armada, destrucción o tormenta, sino la de intención tranquila de que el liberalismo gobierne con sus ideas y con sus hombres y cambie no sólo la fisonomía de la República, sino su estructura y su conformación¹³³.

Como sabemos, Osorio Lizarazo renegará más tarde de su simpatía por López y lo convertirá en el arquetipo del político calculador, sin ideales, preocupado únicamente por su beneficio personal y el de sus allegados. Pero en aquellos años

132. Véase J. A. Osorio Lizarazo, «Una política diáfana», en *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario, op. cit.*, pp. 25-30. Las citas en pp. 27-28.

133. J. A. Osorio Lizarazo, «El sentido de la revolución», *ibíd.*, pp. 33-36. La cita en p. 35. *Ideas de izquierda* revela, por lo demás, que Osorio Lizarazo estaba familiarizado con el pensamiento liberal de López Pumarejo. Así por ejemplo, compárese con el artículo de Tomás Barrero, «El liberalismo de Alfonso López Pumarejo», en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional, 2009, pp. 17-46. Sobre la «revolución» como motivo político, literario y social durante los años treinta y cuarenta, puede leerse con mucho provecho el ensayo de David Jiménez P., «Revolución: imágenes, ideas, relatos», en *ibíd.*, pp. 391-444, en donde hay sugerentes referencias a López Pumarejo y Osorio Lizarazo.

aún no era Osorio el crítico feroz de la política y los políticos colombianos (en especial, liberales) en que se convertirá durante los años cincuenta.

Como mencionamos en el capítulo uno, en 1938 Osorio apoyó la candidatura de Eduardo Santos a la presidencia, por ser «más acorde con su temperamento». El escritor habría visto en Santos «el verdadero candidato de izquierda liberal, tal como él la entendía»¹³⁴, aunque, de hecho, Santos representaba una tendencia del liberalismo que era tenida por «moderada» en comparación con la que representaba López (cuyo candidato era Darío Echandía, quien al final salió derrotado en las elecciones).

Al parecer, la relación de Osorio Lizarazo con Eduardo Santos fue la más cercana de las que sostuvo con los presidentes de la República Liberal. A pesar de no contar, como dijimos, con detalles muy precisos, Calvo Isaza se ha referido al posible inicio de esta relación a finales de los años veinte¹³⁵ y esa posible cercanía se deja constatar también por medio de la correspondencia.

Cuando Santos comenzaba su mandato, Osorio Lizarazo trabajaba como secretario privado del Ministerio de Guerra, cargo que había obtenido durante el gobierno anterior. Por esa época (octubre de 1938), Osorio recibió una carta de un corresponsal en el extranjero. Ahí, entre otros asuntos, se mencionan unos posibles «encargos» para el escritor («juegos de té de porcelana»), que el remitente estaría complacido en atender. Además —escribe este último—, «le sugiero que si al Dr. Santos se le ofrece alguna cosa para la Nochebuena yo se la podría enviar, y aprovecharía, una vez que V. lo consultara, para enviar a V. su paquete. Los licores también se los enviaba al Dr. López pues los precios aquí, y especialmente los que yo consigo, representa [sic] un ahorro de uno a tres dólares por caja»¹³⁶.

134. Gustavo Samper, «Osorio Lizarazo», *Acción liberal*, núm. 60, abril-mayo de 1939. Citado en Santiago Mutis Durán, «Introducción», *op. cit.*, p. XXIX.

135. *Las biografías de nadie*, *op. cit.*, pp. 64-67.

136. Carta del 29-x-1938 de Rafael Espinel para Osorio Lizarazo (sin indicación de lugar). Fondo JAOL: v, 36 (11-12). La cita en f. 12.

Más allá del tono anecdótico que puede tener el «encargo» de tazas de porcelana china para «tomar el té» —hecho que, bien examinado, podría revelar mucho de la posición ambigua de Osorio Lizarazo frente al «pueblo» y a la «oligarquía», objetos predilectos de su imaginación—, la carta revela un cierto «aire de familia» con el poder y sus cosas menudas: los licores de López, la Navidad del Dr. Santos, los envíos «a Palacio» (como se lee en otra parte de la misma carta). Sin importar qué tan correspondida era esa familiaridad, lo cierto es que Osorio Lizarazo debió aspirar a ella, así como debieron disfrutar de su imagen, cuando se miraban al espejo, aquellos hombres que podían dispensar cargos, ser admirados como líderes políticos y hombres de gran cultura, asistir con derecho propio a las ceremonias de sociedad, dirigir, en últimas, «los destinos de la nación».

En 1941, cuando era Ministro de Educación Guillermo Nannetti —antiguo colaborador del periódico *El Tiempo*—, Osorio fue nombrado Jefe de Información, «Sección 5a.», del Ministerio de Educación Nacional, un cargo más en su haber como empleado público¹³⁷. A Nannetti lo sucedió Juan Lozano y Lozano, otro liberal ilustre, «uno de los más puros escritores, de los más inatacables valores de la inteligencia colombiana»¹³⁸, a quien en enero de 1942 reemplazaría Germán Arciniegas. Durante ese tiempo, Osorio no solo permaneció como empleado del Ministerio de Educación sino que alcanzó un ascenso, al ser nombrado por Arciniegas como secretario privado. Unos meses después Osorio renunciará a su cargo. En la carta por medio de la cual acepta su renuncia, Arciniegas, quien era el intelectual colombiano más conocido fuera del país, no solo por sus libros, sino por sus labores diplomáticas y de promoción cultural, le escribe a Osorio:

137. Cf. Fondo JAOL: VI, 46 (7).

138. Véase A.H., «El Ministro Juan Lozano y Lozano», *Revista de las Indias*, núm. 34, octubre de 1941, pp. 270-271 (sección Notas).

Nada es tan sensible para mí como el retiro de usted de mi Secretaría Privada. En los pocos meses en que he estado al frente del Despacho, sólo he podido confirmar la buena opinión que tenía de sus capacidades, de su trabajo, de su lealtad y de su amistad. Comprendo las circunstancias que le obligan a usted a separarse del puesto, y las respeto, pero naturalmente deploro el que por ellas me hubiera privado de una colaboración tan excelente como la de usted¹³⁹.

Las circunstancias por las que Osorio renunció a este y a sus otros empleos públicos nos son desconocidas. Él, con seguridad, se habría referido de nuevo –como lo hace en tantos otros escritos que hemos citado antes– a la oposición entre el trabajo burocrático y su vocación literaria, al contraste entre la insignificancia de las tareas de la oficina y la creación de una obra auténtica. Pero al final no lo sabemos. Tal vez sea más importante comprobar, en todo caso, que no hay indicios de que hubiera «perdido el favor» de sus jefes.

En noviembre de 1942, ya por fuera de su cargo como Ministro de Educación, Germán Arciniegas, «maestro de las letras colombianas», se encontraba como conferencista invitado en Estados Unidos¹⁴⁰. Por esa fecha se realizaba el segundo concurso de novela latinoamericana Farrar & Rinehart, para el cual Osorio había resultado favorecido un año antes con la novela inédita *Servidumbre* (publicada de manera póstuma como *El camino en la sombra*, 1965). Cada país concursante debía postular una obra elegida por un jurado entre varias propuestas inéditas; tanto en 1941 como en 1942, la organización del concurso en Colombia estuvo a cargo de la *Revista de las Indias*.

139. Carta del 21-IV-1942 de Germán Arciniegas para Osorio Lizarazo desde Bogotá. Fondo JAOL: VII, 50 (102). La que es con seguridad la carta de renuncia de Osorio a su cargo, en donde tampoco se aclaran los motivos, en Fondo JAOL: VII, 50 (101). Ahí solamente se habla de la «imprescindible necesidad de dedicarme a otras ocupaciones».

140. Cf. «Germán Arciniegas en los Estados Unidos», *Revista de las Indias*, núm. 46, octubre de 1942, pp. 277-278 (sección Notas). Recordemos que a la fecha Arciniegas era aún director de la *Revista de las Indias*.

A propósito del concurso, Osorio le dirige una carta a Arciniegas, quien se encontraba entonces en Nueva York. La carta comienza así:

Hace algunos días tuve el gusto de enviarte, por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores, el manuscrito de la novela que empecé a escribir cuando por ti me enteré de la prórroga del plazo para el concurso de Farrar & Rinehart, que está organizando aquí la Revista de Indias [sic]. Me tomé la libertad de hacerlo así, pensando con vivo optimismo en que tú seas la mano que se me tienda para romper la colectiva indiferencia dentro de la cual he luchado sin descanso, en medio de estas breñas inaccesibles que son la ciudad natal.

Unas líneas más adelante, Osorio añade: «Pudiera ocurrir, mi querido Germán, que desde el lugar de tu victoria personal me amparases». Al final, el escritor le dice a su corresponsal que ha continuado escribiendo sus notas para la *Revista de las Indias*, comentando libros, «todo dentro de un sigiloso y laudable anonimato». Y, ya en tono patético: «Confío en que no olvides mi propia insignificancia para cualquier modificación que pueda surgir en la revista»¹⁴¹.

Osorio resultó de nuevo ganador del concurso en Colombia, aunque, al igual que la primera vez, no se llevó el premio de Farrar & Rinehart. No importa aquí establecer qué tanto influyó (si lo hizo) Arciniegas en la decisión del jurado. Lo que puede resaltarse es el hecho de que Osorio Lizarazo cifrara sus esperanzas de ascenso social y de consagración intelectual en esa incierta red de vínculos que lo ligaba a los notables de la política y de la cultura nacionales, una red que, en su caso, representaba una fuente constante de ilusión y desilusión y era el origen de tantas profesiones de fe y apostasías.

En cualquier caso, en una carta que debió ser escrita en marzo de 1943, cuando la novela *El hombre bajo la tierra* había sido ya seleccionada por el jurado de la *Revista de las*

141. Borrador carta del 21-XI-1942 de Osorio Lizarazo para Germán Arciniegas desde Bogotá. Fondo JAOL: VII, 50 (104).

Indias para representar a Colombia en el concurso de Farrar & Rinehart, Arciniegas le dirá a Osorio que, pese a sus muchas ocupaciones,

no descuidé ni un minuto tu asunto, y en cuanto llegó el momento envié tu novela a la Unión Panamericana [que patrocinaba el concurso en Nueva York], de donde en seguida la remitieron regularmente a la casa [editorial] [...], de modo que creo puedes estar tranquilo, pues todo ha ocurrido regularmente [...]. No sabes cuánto me alegraría que triunfaras, y de paso debo decirte que cuando Conchita Romero me escribió dándome cuenta de que había enviado tus originales a la casa editorial, me dijo: ojalá Osorio Lizarazo se gane el premio, pues entiendo que la novela que envió el año pasado produjo muy buena impresión en quienes tuvieron oportunidad de leerla¹⁴².

Durante el segundo Gobierno de López Pumarejo (1942-1945), encontramos de nuevo a Osorio como empleado público, primero como bibliotecario de la Estadística Nacional de la Controlaría de la República (1943-1944) y luego como revisor contador en el Ministerio de Trabajo (1944), cuando Jorge Eliécer Gaitán era aún el jefe de esa dependencia. Como se sabe, en febrero de 1944 Gaitán renunció a su cargo y comenzó a preparar su candidatura a la Presidencia. Como parte de su campaña, el político liberal fundó en mayo de ese año el semanario *Jornada*, que nacía como medio de propaganda de su movimiento y pretendía contrarrestar el escaso eco que sus aspiraciones encontraban en los diarios establecidos¹⁴³.

Así describe Osorio Lizarazo la fundación de *Jornada*, después de señalar cómo «los intelectuales al servicio de la oligarquía» —esa misma oligarquía a la que lo unían lazos inestables, y que, si empleamos su propio lenguaje, él también «había servido»— nunca apoyarían la candidatura de

142. Carta del 10-III-[1943] de Germán Arciniegas para Osorio Lizarazo desde Chicago. Fondo JAOL: VII, 50 (105).

143. Sobre Gaitán y el significado de su movimiento, pero también un sugerente análisis de las formas dominantes de ejercer la política en aquellos años, véase Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia* [1985], Bogotá, Aguilar, 2008.

un hombre (Gaitán) «que no tendría jamás ningún botín para repartir»:

Sus compañeros de ejecutorias políticas, sus partidarios de los días brillantes, los que ocupaban un empleo o una posición y se lo debían a los altos jefes, huyeron de su lado. Gaitán tendría su chusma, pero nada más. Y no podría hacer nada con ella. Pero uno de sus amigos más leales, cuyo afecto había comenzado en la infancia común, no vinculado a su gratitud por ningún beneficio ni empleo sino por la identidad de su ideología y por el paralelismo del proceso intelectual, y cuya vida, en un campo de acción limitado por la timidez y por la angustia, había sido una lucha interminable por la justicia, lucha que despertaba el recelo y el menosprecio de todos los grandes, el escritor J. A. Osorio Lizarazo, fundó el 28 de mayo un semanario al que denominó *Jornada*, para el servicio del movimiento, aun cuando Gaitán pensaba que tal publicación sería imposible¹⁴⁴.

Estas palabras, más que por su pretendida «sinceridad» (Osorio insistirá una y otra vez en ella), nos interesan por el tipo de imagen que intentan construir de un escritor que, ya para la fecha (1952), le debía a dos «altos jefes» su empleo y las ganancias derivadas de su pluma: Juan Domingo Perón y Rafael Leonidas Trujillo.

Durante las décadas de 1930 y 1940, Osorio Lizarazo fue un seguidor de los gobiernos liberales; sus simpatías fluctuaron entre los principales líderes de aquel tiempo: Enrique Olaya Herrera, Eduardo Santos, Alfonso López Pumarejo y Jorge Eliécer Gaitán. La manera más simple de interpretar estas fluctuaciones sería no ver en ello más que el resultado del oportunismo. Y aunque una cierta dosis de aquél no puede descontarse, también es cierto que la colaboración entre los liberales en aquella época, aun cuando representaran tendencias opuestas, fue bastante fluida: no solo compartían ideas, sino cargos, lugares de encuentro, medios escritos, ceremonias de sociedad... De alguna manera, es a esto a lo que el

144. J.A. Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, op. cit., p. 334.

historiador Herbert Braun ha llamado «convivialismo», una manera de ejercer la política en que la distancia entre «dirigentes» y «dirigidos», entre la «élite» y el «pueblo», parecía fundarse aún en un principio de división natural¹⁴⁵.

Osorio parece haber vivido en una especie de frontera, como bien lo ha señalado el historiador Calvo Isaza. Aquellos a los que llamara «oligarcas», fueron en algún momento objeto de sus elogios y de su admiración; el «pueblo» al que él decía «amar sobre todas las cosas», es el mismo que en sus novelas describió como una fuerza ciega y bárbara, compuesta de seres que solo son capaces de la mayor inocencia o de la mayor abyección.

3. La partida o el fin de una «promesa»

En 1946, Jorge Eliécer Gaitán perdió las elecciones a la presidencia. Este año, por lo demás, marcaría el retorno de los conservadores al poder, en cabeza del ingeniero Mariano Ospina Pérez. Según la versión de Osorio Lizarazo, él le habría sugerido a Gaitán

un plan para imponer la voluntad del pueblo y aprovechar el ambiente agitado y ansioso de sedición [...]. Pero el jefe se echó a reír, rechazó tal propuesta y anunció que jamás intentaría una revolución de esa naturaleza, aun cuando todas las fuerzas vivas del país lo exigieran, porque él era un abogado y debía respetar la jurisprudencia y conducir su movimiento dentro de las normas de la Constitución y de la ley¹⁴⁶.

Como testimonio de esta desilusión, y de lo que Osorio considerará una entrega del movimiento gaitanista a la «oligarquía» y a quienes «han hecho de la política una profesión,

145. Ver Herbert Braun, *Mataron a Gaitán*, *op. cit.*

146. J. A. Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, *op. cit.*, p. 385.

despojándola de su condición de servicio a la patria y a sus ideales», queda como testimonio el escrito «La aventura de un gaitanista», publicado en el periódico *El Tiempo* el 31 de diciembre de 1946¹⁴⁷. El escrito comienza con un motivo común en Osorio: presentarse a sí mismo como un ser completamente desinteresado, cuya vida estuvo alejada de todo cálculo y, por lo mismo, de todo éxito (o, al menos, del éxito que otros alcanzaron por vías sinuosas):

Para quienes tenemos de la política un sentido ideal y puro y no pudimos adoptarla jamás como instrumento para la especulación económica o burocrática, la división liberal que dio como resultado la artificial victoria conservadora, provenía de dos causas fundamentales, de las que fueron simples expresiones los resultados de la campaña electoral. Estas dos causas –continúa Osorio– fueron la irregularidad del ritmo con que el partido dirigía la evolución política y social, que algunos espíritus temperamentalmente revolucionarios y dinámicos queríamos más acelerado y regular; y la aparición del profesionalismo político, practicado por ciertos elementos ineptos, ineficaces, fracasados en otras profesiones, circunstancia que desconcertaba a la sana opinión popular, porque subordinaba los grandes ideales al provecho personal de determinados individuos sin escrúpulo y sin responsabilidad¹⁴⁸.

Cuatro meses antes de la publicación de este escrito, Osorio había viajado a la República Dominicana como periodista invitado por el Gobierno de Rafael Leonidas Trujillo; esto hacía parte de la propaganda de la dictadura para difundir en el extranjero una opinión favorable. A su regreso a Colombia, Osorio escribirá el primero de varios libros dedicados al «Generalísimo» y a las bondades de su régimen: *La isla iluminada* (1946). Será entonces a principios de 1947, cerradas ya o en todo caso muy disminuidas las posibilidades de alcanzar el tipo de prestigio al que había aspirado durante la República

147. Reproducido en J. A. Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas, op. cit.*, pp. 556-564. La cita en p. 561.

148. J. A. Osorio Lizarazo, «La aventura de un gaitanista», incluido en *Novelas y crónicas, op. cit.*, pp. 556-564. La cita en p. 556.

Liberal, cuando Osorio decida abandonar Bogotá en un largo viaje que lo llevará a Venezuela, Argentina, Chile y República Dominicana.

A partir de ese momento, Osorio Lizarazo se convertirá en un crítico mordaz de sus antiguos copartidarios. Esto se aprecia bastante bien en su *Gaitán*, pero tal vez uno de los momentos más agresivos de esa crítica es el de la publicación en 1957, en una imprenta de su propiedad (la Imprenta Colombia), del libro *Germen y proceso del antitrujillismo en América*. En la presentación de las solapas puede leerse:

El autor de este libro, uno de los más destacados escritores colombianos –más de 20 obras publicadas– ha viajado por toda la América y se ha detenido varias veces en la República Dominicana, donde ha podido apreciar por percepción directa la injusticia de los cargos y la falsedad de las acusaciones que se hacen contra Trujillo, creador y libertador definitivo de su país y digno de la expresiva gratitud popular de que es objeto¹⁴⁹.

En la segunda parte del libro, titulada «Los enemigos políticos», hay una sección dedicada al periódico *El Tiempo*, en donde el escritor admite haber trabajado alguna vez. «Fundado en 1912 para defender una idea transaccional de aquella época –escribe Osorio–, *El Tiempo* languideció durante algunos meses y estaba a punto de clausurarse cuando fue adquirido por un joven ambicioso y dúctil que habría de hacer una brillante carrera a base de intrigas, complacencia e hipocresía: Eduardo Santos»¹⁵⁰.

Después, refiriéndose al éxito comercial de *El Tiempo* y a su influencia en la política nacional, Osorio escribe:

Tal engrandecimiento no se debió en ningún caso al talento de Santos. En un país donde primara la capacidad efectiva para discernir la posición de los ciudadanos, Santos no hubiera pasado de escribiente de notaría. Pero en un país devorado por la política,

149. J. A. Osorio Lizarazo, *Germen y proceso del antitrujillismo en América*, Santiago de Chile, Imprenta Colombia, 1957.

150. *Ibid.*, p. 115.

gobernado por la intriga, saturado de mediocridad, impregnado de sentimientos ruines, con un ambiente artificial en donde sólo han triunfado la simulación y la audacia, llegó a ser Presidente de la República¹⁵¹.

El hombre para quien Osorio soñara alguna vez un futuro de gloria en la política, a quien apoyó en su candidatura a la presidencia, con quien trabajó en *El Tiempo* y a quien pedía, con tono entre sumiso y rabioso, mejores condiciones de trabajo, se había convertido entonces en un ser despreciable. Era, en todo caso, el mismo hombre que alguna vez le anunciara que «el porvenir estaba lleno de promesas». En trance de ferviente anticomunista, Osorio añadirá:

Eduardo Santos, como propietario de *El Tiempo*, como usufructuario de un prestigio y de una reputación intelectual que le labraron redactores a sueldo, y Germán Arciniegas, su discípulo, impregnado del mismo sentimiento de hipocresía y de mentira, le hicieron siempre el juego al comunismo, fueron sus servidores más asiduos, unas veces por engaño y otras por malignidad innata, y se han esforzado siempre en sembrar el caos y la incomprensión en América, mientras hablaban de la fraternidad continental, del anti-imperialismo y de otros ideales que en su boca adquirían la calidad de patrañas, porque eran insinceros e interesados¹⁵².

De Arciniegas, a quien con motivo del concurso de Farrar & Rinehart escribiera: «Escríbote para decirte como en las plegarias: a tu patrocinio me amparo: protégeme!»¹⁵³, dirá todavía:

[...] Exilado de su patria a causa de sus deslealtades literarias y políticas, ha heredado el puesto de gerente de la difamación que dejara vacante la clausura de *El Tiempo*. Recientemente publicó un libro mendaz y calumnioso como todos los suyos [...] llamado *Entre la libertad y el miedo*, donde dedica, como es natural, páginas de infamia y de diatriba contra Trujillo¹⁵⁴.

151. *Ibíd.*, pp. 116-117.

152. *Ibíd.*, pp. 130-131.

153. Véase borrador carta del 21-xi-1942 de Osorio Lizarazo para Germán Arciniegas desde Bogotá. Fondo JAOL: VII, 50 (104).

154. J. A. Osorio Lizarazo, *Germen y proceso del antitrujillismo en América*, op. cit., Santiago de Chile, pp. 131-132.

Con el fracaso de la candidatura de Gaitán a la Presidencia, o, en otras palabras, con el fin de la República Liberal, se hizo aún más insegura esa red de vínculos que unía a Osorio a los notables de la política y de la cultura nacionales. Por fuera del Estado, esos hombres, aunque no perdían su prestigio, sí perdían el poder de dispensar sus favores. Pero ellos seguían siendo los «jefes». Si eran parte o no de las élites era una pregunta que no se hacían. Osorio, por el contrario, se había quedado «en esa posición indefinida, nebulosa e imprecisa, de ser un escritor, con una pequeña reputación que suponía base de porvenir»¹⁵⁵. Pero ese porvenir, al menos en Colombia, era ya el pasado. Nadie podía asegurarle entonces que estaba lleno de promesas.

155. Carta de Osorio Lizarazo del 19-X-1951 para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires. Fondo JAOL: v, 37 (67-71). La cita en f. 68.

Conclusiones

La vida de Osorio Lizarazo se presta muy bien para la diatriba o el elogio. Sus giros políticos, las evidentes contradicciones entre su palabra y sus actos o su apoyo a regímenes autoritarios justifican la condena. El balance podría ser más o menos este: Osorio Lizarazo fue un resentido y un oportunista, que vendió, o estuvo dispuesto a vender su pluma a los poderosos a cambio de una vida acomodada. O, al contrario, el escritor no sería más que una víctima de las injusticias sociales, un marginado a quien por su origen se le negó un lugar entre las élites colombianas y quien dedicó su vida y su obra a combatir a los poderosos.

Es posible que ambas afirmaciones lleven consigo alguna dosis de verdad. Osorio fue, de hecho, un hombre resentido, y, respecto a otros intelectuales de su época, ocupó una posición subordinada. Pero en este trabajo no nos hemos propuesto ni una diatriba ni un elogio. Hemos intentado, como declaramos en las páginas iniciales, explorar algunas de las condiciones en que se ejerció el oficio de la literatura, y, más en general, el oficio intelectual en Colombia durante los años treinta y cuarenta, aunque sabemos que nuestro aporte al respecto es apenas inicial.

Hemos supuesto que la experiencia de una vida es la experiencia de las relaciones que dan forma a esa vida. A nadie le gustaría confesarse resentido: sería como reconocer que se es vil. Sin embargo el resentimiento, esa amargura rabiosa que puede ser fuente de vergüenza o anhelo de venganza, puede comprenderse también como resultado de relaciones que lo hacen posible o incluso lo alimentan. Dado que no nos hemos dado como tarea proferir absoluciones ni condenas, esta ha sido la perspectiva que hemos elegido.

Así pues, creemos que el caso de Osorio Lizarazo –tal como hemos querido analizarlo–, revela aspectos que superan el

ámbito de su biografía. A esos aspectos queremos referirnos ahora, de tal suerte que puedan servir como conclusiones de nuestro trabajo, aunque en realidad se trate de preguntas abiertas e hipótesis.

Un primer aspecto tiene que ver con la idea del «campo literario en Colombia». Nuestra sospecha es que, mientras se siga considerando el *campo* como un hecho que se deja o no constatar desde el principio (o bien existe y es autónomo, o bien no existe y se lucha por conseguirlo), se pasará por alto la oportunidad de explorar algunas de las particularidades de nuestra vida intelectual. El asunto sorprende un poco, pues el mismo Bourdieu no utilizó la noción de «campo literario» o «campo intelectual» para referirse a una realidad dada, sino para comprender el proceso de creación de cierto tipo de bienes sociales, lo mismo que las relaciones entre sus creadores, las instituciones en las que actúan y el espacio de la economía o la política. De lo que el investigador dispone al comienzo es, pues, de una noción, no de un resultado.

En este sentido, creemos haber indicado cómo las concepciones de Osorio Lizarazo sobre la novela y sus funciones, así como acerca del intelectual y su lugar en la sociedad, dependen menos de la existencia de un «campo literario» establecido, con posiciones claras y discernibles, que de la manera en que el oficio de la literatura se relacionó con el mundo de la política. Es esta relación la que debería describirse con más detalle: sin duda, el resultado de ese trabajo nos mostraría cosas interesantes sobre las relaciones entre el poder, sus formas de representación y la cultura. El propósito que orientaría un trabajo así no sería ya constatar o no la existencia de un «campo intelectual autónomo», constatación que dice más bien poco.

Un segundo aspecto que se deriva del análisis propuesto en el presente trabajo, tiene que ver con los atributos que en los años de la República Liberal autorizaban a un individuo a considerarse, y a ser considerado, como *intelectual*, si bien esos

atributos debieron ser parte de una disputa mayor, que aquí no se ha descrito en toda su amplitud. Sin embargo, creemos haber mostrado cómo la *figura dominante* del intelectual combinaba el gusto por «las letras» con la «misión de los que aspiran a influir en la vida espiritual de un pueblo», como declaraba una de las notas editoriales de la revista *Los Nuevos*. Nos parece que, con base en ideas simples que oponen a los intelectuales de principios del siglo xx en Colombia («los gramáticos») con los de los años treinta y cuarenta («lo profesores» o los «intelectuales orgánicos del bipartidismo»), se ha pasado por alto un hecho que nuestra investigación revela como fundamental: el papel aún central de la *cultura* como soporte del dominio social y político. Al hablar de *cultura*, aludimos sobre todo a atributos que se creían una herencia superada del pasado: la elocuencia en el hablar y en el escribir, las buenas maneras, el gusto refinado, las ceremonias de sociedad, todo ello fundado en una arraigada ideología carismática, es decir, en la idea de que el privilegio es la confirmación de un don.

Por último, creemos que nuestro trabajo abre un campo de preguntas sobre las relaciones entre la política y la creación intelectual, que podría ser también una pregunta más amplia sobre la naturaleza de ciertos intercambios políticos. Nos referimos, por ejemplo, al hecho de que parte de la correspondencia analizada en este trabajo revela el aspecto «personalista» de estos intercambios. No es muy difícil comprender el deseo de Osorio Lizarazo de ganar el favor de jefes políticos, por cuanto ellos disponían de la capacidad para dispensar cargos, gloria y abrir caprichosamente las puertas del reconocimiento (o bien lo contrario). Lo más difícil es comprender lo que esos jefes derivaban de ese tipo de intercambios basados en la búsqueda de familiaridad, en la adulación, en el elogio permanente de su carisma y de su «exquisita cultura».

En sus *Memorias*, Alberto Lleras, a quien antes hemos nombrado, hace una evocación del periódico *El Tiempo* en

los años veinte. Ahí habla de los *lagartos*, una palabra para designar a «gentes de todas las categorías y clases sociales» que se acercaban a la redacción del periódico en busca de favores, y que para conseguirlos no dudaban en recurrir a la adulación. Entre esa «casta abominable, quejumbrosa y recalcitrante» había algunos escritores sin fortuna.

Desde que se les venía venir por el patio –escribe Lleras–, se hacían los cuernos con los dedos índices y meñiques para conjurarlos. Pero eran inevitables, frescos, recurrentes. Creían seriamente que el periódico se estaba perjudicando con no publicar sus escritos, y pasaban semanas, meses, años en que volvían a insistir con las viejas producciones, u otras nuevas. Además, les fascinaba el encanto de la redacción, el trato con gentes cuyos artículos se veían en tipos de imprenta, de tiempo en tiempo, el dar vueltas alrededor de Calibán¹⁵⁶, el oírlo murmurar y renegar, y acababan por aceptar con humildad, y tal vez con orgullo íntimo el hecho, ya insoslayable, de que eran *lagartos* especializados en *El Tiempo*. Cuando por alguna ocurrencia excepcional el doctor Santos se dejaba ver por esa parte de la redacción y se tropezaba con ellos, solían a veces dominarse, pero en otras ocasiones –aduladores melosos– lo llenaban de elogios, le decían la satisfacción que les producía conocerlo, o volver a verlo, y subían en alzada suprema su petición de publicidad hasta esa última instancia [...]. Claro que el doctor Santos tenía, en el piso alto, sus *lagartos*, a quienes atendía incansablemente, entre los cuales figuraban buenos escritores, y mendigos de alto coturno, a quienes oía sin alterarse y daba cheques vertiginosamente, por sumas desconocidas¹⁵⁷.

¿Pensaron los hombres notables de la República Liberal que Osorio Lizarazo pertenecía a esa «casta abominable»? ¿»Hicieron los cuernos» con los dedos índices y meñiques cuando lo vieron venir? No lo sabemos. Pero es claro que sin *lagartos*, el espejo al que se miraban no les habría devuelto una imagen tan satisfecha de sí mismos.

156. Calibán era el seudónimo de Enrique Santos Montejo, hermano de Eduardo Santos, influyente columnista y directivo de *El Tiempo*.

157. *Op. cit.*, pp. 220-221.

Bibliografía

Fuentes primarias

Fondo JAOL, Biblioteca Nacional de Colombia
Revista *Los Nuevos*, 1925, Biblioteca Nacional de Colombia
Revista *de las Indias*, 1936-1951, Biblioteca Nacional de Colombia

Libros y artículos de Osorio Lizarazo

- La cara de la miseria*, Bogotá, Talleres de Ediciones Colombia, 1926.
La casa de vecindad [1930], en *Novelas y crónicas*, selección e introducción de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 3-132.
Barranquilla 2132, Barranquilla, Tipografía Delgado, 1932.
El criminal, Bogotá, Renacimiento, 1935a.
La cosecha, Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1935b.
Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario, sd, 1936.
«Job», en *Tres cuentistas jóvenes*, Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, «Cuento y novela», núm. 17. Bogotá, Minerva, 1936.
Hombres sin presente [1938], en *Novelas y crónicas*, selección e introducción de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 133-292.
Garabato, Santiago de Chile, Ercilla, 1939.
El fundador civil de la República, Bogotá, Editorial del Comercio, 1940.
El hombre bajo la tierra, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, Ministerio de Educación, 1944.
Biografía del café, Bogotá, Talleres Gráficos Mundo al Día, 1945.
Fuera de la ley (historias de bandidos), Bogotá, Talleres Gráficos Mundo al Día, 1945.
La isla iluminada [1946], Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1953.
Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia [1952], Bogotá, Punto de Lectura, 2008.
El día del odio [1952], Bogotá, Punto de Lectura, 2008.
Colombia donde los Andes se disuelven, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956.
Germen y proceso del antitrujillismo en América, Santiago de Chile, Imprenta Colombia, 1957.
Novelas y crónicas, selección e introducción de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

Sobre Osorio Lizarazo y aspectos de su obra

- Calvo Isaza, Oscar Iván, «Literatura y nacionalismo: la novela de José Antonio Osorio Lizarazo», *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 36, núm. 2, 2009, pp. 91-119.
- _____, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*. Tesis para optar al título de Maestro en Historia y Etnohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005 (inédito).
- Castro, Nelly, *Conciencia crítica en cuatro novelas colombianas*, Medellín, La Carreta, 2010.
- Gómez García, Juan Guillermo, «Garabato, de Osorio Lizarazo: ¿una novela de formación?», en *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*, Bogotá, Diente de León, 2006, pp. 147-164.
- González Galvis, Juan Camilo, *Tres novelas bogotanas (1924-1935): imaginación e ideología en la ciudad del Águila Negra*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.
- Luque de Peña, Myram, «Bogotá bajo la mirada de José Antonio Osorio Lizarazo», en María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo (comps.), *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx*, vol. II, *Diseminación, cambios, desplazamientos*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 163-183.
- Mutis Durán, Santiago, «Introducción», en J. A. Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. XI-LXXXVI.
- Neira Palacio, Edison, *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo [2002]*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004.
- Ramírez Lamus, Sergio, *Espectros de 1948. Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril*, Cali, archivos del Índice, 2007.
- Volkening, Ernesto, «Literatura y gran ciudad» [1972], en *Ensayos 1. Desteellos criollos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, pp. 69-92.

Obras de orientación teórica

- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder [1999]*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- _____, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción [1994]*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- _____, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario [1992]*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- Coser, Lewis, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo [1965]*, México, FCE, 1980.

- Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* [1993], Madrid, Alianza, 1994.
- _____, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* [1992], Barcelona, Gedisa, 2002.
- Gramsci, Antonio, «Aufzeichnungen und verstreute Notizen für eine Gruppe von Aufsätzen über die Geschichte der Intellektuellen» [1932], en *Gefängnis Hefte. Band 7* [1975], Hamburg, Argument, 1996, Hefte 12 bis 15, zwölftes Heft, pp. 1497-1532.
- Jäger, Georg, «Der Schriftsteller als Intellektueller. Ein Problemaufriß», en Sven Hanuschek, Therese Hörnigk und Christine Malende (Hrsg.), *Schriftsteller als Intellektuelle. Politik und Literatur im Kalten Krieg*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 2000, pp. 1-25.
- Jurt, Joseph, ««Les intellectuels»: ein französisches Modell», en Sven Hanuschek, Therese Hörnigk und Christine Malende (Hrsg.), *Schriftsteller als Intellektuelle. Politik und Literatur im Kalten Krieg*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 2000, pp. 103-133.
- Lahire, Bernard, *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu: deudas y críticas* [1999], Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media* [1985], Barcelona, Gedisa, 2008.
- Mannheim, Karl, «The problem of the intelligentsia: an enquiry into its past and present role», en *Essays on the sociology of culture* [1956], London, Routledge, 1997, pp. 91-170.
- Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, Bogotá, Debate, 1994.

Sobre el periodo de estudio, historia de Colombia y otras

- Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. 1. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.
- Archila, Mauricio, «La clase obrera colombiana (1886-1930)», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva historia de Colombia*, vol. III, *Relaciones internacionales. Movimientos sociales*, Bogotá, Planeta, 1989, cap. 9, pp. 219-244.
- Arias Trujillo, Ricardo, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2007.
- Braun, Herbert, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia* [1985], Bogotá, Aguilar, 2008.
- Bushnell, David, *Colombia: una nación a pesar de sí misma* [1996], Bogotá, Planeta, 2000.
- Cacua Prada, Antonio, Germán Arciniegas. *Su vida contada por él mismo*, Bogotá, ICELAC, 1990.
- _____, *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Fondo Rotatorio de la Policía Nacional, 1968.

- Charry Lara, Fernando, «La poesía de Los Nuevos», en *Gran enciclopedia de Colombia*, vol. 4, *Literatura* (bajo la dirección de María Teresa Cristina), Bogotá, Círculo de Lectores, 1992, pp. 191-212.
- _____, «Los Nuevos», en Varios, *Manual de literatura colombiana*, tomo 2, Bogotá, Planeta, 1988, pp. 17-85.
- Cobo Borda, Juan Gustavo (ed.), *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo xx*, Bogotá, Cerlalc, 2000.
- _____, «Pioneros de la edición en Colombia», *Revista Credencial Historia*, edición 4, abril 1990. En línea en: <http://www.banrepcultural.org/blaaavirtual/revistas/credencial/abril1990/abril2.htm>.
- Deas, Malcolm, «Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia», en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, pp. 25-60.
- Flórez, Carmen Elisa, «La transformación educativa», en *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo xx*, Bogotá, Banco de la República, Tercer Mundo Editores, 2000, cap. 5, pp. 89-100.
- Forero Villegas, Yolanda, «Ideología y novela: prácticas narrativas en los años 40», en María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo (comps.), *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx*, vol. 1, *La nación moderna. Identidad*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 243-256.
- García Ortiz, Laureano, «Las viejas librerías de Bogotá» [1936], en *Conversando...*, Bogotá, Editorial Kelly, 1966, pp. 276-300.
- Gómez García, Juan Guillermo, *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*, Bogotá, Diente de León 2006.
- _____, *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del «libro de izquierda» en Medellín en los años setenta*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2005.
- Gran enciclopedia de Colombia*, vols. 9 y 10, *Biografías* (bajo la dirección de Beatriz Castro Carvajal y Daniel García-Peña Jaramillo), Bogotá, Círculo de Lectores, 1992.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, «La literatura colombiana en el siglo xx», en Jaime Jaramillo Uribe (dir.), *Manual de historia de Colombia*, tomo 3, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980. pp. 445-536.
- Helg, Aline, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política* [1984], Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1987.
- Illán Bacca, Ramón, *Escribir en Barranquilla*, Barranquilla, Ediciones Uninorte, 1998.
- Jiménez P, David, *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon de la poesía moderna en Colombia 1920-1950*, Bogotá, Norma, 2002.
- _____, *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos xix y xx*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992.

- Loaiza Cano, Gilberto, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)*, Bogotá, Colcultura, 1995.
- López Uribe, María del Pilar, «Diferenciación salarial y condiciones de vida en Bogotá, 1900-1950», *Documentos CEDE*, Bogotá, Universidad de los Andes, núm. 25, noviembre de 2008, 46 pp.
- Lleras, Alberto, *Memorias*, Bogotá, Banco de la República, El Áncora Editores, 1997.
- Melo, Jorge Orlando, «La libertad de prensa», en Fernando Cepeda Ulloa, *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Ariel, BID, 2004, pp. 67-85.
- _____, «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva historia de Colombia*, vol. 1, *Historia política 1886-1946*, Bogotá, Planeta, 1989, cap. 8, p. 215-242.
- Monsiváis, Carlos, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Núñez Espinel, Luz Ángela, *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2006.
- Pachón Farías, Hilda Soledad, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*, Bogotá, Colcultura, 1993.
- Palacios, Marco y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá, Norma, 2001.
- _____, «Saber es poder: el caso de los economistas colombianos» [2000], en *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Bogotá, Planeta, 2001, pp. 99-158.
- _____, «La clase más ruidosa. A propósito de los reportes británicos sobre el siglo xx colombiano» [1982], en *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Bogotá, Norma, 2002, pp. 155-204.
- Pardo Pardo, Alberto, *Geografía económica y humana de Colombia*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1972.
- Pécaut, Daniel, *Orden y violencia. Evolución sociopolítica de Colombia entre 1930 y 1953* [1987], Bogotá, Norma, 2001.
- Pineda Botero, Álvaro, *Juicios de residencia. La novela colombiana 1934-1985*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada* [1984], Santiago de Chile, Tajamar Editores, 2004.
- «Relación de imprentas y tipografías en Colombia, 1935», *Revista Sociedad y Economía*, núm. 6, abril de 2004, pp. 159-171. Documento localizado y presentado por el profesor Renán Silva.
- Sánchez, Gonzalo, «Intelectuales... poder... y cultura nacional», *Análisis político*, núm. 34, mayo-agosto de 1998, pp. 115-138.
- Santos, Enrique, «El periodismo en Colombia», en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva historia de Colombia*, vol. VI, *Literatura y pensamiento, artes y recreación*, Bogotá, Planeta, 1989, cap. 5, pp. 109-136.

- Sierra Mejía, Rubén (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Silva, Renán, «Colombia 1930-1960: aspectos culturales» (artículo inédito).
- _____, «El canon literario en Colombia: a propósito de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*», en Vallejo Murcia, Olga y Alfredo Laverde Ospina (coords.), *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión*, Medellín, La Carreta, Cuadernos de trabajo I, 2009, pp. 87-119.
- _____, «El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector», *Revista de Estudios Sociales*, núm. 30, agosto de 2008, pp. 20-37.
- _____, *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia. La Encuesta Folclórica Nacional de 1942: aproximaciones analíticas y empíricas*, Medellín, La Carreta, 2006.
- _____, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, La Carreta, Medellín, 2005.
- _____, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, Banco de la República, 2002.
- Samper Ortega, Daniel, «Advertencias preliminares», en *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Índices*, Bogotá, Minerva, 1937, pp. 9-29.
- Uribe Celis, Carlos, *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*, Bogotá, Ediciones Aurora, 1985.
- Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Universidad Central, Siglo del Hombre Editores, 2002.
- Vallejo, Fernando, *Barba Jacob el mensajero [1984]*, Bogotá, Alfaguara, 2008.
- _____, *Chapolas negras*, Bogotá, Alfaguara, 1995.
- Zapata Galindo, Martha, «Intellektuelle zwischen Politik, Wissenschaft und Kultur», en *Der Preis der Macht. Intellektuelle und Demokratisierungsprozesse in Mexiko 1968-2000*, Berlin, edition tranvía, Verlag Walter Frey, 2006, pp. 9-48.
- _____, «Modernización, poder y cultura: cambios en la relación de los intelectuales mexicanos hacia la política, el gobierno y el Estado», en Nikolaus Bötcher, Isabel Galaor y Bernd Hausberger (eds.), *Los buenos, los malos y los feos. Poder y resistencia en América Latina*, Iberoamericana, Vervuert, 2005, pp. 83-104.

